

Jazmín®

El secreto del jeque

Barbara McMahon

El secreto del jeque

Barbara McMahon

El secreto del jeque (2006)
Título Original: The sheikh's secret (2006) **Editorial:** Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2078
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Talique y Laura Toliver

Argumento:

Ella era una chica normal y corriente... él, un jeque.

Laura estaba completamente prendada de un desconocido… nunca nadie la había hecho sentirse tan especial.

Pero a medida que se unían, Talique sufría cada vez más. Laura no conocía su verdadero nombre ni sabía nada sobre su pasado. ¡Ni siquiera sabía que era un jeque! Sólo veía el mundo perfecto que él había creado para ella. Pero cuando sus secretos estaban a punto de ser revelados, Talique descubrió que *sus deseos habían cambiado… quería convertir a Laura en su esposa.*

Capítulo 1

San Francisco, California

LAURA Toliver salió del ascensor en la planta de Beatty Security. Era sábado, un día en el que no solía trabajar, pero después de la exposición de la noche anterior, quería escribir su informe mientras aún lo tenía fresco y no esperar hasta el lunes. No había planeado nada más para el fin de semana. Tardaría aproximadamente una hora, luego estaría libre.

Había otros trabajando y saludó a un par al pasar. Beatty Security operaba en una oficina completa, con personal las veinticuatro horas los siete días de la semana.

Su jefe estaba en el despacho. Alzó la vista al pasar ante la puerta abierta.

—¿Laura? —llamó.

Ella retrocedió y asomó la cabeza.

—¿Sí?

El se puso de pie y dejó el periódico sobre un rincón de la mesa.

—¿Has visto esto?

Entró en el despacho atestado y recogió la sección de Sociedad del *San Francisco News*. Le sonrió. Junto a ella se encontraba el jeque Yuusuf bin Horah con ese maravilloso aspecto que tenía.

—Recuerdo cuándo la sacaron. Acababa de terminar el primer recorrido del museo y me había unido a Jenna y a Yuusuf para charlar unos minutos —dejó el diario sobre la mesa—. ¿Algún problema?

—Sólo si se filtra que trabajas para nuestra empresa de seguridad. En ese tipo de acontecimientos queremos una vigilancia discreta, no que todos los ladrones de la ciudad conozcan a nuestros operarios —comentó Ben.

—No hay problema, jefe. Hasta donde se sabe, con la excepción de Jenna y Yuusuf, yo era una invitada más.

—Mmm —pareció apaciguado y se volvió a sentar—. ¿Qué haces aquí hoy? Después de un turno tan extenso, pensaba que ibas a aprovechar para dormir. Y más siendo sábado.

—Quería presentar el informe. Tengo fotos de algunas personas que deseaba rastrear.

Nada específico, sólo unas sensaciones vagas.

Llevaba tres años trabajando para Beatty Security. Su especialidad era la protección de piezas de museo en exposición. Como la mayoría de sus compañeros, también desempeñaba otras funciones. No iba armada, pero había tenía entrenamiento en artes marciales. Su función principal era mezclarse entre los invitados, mantener vigilados los invaluables artefactos e identificar a cualquiera que mostrara un interés indebido en los artículos que Beatty Security había sido contratada para vigilar.

—Confío en tu juicio. Pero no pases todo tu fin de semana libre en la oficina.

Ella sonrió y se dio la vuelta.

—Hace un día demasiado bonito para quedarse dentro si no es imperativo. No tardaré mucho, y luego me iré a andar en bici al Golden Gate Park.

Al llegar a su mesa, sacó la pequeña cámara digital del bolso y volcó las fotos en su ordenador. Había obtenido los nombres de las personas que había fotografiado y rápidamente las cotejó con algunas de las bases de datos estándar disponibles para compilar un breve informe sobre cualquiera que Beatty Security considerara que era necesario vigilar.

Warren Way, el hombre mayor que casi se había logrado convencer de que sólo era demasiado entusiasta, tenía un historial interesante. Imprimió su foto y sus datos para hacerlos circular entre los empleados de la empresa. En futuras funciones sería identificado y vigilado.

Sonó su teléfono.

—Toliver —respondió, comenzando a teclear su informe.

—Eh, Laura, ve a buscar a tu propio chico —rió Jenna Stanhope.

—Debería tener la suerte de encontrar a alguien como Yuusuf. ¿Cómo es que el fotógrafo terminó con mi cara y no con la tuya? Podría jurar que no te despegaste de él ni un minuto en toda la noche.

—¡Ja! Puede que empecemos a intimar, pero somos circunspectos. Por eso la especulación en el artículo que iba con la foto. ¿A quién persigue ahora el codiciado soltero? Vaya estupidez con la especulación sobre la última mujer que despierta el interés del jeque.

—A mi jefe le preocupa que se descubra mi tapadera.

—No con este artículo. Lo más probable es que todo el mundo en San Francisco piense que Yuusuf y tú estáis teniendo una aventura apasionada. Debería sentirme celosa.

Laura rió.

—Como si fuera a mirarme a mí estando tú cerca. Sólo tiene ojos para ti y lo sabes.

—Nunca se sabe.

—Escucha, sé que te advertí sobre él cuando empezaste a verlo. Sabes que tiene fama de playboy —dijo Laura—. Antes de ti, nunca había salido más de tres veces con la misma mujer.

—Todo mentiras. Es lo que la gente dice de los jeques. Aunque tuvo un par de malas experiencias con mujeres, no fue culpa suya.

—¿De qué tipo?

—Querían su dinero.

—Es posible. Pero ve con cuidado, ¿de acuerdo? Sé que parece demasiado bueno para ser verdad, y siempre soy suspicaz con hombres así.

—Eres suspicaz con todos los hombres.

—No lo soy. Sólo soy cauta. En cualquier caso, como he llegado a conocerlo mejor, parece un buen chico.

—Deja de ser cautelosa y sé más como yo, y así encontrarás a tu chico idóneo. Si el Señor Perfecto aparece en tu vida, no lo reconocerás si no te das una oportunidad. Y

entonces, ¿dónde estarás?

—No estoy segura de que exista un Señor Perfecto. Me conformaré con un Señor Esto—Es—Lo—Mejor—Que—Hay —indicó con ironía.

—Lo dices porque aún no has conocido al amor de tu vida. Creo que eres demasiado selectiva.

—¿Eso significa que tú si lo has conocido o que no eres demasiado selectiva?

—Creo que lo he conocido —repuso Jenna con calma.

—¿Yuusuf? —se irguió.

¿Es que su amiga iba en serio?

—Realmente, es todo lo que alguna vez podría desear —indicó Jenna.

—No os conocéis desde hace tanto tiempo como para que lo

sepas —arguyó.

—¿No has oído hablar del amor a primera vista?

—¿Has oído hablar de cásate deprisa y arrepiéntete despacio? —Jenna guardó silencio unos momentos. Con veintiún años se había casado y dieciocho meses después se había divorciado—. Cielos, lo siento, Jen. No me refería a Phil. Quería decir que no te precipitaras. Si es lo verdadero, durará para siempre, así que, ¿para qué las prisas? —a veces olvidaba a Phil. De ello hacía seis años, pero su amiga lo había pasado mal y lo último que quería era recordárselo.

—Todavía creo en el amor a primera vista —insistió obstinada.

—Yo podría, si lo encontrara alguna vez —Laura nunca había estado enamorada. Salía con chicos, desde luego y había tenido una relación estable con uno en la universidad. Justo antes de graduarse, habían roto y eso no le había causado ningún sufrimiento.

En ese momento tenía veintiocho años y quizá su destino fuera estar como la amiga de su tía Kendra, soltera a los cincuenta años. Anhelaba creer en el amor a primera vista, conocer a un hombre que la hiciera volar, terminar con un matrimonio feliz y dos o tres hijos.

Sin embargo, cada vez que conocía a un hombre no sentía ninguna chispa especial que encendiera su fuego.

—Yuusuf hoy me va a llevar a navegar por la bahía. ¿Quieres acompañarnos?

—preguntó Jenna.

—¿Y ser la quinta rueda? No. Vosotros dos divertíos. Sólo tómate las cosas con más calma, ¿de acuerdo?

—No creo que vaya tras mi dinero. Tiene tanta fortuna como yo.

—Me cuesta creer eso.

Jenna procedía de una familia que había iniciado la fortuna familiar en tiempos de la fiebre del oro. Cada generación la había incrementado, incluido su padre, ingeniero de software. Siendo hija única, Jenna era la heredera exclusiva de la fortuna cuando murieran sus padres.

Se habían hecho amigas siendo niñas, mucho antes de que alguien en la familia de Laura conociera la riqueza de los Stanhope. Su amistad había crecido y sobrevivido al instituto y la universidad.

Y había continuado con fortaleza a pesar de los diferentes estilos de vida y circunstancias.

—Te cae bien, ¿verdad? —inquirió Jenna.

—Por supuesto. Es encantador y divertido. Disfruté charlando con él anoche mientras tú te ocupabas de otros amigos. No tengo nada malo que decir sobre él, sólo que tengas cuidado. Odiaría que te enamoraras y que luego descubrieras que él únicamente se divertía mientras estaba en San Francisco. ¿No va a regresar a su casa en algún momento?

—No lo sé. Tal vez pueda continuar dirigiendo el despacho de su familia desde aquí y podamos establecernos en la ciudad.

—¿Lo han conocido ya tus padres? —preguntó Laura.

—No. Lo quiero exclusivamente para mí durante un tiempo más. Pero se los presentaré pronto. No quiero especulaciones en caso de que me equivoque. O que el examen al que lo va a someter papá estropee todo.

Laura rió.

—Tu padre hará lo que hacen todos los padres —durante un momento, deseó tener un padre vivo que se comportara de esa manera. Hasta su adorado abuelo había fallecido—. He de trabajar. ¿Quieres que cenemos alguna noche de la semana próxima? —cambió de tema para desterrar la tristeza.

—¿Cuándo?

—Tengo un compromiso el jueves y el viernes, cualquier otra noche me viene bien.

—El miércoles, entonces. Dejaré el viernes abierto por si Yuusuf quiere hacer algo

—comentó.

—Diviértete —dijo antes de colgar. Estaba contenta por Jenna... siempre que Yuusuf no le rompiera el corazón.

Tamarin

Talique bin Azoz bin Al—Rahman entró en la casa de su abuelo. Lo habían llamado y esperaba que fuera algo relacionado con los negocios y no con la salud frágil de su abuelo. Le esperaba una negociación con los directores del puerto en Alemania para cerciorarse de que los cruceros recibían tratamiento prioritario cuando llevaran turistas al país. Sin embargo, jamás tenía demasiado trabajo cuando se trataba de asuntos de familia.

Su abuelo rara vez solicitaba su presencia de forma tan imprevista. Algo debía ir mal.

Esperaba que sólo fuera algo insignificante en el plan global de las cosas. Su madre no le había mencionado nada la última vez que había hablado con ella.

Lo anunciaron y el jeque Ali Salilk bin Horah se levantó del sofá que ocupaba y se volvió para recibir a su nieto mayor. Más frágil que lo que Tal recordaba, aún irradiaba ese fuego de los ojos y la postura recta que siempre había asociado con él.

—Ah, Talique, gracias por venir. Sé que eres un hombre ocupado, pero necesito tu ayuda.

—Abuelo —inclinó la cabeza levemente en saludo formal—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Salilk recogió un periódico extranjero y se lo extendió a Tal. Éste lo estudió brevemente y se detuvo al ver la foto de su primo Yuusuf. Experimentó un aguijonazo de aprensión. Yuusuf seguía en los Estados Unidos. Trabajaba con la expansión del negocio de importación—exportación de su familia. La foto era clara.

Había sido sacada en la exposición de un museo. La mujer que lo acompañaba era alta y esbelta, con cabello corto y oscuro y ojos grandes. No parecía el tipo habitual que prefería su primo, rubia y exuberante.

Contuvo un suspiro de resignación. Daba la impresión de que Yuusuf no respetaba el acuerdo que habían establecido después de que la última cazafortunas estuviera a punto de hacerlo caer en la trampa. ¿Por qué se enamoraba tan fácilmente de las mujeres extranjeras?

—Lee el artículo —pidió su abuelo, volviendo a sentarse en los cojines del lujoso sofá—.

Lo envió un miembro de nuestra embajada en Los Ángeles. Estoy muy desasosegado. Después de ese último fiasco con aquella mujer en Los Ángeles, creía que sentaría la cabeza. Ahora parece que va a relacionarse con esa mujer. Esto tiene que parar, Tal. No puedo permitirme el lujo de dejar que mi nieto se enrede con mujeres mercenarias allá adonde va.

Tal conocía de primera mano la situación en la que había caído su primo, ya que era él quien lo rescataba una y otra vez.

Echó un vistazo superficial al artículo. Daba la impresión de que

por tercera vez iba a caer en las garras de una busca fortunas. Tuvo ganas de tirar el diario al suelo. No tenía tiempo para esas cosas. Después de la última vez que lo había rescatado, su primo le había hecho una promesa. ¿Qué estaba haciendo Yuusuf?

—No sé qué le pasa al chico —dijo Salilk, poniéndose otra vez de pie, como si no pudiera quedarse quieto. Fue hasta el amplio ventanal—. Sabe que tiene un deber con su familia. ¿Por qué no puede ser más como tú? Tú has seguido la tradición. Fuiste a la universidad en Inglaterra, igual que tu padre y yo..., no en Estados Unidos. Te casaste con una mujer que te eligió tu padre en vez de enredarte en un escándalo con alguien que sólo quería tu dinero. Has tomado las riendas de uno de los negocios de tu padre, en vez de recorrer el mundo y estar más tiempo lejos que en tu casa.

Tal escuchó impasible la comparación de su abuelo. Por dentro, no era el chico de oro que su familia creía. Cierto que había seguido la tradición de educación, pero sólo porque le convenía asistir a la universidad en Inglaterra. Tenía amigos británicos con los que se mantenía en contacto y a menudo visitaba Londres cuando quería un descanso. Esos amigos y conocidos habían resultado contactos inapreciables para los negocios.

Sus padres habían arreglado su matrimonio con Yasmine. En un principio, había sido idóneo. Ella era una anfitriona impecable, hablaba tres idiomas y había sido un verdadero activo para un hombre de negocios en alza.

Había esperado que llegaran a tenerse un gran afecto, como sus padres. Pero jamás había llegado a ser. Yasmine había codiciado su riqueza para abrir puertas, para permitirle viajar y comprar joyas y vestidos caros.

Su muerte había sido inesperada y trágica.

Su familia creía que sufría por ella. Pero la verdad era que no lamentaba no estar más casado. Jamás había dicho una palabra en contra de Yasmine, ni revelado la soledad que había experimentado en su propio hogar. Nunca le desearía semejante relación a su primo.

En cuanto a tomar las riendas del negocio naviero de su padre, quizá Salilk debería mostrar la misma sabiduría que había mostrado aquél y ceder parte de las responsabilidades, para que Yuusuf ocupara un sitio real en la empresa en vez de perder el tiempo en

San Francisco.

Su hijo, el padre de Yuusuf, había muerto joven.

La madre de Yuusuf, francesa nacida Yvette, había permanecido en Tamarin. La hermana de ella también vivía en Tamarin y juntas habían educado a su primo... con la ayuda de su abuelo y de sus propios padres. Quizá Yvette debería haber mostrado más mano firme.

Pero no dijo nada de eso. Simplemente, aguardó que su abuelo finalizara el discurso y pudiera averiguar qué era lo que realmente quería. Tenía una conferencia telefónica en media hora y necesitaba decidir si su presencia era requerida en Bremerhaven.

—Por lo tanto, una vez más necesito tu ayuda para que lo saques de líos —concluyó Salilk, estornudando. Su salud llevaba años declinando y Tal no quería que nada le apresurara la cuesta abajo.

Lo miró y se preguntó si había perdido un aspecto importante de la conversación.

—¿Quieres que lo saque de esto? Yo no tengo que involucrarme. Dile que debe venir a casa. O envíale un cheque importante a la mujer junto con una advertencia. Hará que se marche. En especial si haces lo mismo que con aquella mujer de Boston, decir que lo dejarás sin un céntimo si se casa con ella —Yuusuf se había puesto furioso con su interferencia y Tal lamentaba la separación que se había producido en la relación otrora próxima.

—¿No has estado escuchando, muchacho? No quiero que Yuusuf sepa que me opongo. Después de la última vez, estará más decidido que nunca a demostrarnos que esa mujer lo quiere por sí mismo. Sabe que yo jamás le cerraría el grifo económico... al menos no de forma permanente. Es el hijo único de mi hijo mayor.

Necesito que vayas a sacarlo de este lío sin que sepa que estamos involucrados.

—¿Estamos?

¿Por qué siempre lo elegían a él para rescatar a su primo?

Yvette era su madre, ¿por qué no solicitar la ayuda de ella? Pero él sabía que el abuelo jamás solicitaría la ayuda de una mujer.

—¿Y cómo propones que lleve el asunto? —preguntó, cada vez más irritado.

—No tengo ni idea. Te lo dejo a ti. Tú tienes ideas innovadoras. Tu padre dice que has aumentado los beneficios en la empresa

naviera en más de un veinte por ciento. Tu madre y él están orgullosos de ti, muchacho.

—He de permanecer atento a todo para mantener ese elevado nivel de beneficios. No tengo tiempo de ir a sacar a Yuusuf de las garras de alguna cazafortunas. Manda a otro esta vez —dijo frustrado. No era un canguro. Ya era hora de que su primo creciera.

—¿A quién más escucharía? —inquirió Salilk—. Te ha admirado toda su vida. Eres el hermano mayor que no tiene. Tienes que encargarte tú. Yo no puedo.

—¡No me va a escuchar! Si de verdad cree que está enamorado, se levantará en armas contra cualquiera que intente hacerle cambiar de idea.

Estaba cansado de ir siempre a buscarlo. Yuusuf sólo era dos años menor que él. Si de él dependiera, dejaría que se ahogara o nadara. Quizá aprendiera algo en el proceso.

Maldijo para sus adentros. ¿Por qué su primo no era capaz de mantener la mente en los negocios como él había aprendido a hacer?

—Encuentra un modo. Necesito que salves a tu primo —dijo su abuelo con firmeza—. No hay nadie más en quien pueda confiar para que se cerciore de que no se aprovechan de él. Vamos, no te pido muchas cosas. De esta manera, puedes ayudar a tu familia.

Tal echó chispas en silencio. Era el arma definitiva y su abuelo lo sabía. Su padre a menudo decía lo mucho que le debía al padre de su madre por haberlo ayudado durante un bache empresarial hacía muchos años. Su rama de la familia siempre estaría en deuda con Salilk.

Había asumido esa obligación al hacerse adulto. ¿Por qué había pensado que la práctica de los negocios iba a tener prioridad? Su posición como director de la línea de cruceros que surcaban el Mediterráneo y el Atlántico con pequeños barcos de lujo no era tarea fácil. La competencia era encarnizada, en particular de los griegos y los italianos. Pero la familia era lo primero. Y la salud frágil del abuelo.

Mirando hacia los jardines que su abuelo tanto amaba, trató de calcular el tiempo que podía dedicar a esa situación. Si el viaje a Bremerhaven no era necesario, quizá pudiera tomarse unos días para ir a San Francisco ¿Cuál era la forma más expeditiva de liberar

a Yuusuf y hacerlo comprender de una vez por todas que eso no podía repetirse? La amarga experiencia le había enseñado lo que un matrimonio sin amor podía hacerle a un hombre y pensaba salvar a su primo de un destino similar… una última y esperaba que definitiva vez.

—Quizá haya un modo —dijo despacio. Miró a su abuelo y se encogió de hombros—. Si podemos lograr que la mujer se aparte de Yuusuf, que muestre sus verdaderas intenciones, quedará libre de sus maquinaciones. Y si lo hago bien, de paso tal vez aprenda una lección sobre las mujeres mercenarias.

—¿Puedes hacerlo? ¿Y si ella no muerde el anzuelo? Tal vez debería insistir en que vuelva a casa. Aunque podría enfadarse y hacer algo precipitado. Lamento que su padre muriera tan joven. Yvette debería haber vuelto a casarse.

—Quizá es hora de que alguien lo rechace. Si puedo convencer… —miró el periódico—…

a Laura Toliver de que soy mejor partido, sin que Yuusuf se entere de que estoy allí, ésta se pegue a mí. Cuando me marche, será una pena para ella, pero Yuusuf la verá como lo que realmente es.

—Arriesgado. ¿Y si Yuusuf averigua que estás allí? ¿O si ella le habla de ti?

—Me aseguraré de que no coincidamos. Y si descubre mi presencia, aún tendré la oportunidad de mostrarle a Laura que yo soy mejor elección. Quizá sea una lección que Yuusuf no olvidará con facilidad. El último fiasco fue hace sólo dos años. La familia no puede volver a pasar por eso.

Salilk le sonrió encantado.

—Sabía que podía contar contigo. Necesita volver a casa, casarse con una mujer que su madre y yo aprobemos y sentar la cabeza. Me encantaría tener bisnietos.

Tal pensó que eso era excesivo. Sus dos hermanas ya le habían dado a su abuelo entre las dos cinco bisnietos.

—Ésta es la última vez. Ya lo saqué del aprieto en Boston y viví aquella escena embarazosa con la mujer en Los Ángeles. No lo haré otra vez —afirmó, sabiendo que era un farol. Haría lo que le pidiera su abuelo. Cualquier cosa para proteger a su familia.

—Lo entiendo. Será más factible que preste atención a las

sugerencias de su madre sobre lo que es una esposa apropiada si esta mujer lo deja por ir a buscar un pez más gordo. Un plan brillante —le dedicó otra sonrisa a su nieto—. Llámame en cuanto lo hayas conseguido.

Capítulo 2

San Francisco

LAURA observaba desde el borde de la atestada sala de baile. Jason y ella trabajaban esa noche en la gala benéfica McNab. Patrick McNab, candidato al senado, se codeaba con la elite de San Francisco. Laura estaba segura de que jamás había visto brillar tantos arco iris de los diamantes que allí se lucían. Todo el mundo se exhibía, insinuando dónde estaba la verdadera riqueza, con el fin de seducir a un futuro senador.

Mayor motivo para estar atentos. Bebió su refresco, servido en una copa del champán que corría con tanta generosidad. Jason y ella no podían probar el alcohol.

Sacó una foto de Kyle Davenport. Había oído hablar de él y de los rumores que afirmaban que el extravagante empresario había sufrido un cambio de fortuna. No es que esperara algún problema de él, pero de vez en cuando no estaba de más actualizar los ficheros de la empresa.

Con displicencia estudió la sala. Sus ojos se encontraron con la mirada oscura de un extraño. Se hallaba justo frente a ella en el otro extremo del salón. La hilera de ventanales que tenía detrás ofrecían una vista nocturna de San Francisco que resultaba arrebatadora. Pero Laura no vio las luces centelleantes. Durante momento, sólo vio al hombre alto de pelo oscuro y ojos magnéticos. Todo lo demás pareció desvanecerse en la bruma, dejándolos únicamente a ellos dos.

Quebrar el contacto visual requirió un esfuerzo. Respiró hondo y se obligó a continuar la inspección. Fue complicado no volver la vista atrás.

—Agradable reunión —comento una voz profunda a su derecha —. ¿Crees que ganará la elección?

Sin volverse, supo quién era. Haciendo acopio de una fuerza que no sabía que tenía con el fin de calmar unos nervios desbocados, giró despacio. Era unos cuantos centímetros más alto que ella. Por lo general, con la mayoría de los hombres se encontraba al mismo nivel de ojos. La altura de él hizo que se sintiera en desventaja.

—Si es el candidato más cualificado —repuso.

—Creía que la política americana se basaba más en el carisma y en el dinero. No sabía que entraran en juego otras virtudes.

Tenía un acento británico, pero su piel cetrina y ojos y pelo azabache insinuaban otros orígenes.

—A veces puede dar esa impresión, pero habitualmente los votantes estadounidenses son lo bastante perspicaces como para elegir al hombre mejor preparado. Aunque no siempre —no quería discutir de política. Quería averiguar más cosas sobre ese hombre. ¿Quién era? ¿Y por qué hablaba con ella?

—¿Y cuáles son las posibilidades de este hombre? —preguntó, sosteniéndole la mirada, como si la conversación le resultara fascinante.

Laura pensó que tal vez la encontrara fascinante a ella, aunque de inmediato lo descartó como un simple deseo de su parte.

—Creo que Patrick McNab tiene tantas posibilidades como los demás —respondió, sin conocer ni importarle la política de McNab.

Aunque estaba allí por trabajo, le costó recordar el motivo de su presencia ante los ojos del desconocido. El corazón le palpitó con fuerza. Se sintió tímida y atrevida al mismo tiempo.

—Me llamo Tal.

El hombre extendió la mano.

—Yo Laura —repuso, estrechándosela.

Tenía un apretón cálido y firme, pero no lo alargó más allá de lo apropiado para un primer saludo. No obstante, el contacto la dejó confusa.

—No creo que seas de San Francisco —comentó, sonriendo.

Esperaba instarlo a hablar. Ese hombre despertaba su curiosidad. Un rápido vistazo a la mano izquierda mostró que no llevaba anillos. Pero, ¿significaba eso necesariamente algo?

—Eres perceptiva. ¿Es por el acento? He llegado hoy de Londres.

—Es un poco evidente, pero encantador. ¿No te afecta el cambio horario?

—Funciono por la adrenalina. Pero podré adaptarme antes al horario de California si esta noche me quedo despierto hasta una hora razonable. Y luego duermo hasta la mañana. Entonces, ya estaré bien.

—Suena como si ya lo hubieras hecho —se preguntó cuán a menudo iría a San Francisco y el tiempo que pensaba quedarse en

esa ocasión.

—Funciona siempre.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —preguntó... "¿A qué te dedicas? ¿Dónde te alojas?

¿Dispones de tiempo libre para pasarlo conmigo?"

—Unos días. Doy por sentado que tú eres de aquí.

—Nacida y criada en la ciudad. Será un placer mostrártela si no has estado antes

—indicó. Luego quedó horrorizada. Jamás se ofrecía para actuar de guía turístico, y menos con alguien al que conocía desde hacía cinco minutos. Sin embargo, no podía dejar que lo único que tuvieran fuera ese momento en el tiempo.

Había algo acerca de Tal que la atraía como nunca antes se había sentido atraída.

¿Sería un estafador del que debería tener cuidado o sólo un desconocido procedente de Inglaterra de visita en San Francisco? ¿A quién conocía que pudiera invitarlo a semejante acontecimiento?

—Si no apoyas a McNab, ¿cómo has entrado? —inquirió, súbitamente suspicaz. Era demasiado buena en su trabajo como para estar distraída mucho tiempo.

—Earl Rogers es un gran partidario de McNab. Sus planes ya estaban hechos cuando yo me presenté inesperadamente, de modo que me incluyó. Me han presentado al futuro senador. No puedo decir que esté preparado para aportar dinero a los fondos de un hombre al que apenas conozco, pero quizá mi anfitrión me convenza de que vale la pena apoyarlo.

—¿Un inglés apoyando una elección estadounidense?

—A veces vale la pena apoyar una buena causa, sin importar la geografía.

—Entonces, ¿has venido por negocios? —esperó no sonar como una inquisidora, pero quería averiguar todo lo que pudiera sobre ese hombre. ¿Había retenido su apellido adrede, sabiendo lo fascinante que era pasar a los nombres de pila y no tener idea de los apellidos de cada uno o había una causa para ocultarlo?

—Mitad negocios, mitad placer —miró alrededor—. ¿Has venido con alguien?

—No —el corazón se le desbocó. Quizá aceptara el ofrecimiento que le había hecho de mostrarle la ciudad.

La miró, sus ojos oscuros y penetrantes.

Laura sintió que llegaba hasta su corazón. Durante un instante, vio un destello de dureza que la sobresaltó, luego reapareció el comportamiento amigable. Se preguntó si lo habría imaginado o si, simplemente, había sido un truco de la iluminación.

—Me sorprende —indicó—. Una mujer tan hermosa como tú debería estar rodeada de hombres.

No supo si sentirse insultada o halagada. ¿Decía lo que creía que las mujeres querían oír? No era una mujer hermosa, pero sí bastante atractiva. No el tipo de mujer que tendría a hombres revoloteando a su alrededor... y si los tuviera, no sabría qué hacer con ellos.

Sin embargo, quizá intentaba halagarla dando a entender que la consideraba atractiva. Antes de poder decidir de qué manera tomarse el comentario, se acercó su compañero Jason, con la vista clavada en Tal.

—Jason, me gustaría presentarte a Tal —le sonrió a éste con expresión de disculpa—. Lo siento, no me quedé con tu apellido.

—Smith —repuso con inocencia.

Jason enarcó una ceja y miró a Laura. Entendía lo que quería... una explicación y deprisa. Por lo general, cuando un operario permanecía largo rato charlando con alguien, era porque resultaba sospechoso de algo. ¿Cómo explicar que estaba más interesada en ese hombre en un plano personal que porque lo considerara sospechoso?

—Tal viene de Inglaterra. Ha conocido a McNab esta noche por primera vez —sabía que ya debería haber conseguido un apellido. No estaba haciendo bien su trabajo. No había ido allí a coquetear con un desconocido.

—Jason Abernathy —se estrecharon las manos—. ¿Vas a estar mucho tiempo en San Francisco?

—No mucho. He venido por negocios. En cuanto los haya terminado, regresaré a casa —repuso con cordialidad.

En sus ojos brilló un destello de diversión.

—Deberíamos movernos —le dijo Jason a Laura.

Tal la miró.

—Creía que habías venido sola.

—Ha venido conmigo —indicó Jason.

—Me preguntó si estaba con alguien, dije que no. Que venga en

tu coche no es lo mismo —no quería que Tal pensara que salía con Jason. Sin embargo, no podía explicarle la razón de su presencia allí.

Jason la miró primero a ella, luego a él.

—Ha venido conmigo —repitió.

—Sólo porque tú te ofreciste a conducir. Santo cielo, no es una cita ni nada por el estilo

—trató de restarle trascendencia al asunto, pero sintiéndose avergonzada de que Jason le diera tanta importancia—. Nos vemos —le dijo a Tal antes de marcharse hacia las puertas que daban a la terraza. Cuando estuvieron fuera del alcance auditivo de Tal, lo miró con ojos centelleantes—. No tenías que ser tan desagradable.

—Estamos trabajando. Si quieres ligar a algún chico, hazlo en tu tiempo libre. ¿Cómo sabes que no se trata de algún estafador? A mí me parece peculiar que un extranjero aparezca en una gala para recaudar fondos para un senador por el estado de California. ¿A ti no?

—Puede. No lo sé. Ha venido con un amigo... Earl Rogers. Cuando tengas la oportunidad, saca algunas fotos. Veremos si mañana podemos averiguar algo más de él en la oficina. Mientras tanto, tengo el nombre de su amigo. Quizá pueda descubrir quién es y hacerle algunas preguntas.

—Estupendo, y si son un equipo, se cubrirán mutuamente.

Laura suspiró exasperada.

—No todos a los que no conocemos en persona son delincuentes.

—Puede —miró alrededor como si no confiara en nadie—. Me pondré en contacto contigo dentro de un rato. Trata de mantener la mente en el trabajo —añadió.

Tal los observó alejarse. Había tirado de algunos hilos con contactos locales para descubrir información sobre Laura Toliver. Era una operaria de seguridad para Beatty Security. Sin duda esa noche estaba trabajando, lo que explicaba por qué Yuusuf no se hallaba presente. Había corrido un riesgo ante la posibilidad de que su primo asistiera, pero hasta el momento no había rastro de él. No creía que la política estadounidense tuviera mucho atractivo para su primo, a menos que se tratara de una candidata alta, rubia y de unos veinticinco años.

Laura Toliver no era lo que había esperado. Cierto que la

fotografía del periódico había logrado capturar su atractivo, pero no la chispa de sus ojos o el modo en que toda la cara se le animaba al hablar.

Aunque no le iría mal cultivar sus habilidades interpretativas. Hasta un ciego habría descubierto lo que la había irritado Jason al interrumpir el *téte—á—téte* que habían estado manteniendo.

Una mujer como ésa, rodeada de belleza y riqueza en todos sus trabajos, debía codiciar todas las joyas que protegía. No le extrañaba que viera a Yuusuf como su jubilación laboral y trampolín para el estilo de vida glamuroso que en ese momento sólo veía desde la periferia.

Había detectado un interés manifiesto por parte de la mujer. Era evidente que reconocía los frutos del dinero cuando los veía. ¿Cómo no iba a estar interesada en un hombre que podía superar a su pretendiente actual y llenarla de atenciones y regalos lujosos?

Había dado el primer paso. Su orquestado plan se desplegaría tal como quería durante los próximos días. Con algo de suerte, regresaría a casa en una o dos semanas.

Fue en busca de Earl y lo encontró cerca de los canapés. Su viejo amigo de Eton se había mostrado sorprendido cuando lo había llamado. No habían mantenido un contacto estrecho a lo largo de los años, y menos desde que Earl había dejado Inglaterra para irse a trabajar a California. Tal le había sacado una invitación para esa gala con el único fin de conocer a Laura. Y así se lo había manifestado a su amigo, que era un romántico y veía eso como el comienzo de una gran historia de amor.

—Me vuelvo al hotel —le dijo—. El cambio horario me está matando.

—Pensé que te sentirías demasiado cansado para durar toda la noche. ¿Has encontrado a la chica? —preguntó, mirando alrededor.

—Sí, y agradezco tu ayuda. Si surge algo, te lo haré saber.

—Bastará con que me pidas que sea tu padrino.

Earl se marchaba a primera hora de la mañana dos semanas a Japón. El momento no podría haber sido mejor para sus intereses. Había conseguido la ayuda que necesitaba y no tendría que interpretar un papel delante de su antiguo amigo. Para cuando regresara, Tal esperaba que la situación con Yuusuf estuviera solucionada.

Laura interpretó su papel social y charló con varias personas que conocía y le presentaron a otras. Después de completar una segunda ronda, buscó a Tal. Le gustaría continuar la conversación que habían iniciado, aunque Jason no lo aprobara.

Después de todo, no era su jefe.

Pero no vio por ninguna parte al estimulante extranjero. Después de eso, la velada se volvió tediosa. Estaba impaciente porque terminara para poder ir a casa a revivir cada momento que había compartido con Tal.

Sonrió por el humor que había reconocido en los ojos de él cuando le dijo a Jason su apellido. Laura sabía que era falso. ¿Por qué lo había dado? Probablemente, para irritar a Jason. Esperaba que ésa fuera la causa y no que se trataba de un estafador que jugaba con ellos.

Cuando al fin se metió en la cama, y aunque se sentía agotada, estaba demasiado excitada para dormirse. Tenía que confiar en su instinto y éste no le decía que el hombre fuera un ladrón. La miraba directamente a los ojos y en ellos no había atisbo alguno de fingimiento. Y entonces, había sentido una chispa en lo más hondo de su ser, como si hubiera formulado una pregunta y recibido una respuesta.

Se preguntó si le estaba interesando más allá de la amistad informal que disfrutaba con otros hombres. Si no se andaba con cuidado, caería en la teoría de Jenna del amor a primera vista.

Las fantasías estaban bien, pero quería conocer más sobre él y no tenía ni idea de cómo localizarlo. Quizá debiera llamar a Earl Rogers por la mañana y pedirle que hablara con el invitado que había llevado a la gala. Si Jason no los hubiera interrumpido, ¿habrían intercambiado los números de teléfono y arreglado para verse otra vez? Se quedó dormida imaginando una docena de maneras en que podría volver a verlo.

No le gustaban los turnos de los miércoles por la noche, porque significaban que aunque se hubiera quedado despierta hasta tarde, debía presentarse a su hora en la oficina. Había que redactar informes, personas que investigar y otros aspectos de su trabajo que no respetaban que necesitara dormir, algo que no había hecho mucho debido a la presencia de Tal en sus pensamientos.

Había terminado de escribir sus percepciones sobre la gala y se

preguntó cómo serían las de Jason. Uno de los motivos por los que algunos acontecimientos disponían de más de un agente era por los diferentes ángulos que aportaban.

Un ejemplo claro podía ser Tal.

Había pasado tanto el nombre de Earl Rogers como el de Tal Smith por diversas bases de datos. Earl era de Inglaterra, trabajaba en una empresa financiera de Londres y vivía sin alardes en un apartamento en Pacific Heights. De Tal Smith, no había encontrado nada.

Sintiéndose un poco tonta, marcó el número de Earl. Respondió un contestador automático.

"Me voy dos semanas a Japón. Si me necesita, llame a la oficina, allí sabrán contactar conmigo". Colgó.

Había resultado ser un callejón sin salida para encontrar a Tal.

Centró su atención en el trabajo. Sólo habían sido dos personas que se habían conocido durante unos momentos. Era una pena que ella quisiera más. Durante esos pocos minutos, él había dado la impresión de ser bastante atento, pero quizá se comportaba de esa forma con todo el mundo. No tenía ningún modo de saber si había sentido esa atracción especial que tanto había ardido para ella.

¿Sería amor a primera vista, tal como habían hablado Jenna y ella? En ese caso, sería una desgracia. Lo más factible era que jamás volviera a verlo… salvo en sus sueños.

A la hora de comer, estaba lista para tomarse un descanso. Su jefe los había llamado a Jason y a ella para hablar de la gala McNab y futuros acontecimientos similares.

Al parecer, a McNab le había gustado el modo discreto en que habían llevado la vigilancia y quería que la agencia formara parte en los actos que organizara su campaña.

—Buen trabajo los dos —dijo Ben—. Cuando sea posible, me gustaría enviaros juntos otra vez. Si surge algún conflicto, he pensado en Aaron y Maggie.

—Buenas elecciones —dijo Laura.

Jason asintió.

Al salir, le preguntó si había logrado encontrar algo sobre Tal Smith.

—Nada, lo cual podría o no ser sospechoso.

—Sí. O bien jamás ha estado involucrado en algún problema o

bien es demasiado bueno cubriendo sus huellas —deseó poder saber cuál de esas dos opciones.

Jason asintió.

—Se marchó poco después de que lo viéramos y como nadie ha informado de algún problema, lo más probable es que sea quien ha dicho que era. De modo que si te interesa… adelante.

—No hemos llegado tan lejos —comentó. No iba a reconocerle que había tratado de encontrarlo.

Sin embargo, se encontraron mucho antes de lo que Laura habría podido imaginar.

Salió del edificio a la hora de comer, con la idea de comprar algo ligero para llevarse al parque y disfrutarlo al aire libre. Avanzó por Montgomery Street en dirección a la bahía. El sol estaba alto en el cielo, el aire era vivo y limpio.

—¿Laura?

Alzó la vista hacia los ojos de él.

—¿Tal?

Pensó que era una buena racha de casualidades. No podía creer que lo tuviera delante. Sonrió encantada. Había estado pensando en él toda la mañana y en ese momento volvían a encontrarse. Asombroso.

—Acabo de concluir una reunión y buscaba un sitio donde comer. ¿Alguna recomendación? —comentó él, haciéndose a un lado para dejar pasar a una pareja. La acera estaba atestada con la gente que se dirigía a almorzar.

—Yo también voy a comer. Trabajo en ese edificio —señaló el rascacielos donde estaba la sede de Beatty Security. Consciente de pronto de los pantalones y camisa sencillos que llevaba, deseó haberse vestido un poco mejor para ir al trabajo. Pero no había esperado volver a ver a Tal… al menos no tan pronto.

—Come conmigo. ¿Tienes un horario rígido? —quiso saber él.

—No, es flexible. Me encantaría —aceptó, tratando de recordar si se había pintado los labios.

—¿Dónde sugieres? Un lugar agradable y tranquilo. Quiero saberlo todo sobre ti —le tomó la mano y la paso por su brazo, sosteniéndola con la palma de la suya.

De algún modo, Laura sintió que el contacto era perfecto.

El primer restaurante que recomendó estaba lleno. Tal sugirió

que probaran con otro.

Titubeante por el precio, mencionó uno situado en Montgomery Street. Siempre había insistido en pagar a medias con alguien tan rica como Jenna. No quería que nadie llegara a poder pensar que se aprovechaba. Pero era un lugar elegante, tranquilo y escandalosamente caro... lo que ayudaría a que no estuviera muy lleno.

Él aceptó sin vacilación.

Una vez sentados a la mesa con mantel de algodón, Laura esperó que la elección no hubiera sido un error. Los precios para un almuerzo ligero eran asombrosos. No obstante, Tal pareció relajado en el entorno. Le preguntó qué quería y luego solicitó por los dos.

—¿Ya te sientes aclimatado a San Francisco? —preguntó cuando se quedaron solos.

—Sí. Sólo necesitaba una noche de reposo. Ya funcionaré con el horario de San Francisco hasta que me vaya.

—¿Y cuándo será eso? —inquirió.

La noche anterior él no se lo había dicho.

—En cuanto concluya lo que me ha traído aquí. ¿Sigue en pie tu oferta de mostrarme la ciudad?

El corazón le dio un vuelco. Quería volver a verla. Sonrió, con ganas de dar un brinco.

—Desde luego. Mañana he de trabajar, pero tengo libre todo el fin de semana. ¿Y tú?

—Sí. ¿Qué recomiendas que veamos primero?

—¿Conoces ya la ciudad?

—He venido varias veces, pero siempre por negocios. En esta ocasión, aprovecharé la oportunidad de ver más de la ciudad... y al menos a una de sus habitantes.

Su sonrisa le llegó al alma. Tuvo ganas de alargar la mano y tocarlo. ¡Estaba enamorándose de ese hombre y ni siquiera conocía su apellido verdadero! Pero cuánto le gustaba estar con él. Y el misterio potenciaba los encuentros.

—De hecho, la ciudad se divide en diferentes sectores, como el distrito financiero en el que nos encontramos ahora. Está el muelle, Chinatown, Market Street, Union Square, Nob Hill, Golden Gate Park y el Presidio. Luego tenemos distintas zonas residenciales, cada una con una atmósfera única —calló de golpe, porque notaba que

empezaba a divagar.

—Me pongo en tus manos —indicó él.

Laura deseó que eso pudiera ser verdad. Le encantaría pasar los dedos por ese pelo oscuro, sentir los músculos de sus hombros, torso y brazos. Tocar esos labios firmes, sentir la textura de su piel pegada a ella.

Encendiéndose con sus propios pensamientos, tomó el vaso con agua, tratando desesperadamente de dar con un plan que frenara las fantasías descabelladas que dominaban su cabeza.

—Haré una lista con las cosas interesantes para ver y tú puedes decirme qué te atrae —ofreció.

—No me cabe duda de que lo que tú sugieras estará bien. El dinero no es un impedimento.

Lo miró. ¿Era rico? ¿O pensaba pasar los gastos a la cuenta de su empresa?

—¿Eso te causa algún inconveniente? —preguntó él, como si captara sus titubeos.

—Sólo curiosidad, supongo. ¿Es un viaje pagado por tu empresa?

—En absoluto. Estoy por negocios personales. Tengo suficiente dinero como para gastarlo como me plazca —dijo—. No consideres que eso pueda ser un obstáculo cuando planees nuestro itinerario.

Laura no pensaba que fuera a planificar nada que costara demasiado. Había un montón de cosas para ver en la ciudad que eran gratis. Le encantaba pasear por las colinas, explorar jardines en calles tranquilas o vagar por el Golden Gate Park, una enorme extensión de espacio verde que llegaba hasta el Pacífico. También le atraía mucho sentarse al borde del océano. ¿Estaría Tal más inclinado a las cenas formales y veladas más elegantes? ¿O prefería los clubes nocturnos y bailar? En ese caso, ella se sentiría fuera de lugar.

Esperaba encontrar un terreno común. La atracción que sentía era mayor que nunca.

Quería llegar a conocerlo, que la conociera. Durante un segundo, se dio cuenta de que sentía lo mismo que Jenna por Yuusuf. Quizá sí existía eso llamado amor a primera vista. Desde luego, nunca antes había sentido algo parecido.

—De hecho, no tenemos que gastar mucho dinero para ver San

Francisco. Algunos de los mejores aspectos de la ciudad son gratuitos —tal como ella lo veía, era una ciudad hermosa y llena de contrastes interesantes y gente fascinante.

—Tú diriges el recorrido. Pero si te gusta algo que cueste dinero, no lo dudes.

Llegó la comida y Laura le preguntó por su hogar.

—Es bastante grande para un hombre soltero. Cerca del mar, puedo ir a nadar siempre que lo deseo… cuando el clima colabora, claro.

—Imagino que casi siempre hace frío en Inglaterra, de modo que atesorarás un clima cálido en el que poder nadar. ¿No está fría el agua? Siempre imagino Inglaterra bajo lluvia y niebla —añadió.

Tal inclinó levemente la cabeza.

—Inglaterra puede ser fría, pero tiene muchos días soleados y la lluvia mantiene verde la campiña. ¿Qué zona te gusta más de San Francisco? —le preguntó.

La observó hablar de la ciudad. Era evidente que estaba enamorada del lugar donde vivía y descubrió que lo intrigaba, a pesar de sus intenciones. Los ojos de ella brillaban con entusiasmo, pero sintió que lo atrapaba más la mujer que los sitios que describía.

El cabello corto le enmarcaba el rostro, resaltando sus ojos expresivos. Su piel era casi transparente y muy blanca, con un atisbo rosado en las mejillas.

Escuchó con atención, queriendo averiguar más sobre las cosas que le gustaban para pulir bien su plan. Había esperado casi una hora delante del edificio donde trabajaba, sin querer perdérsela cuando saliera a comer. Había planificado el encuentro fortuito y su paciencia se había visto recompensada al verla salir sola. Era fácil mostrarse atento, parecer cautivado por el entusiasmo de ella. Lo sorprendió cuando no sugirió de inmediato un lugar caro. Yasmine ya habría ideado un modo de descubrir su riqueza. Desterró ese pensamiento. Llevaba muerta cuatro años. Ya no tenía ningún poder sobre él.

Quizá Laura se tomaba su tiempo. Debía ir con cuidado. Por supuesto, acababan de conocerse. Desconocía lo rico que era y no querría poner en peligro la conexión que tenía con Yuusuf. Debía demostrarle que le sería mucho más provechoso perseguirlo a él.

El almuerzo era el primer paso. Había reconocido el restaurante nada más verlo y sabido que sería caro.

Que viera con cuanta displicencia gastaba el dinero. No tardaría en cambiarlo por Yuusuf. Su primo no era un hombre que alardeara de riqueza. Pero, desde luego, la posición de la familia era bien conocida... y algunas mujeres podían percibir la oportunidad.

Laura volvió a sorprenderlo cuando abandonaron el restaurante y regresó al trabajo.

Le ofrecía una tarde de diversión, pero ella había insistido en que tenía que trabajar.

La acompañó al edificio y le pidió su número de teléfono. Ya lo tenía por los contactos con la embajada, pero no quería que surgiera ninguna duda en ella. Se lo dio sin reparos. Alguien debería advertirle en contra de ser demasiado abierta con desconocidos.

Ella le preguntó dónde se alojaba y él se lo dijo, con la esperanza de que nunca llamara y preguntara por el señor Smith. Estaba registrado bajo su nombre real. Pero le dio el número de habitación, para que pudiera saltarse la centralita si decidía llamarlo.

Al regresar al hotel, arregló con el conserje que le enviara un ramo de rosas a Laura al trabajo. Disponía de poco tiempo para alejarla de su primo y necesitaba preparar el escenario.

Laura quedó sorprendida y encantada con el hermoso ramo de rosas blancas y rosadas que recibió antes de que terminara su jornada. La tarjeta simplemente ponía: Gracias por el almuerzo.

—Vaya, ¿un chico nuevo en tu vida? —preguntó su amiga Betty, estudiando las flores—.

Son preciosas. Eres una chica afortunada.

—Lo soy, ¿verdad? Son de un amigo —repuso. Eran las flores más bonitas que jamás le habían regalado. Sus sentimientos por Tal volaron.

Cuando tuvo un momento, lo llamó por teléfono al hotel y pidió directamente con su habitación. Esperaba que estuviera.

—Gracias por las flores —dijo cuando contestó.

—Gracias por comer conmigo. Disfruté más de lo esperado —siempre que era posible decía la verdad. Era más fácil, aparte de que no estaba acostumbrado a una vida de subterfugios—. No quiero esperar hasta el sábado para volver a verte. ¿Qué te parece si

cenamos esta noche?

—Oh. Sería estupendo. Deja que vaya a casa a cambiarme y podemos quedar en alguna parte —sintió un resplandor cálido en su interior. ¡Quería volver a verla tanto como ella a él!

—Hablaré con el conserje para que me recomiende algún sitio. Puedo pasar a recogerte a tu apartamento —dijo.

—Quedaré contigo. Llámame cuando encuentres un sitio, o yo puedo sugerirte algunos —a pesar del creciente interés por ese hombre, eran necesarias unas precauciones básicas. No pensaba revelarle dónde vivía hasta conocerlo mejor.

—Llamaré al conserje y volveré a llamarte.

Se aseguró de que tuviera el teléfono del trabajo antes de colgar.

¡La dominó la impaciencia!

Capítulo 3

A LAS SIETE, Tal llegó al restaurante que le había recomendado el conserje. Era muy elegante y caro. Exactamente lo que había solicitado. Había debatido si dejar que Laura sugiriera el restaurante. Tenía interés en ver cuál habría recomendado... ¿el más caro de la ciudad? ¿O se habría mostrado más prudente? Necesitaba cerciorarse de que supiera que tenía dinero y que estaba más que dispuesto a gastárselo en ella.

Mientras esperaba, se preguntó qué le contaría a Yuusuf acerca de esa velada. Había aceptado su invitación muy rápidamente. Era poco probable que hubiera hecho planes. No creía que tirara por la borda algo seguro por una simple posibilidad. Se preguntó si habría alguna manera de que su primo supiera que veía a otro hombre.

Miró la hora. No tuvo que esperar mucho hasta que ella llegó en un taxi. Llevaba un conservador vestido azul oscuro. El cabello corto parecía revuelto, como si un hombre hubiera pasado los dedos por él. Durante un segundo, la idea le causó un aguijonazo de celos. ¿Qué intimidad tenía Yuusuf con Laura? Descubrió que no quería pensar en ese aspecto de la relación.

Se dijo que no salía con esa mujer, que sólo la quería apartar del lado de su primo.

No le importaba con los hombres que se acostara mientras Yuusuf no fuera uno de ellos. No podía dejar que atrapara a su primo.

—Espero no haberte hecho esperar mucho.

—En absoluto. Acabo de llegar —la escoltó al interior del restaurante. No había vista, sólo frisos de madera barnizada en las paredes y candelabros pesados. Le recordaba a alguno de los pubs ingleses que le gustaban.

Las sillas eran de piel y cómodas. Los cubiertos de plata y las delicadas copas brillaban bajo la tenue luz. De fondo sonaba una música suave.

—Muy agradable —comentó al sentarse.

—Recibió una alta recomendación entre la selección que se me presentó —comentó mientras el maitre les entregaba los menús.

—¿No has comido antes aquí? —preguntó, mirando el menú.

Estaba en italiano, aunque reconoció los precios. Esperó que a él no le importara gastarse una pequeña fortuna en la cena. El sábado se cercioraría de que la excursión fuera barata.

—No. El conserje me recomendó la ternera —musitó.

Cuando Laura alzó la vista, Tal la miraba a ella, no al menú.

—Me gusta la ternera —repuso, incapaz de apartar los ojos. Por dentro se sintió nerviosa y femenina. Y le agradó.

—Dime, Laura, ¿dónde creciste en San Francisco? Quiero imaginar la casa.

—Vivía con mis abuelos. Mis padres murieron cuando yo era una niña. Los abuelos vivían en Portrero Hill. Teníamos un piso grande, con una terraza de madera que daba al barrio. No había una gran vista. Pero me encantaba la zona. Mi propio apartamento no está lejos de donde crecí. Lo que recuerdo es que olía a canela y vainilla. Mi abuela era una cocinera maravillosa.

—¿Era?

Laura asintió, sintiendo aún el dolor de haber perdido a sus queridos abuelos.

—El abuelo tuvo un ataque al corazón hace unos cinco años. Poco después de su muerte, también falleció la abuela. Siempre pensé que era por un corazón roto.

Formaban la pareja perfecta. Para mí fueron perfectos. Los echo mucho de menos.

Cuando el camarero fue a tomarles el pedido, Tal también pidió champán.

—¿Celebramos algo? —inquirió Laura.

—Sí, el comienzo de algo especial —repuso él—. Noté que anoche bebías champán. Te gusta, ¿verdad?

—Me encanta —titubeó un momento, con ganas de contarle que había tenido un refresco en la copa, pero como no quería estropear la atmósfera, calló—. Tal, gracias por unas rosas tan preciosas. Me sorprendió recibirlas. Quería llevármelas a casa para disfrutarlas, pero no podía transportarlas en el autobús, así que siguen en el trabajo.

—Me alegro de que te gustaran.

—Un poco extravagantes, pero preciosas.

Él se encogió de hombros.

—Me las puedo permitir. Tú me diste un tiempo que

probablemente no te puedas permitir, así que considéralo una pequeña muestra de mi aprecio.

—¿Cómo supiste adónde mandarlas? —preguntó.

—Te vi hablar con una mujer que salía del ascensor justo cuando tú ibas a entrar, así que le pregunté para qué empresa trabajabas —repuso, soslayando el hecho de que lo había sabido desde antes de aterrizar en San Francisco.

—Todo un detective. Me tienes impresionada.

—Entonces, me alegro. Era mi esperanza que te reportaran placer —y que la acercaran a la consumación de sus planes.

Laura calló, preguntándose de qué más podían hablar. Por lo general, se sentía cómoda en casi todas las situaciones, pero junto a Tal la embargaba la timidez.

Llegaron las ensaladas y el momento incómodo pasó.

A medida que transcurrió la cena, descubrió que Tal era un hombre agradable con quien charlar. Cuando le preguntaba sobre su vida, él no se explayaba sin parar como algunos de los chicos con los que había salido. Le contaba cosas con brevedad, para luego trasladar la conversación otra vez a ella. No obstante, atesoró cada fragmento de información que le brindó. Había ido a la universidad en Eton, jugado al fútbol con el equipo local y le encantaba navegar.

La cena duró mucho más de lo que Laura había esperado. Ya se hacía tarde cuando terminó la copa de brandy que él había pedido después del postre.

—He de ir a casa a acostarme —comentó ella, odiando ponerle fin a la velada, pero ya casi eran las once—. Mañana tengo un día muy largo —añadió—. Pero el sábado podemos quedar temprano. Si el tiempo es bueno, ¿te gustaría explorar el Golden Gate Park?

—Tengo una idea mejor. ¿Qué te parece un paseo en globo aerostático por Napa Valley? Tengo entendido que son algo espectacular y no es algo que haya hecho antes. ¿Y tú?

Laura había oído hablar de ellos. Si el día era diáfano, se podían divisar las montañas de Sierra Nevada.

—Nunca —repuso, y su sonrisa delató el entusiasmo que le provocaba la idea—. Me encantaría —“especialmente contigo”.

—Haré los preparativos. ¿Te paso a buscar a las seis?

—¿De la mañana? —había esperado dormir un poco, pero se

quedaría despierta todo el fin de semana si con ello lograba pasar un día con Tal.

—El globo sale poco después del amanecer. Antes de que haga demasiado calor. Trae una chaqueta. Según el folleto, puede estar fresco ahí arriba.

Después de pagar, la escoltó fuera. Habló con el aparcacoches y se acercaron al bordillo a esperar. Ella tembló ligeramente a causa de la niebla y por el cambio de temperatura del interior cálido al exterior fresco.

—¿Frío? —preguntó él. Sin aguardar una respuesta, se quitó la chaqueta del traje y se la pasó alrededor de los hombros.

El calor del cuerpo de Tal la envolvió. Su aroma le llenó las fosas nasales.

—Lo tenía, pero ya no. Gracias. Debería haber traído algo —se arrebujó en la chaqueta—.

¿Tú no tienes frío?

—No. No olvides traer una el sábado.

Una limusina larga y blanca se detuvo delante de ellos. El chófer bajó con rapidez y rodeó el vehículo para ir a abrirles la puerta.

—¿Es tuya? —preguntó ella sorprendida.

No había esperado semejante lujo.

—Mientras estoy en San Francisco —contestó Tal.

Laura subió al coche y se reclinó en el asiento de piel. Era como sentarse en el sillón más cómodo que hubiera probado jamás. Le pareció divertido. Nunca había ido en una limusina.

Tal se sentó a su lado.

—Tendrás que darle al chófer tu dirección —le comentó.

Después de la agradable cena que habían compartido y de la información personal intercambiada, la preocupación de Laura había desaparecido. Le indicó al chófer cómo llegar a su edificio y se preguntó qué le parecería a Tal. No era nada opulento, simplemente una agradable comunidad de clase trabajadora. Ninguno de sus vecinos tenía una limusina. ¿Qué pensarían cuando la vieran en una?

Al llegar al edificio, Tal bajó y la acompañó hasta la puerta de cristal que conducía al vestíbulo. Ella se quitó la chaqueta, reacia a devolvérsela.

—Gracias.

—¿Te acompaño arriba? —preguntó él, enganchándola con el dedo pulgar y pasándosela por el hombro.

—No es necesario. Gracias por una velada maravillosa. Realmente la he disfrutado.

—El placer ha sido mío —le tomó la mano y le rozó el dorso con los labios. Luego le dio la vuelta y le besó la muñeca.

Laura sintió que el corazón le daba un vuelco. La cabeza inclinada de él se hallaba tan cerca, que apenas pudo contenerse para no pasarle los dedos por el pelo oscuro.

—Hasta el sábado —dijo Tal.

Durante un momento, pensó que la iba a besar, pero sólo sonrió y dio un paso atrás.

Ella se volvió, abrió la puerta con la llave y entró. Al girar una vez que llamó el ascensor, lo vio aún allí, observándola… y se preguntó si le molestaría tanto como a ella tener que despedirse. Una vez en el ascensor, cerró los ojos y pudo verlo con claridad. Lo imaginó inclinándose más y besándola.

El teléfono sonaba al llegar a la puerta. Abrió con rapidez y corrió a contestar, cerrando la puerta con el pie.

—¿Hola?

—¿Dónde has estado? —preguntó Jenna—. Te he llamado por lo menos una docena de veces.

Laura vio que tenía cinco mensajes parpadeando en el contestador. Se preguntó si serían todos de su amiga.

—O una o dos veces nada más —se descalzó y se dejó caer en el sofá.

—De acuerdo, al no devolverme la llamada, probé otra vez.

—Salí a cenar. Acabo de llegar. Jenna, creo que ha pasado.

—¿Qué?

—Creo que he encontrado al Señor Perfecto. ¿Lo ves?, estoy lo bastante abierta como para reconocerlo cuando se presenta.

Jenna soltó un chillido.

—¿Quién es? ¿Dónde os habéis conocido? ¿Cómo es? ¿Cuándo me lo vas a presentar?

¿Cómo lo sabes?

Laura sonrió, feliz.

—Hay algo tan especial en estar con él. Es alto, moreno, absolutamente atractivo. Tiene unos modales exquisitos y puede

hablar de casi todo. Es de Inglaterra y tiene un acento cautivador. Podría escucharlo toda la vida.

—Inglaterra. ¿Está de visita o vive aquí?

—Está por negocios. Espero que quiera pasar cada momento libre conmigo. Hemos comido juntos, luego hemos cenado.

—Oh, Laura, si ha venido por unos días, está pasando las horas. No te enamores de alguien con quien no puedas desarrollar una relación —advirtió Jenna.

—¿Quién dice que no puedo? Quizá termine yéndome a Londres —no quería que le aguaran la felicidad que sentía en ese momento, ni siquiera los consejos de su mejor amiga.

—Te diré lo que tú siempre estás diciéndome a mí, ten cuidado.

—Ya me conoces, soy cautelosa y tranquila. Pero cuando estoy con él, me siento fascinada. Y femenina. Cuando me mira con esos ojos oscuros, me derrito.

—¿Te ha besado ya?

—Más o menos.

—¿Eso qué significa?

—Me besó la mano —"y la muñeca", pero por algún motivo, consideró que eso era demasiado íntimo para compartir. Se frotó la muñeca contra la mejilla, sintiendo otra vez los labios cálidos de Tal. Con la esperanza de recapturar cada momento con él, comenzó a contárselo a Jenna desde el principio—. Esta tarde me envió rosas —concluyó.

—De acuerdo, suena como mi tipo de hombre. ¿Qué más?

—Vamos a salir el sábado... a dar una vuelta en globo aerostático por Napa Valley.

—Ooooh. Me está gustando cada vez más. No es la cita corriente. Parece que también a él le gustas.

—Eso creo. Oh, Jenna, ¿y si esto es lo real? ¿Y si al fin me estoy enamorando? Pensé que permanecería soltera toda la vida. Llevo tanto tiempo deseando formar parte de una pareja. Ser realmente amada por lo que soy.

—Yo también quiero que goces de eso. ¿Te he contado que este fin de semana me voy a llevar a Yuusuf a casa para presentárselo a mis padres?

—No. ¿Va tan en serio? ¿Estás segura?

—Lo estoy. Creo que él me ama. Eso dice. ¿Cómo se puede saber

alguna vez si no se corre el riesgo, si no se confía en la otra persona y te lanzas?

—Me parece un plan ganador —en definitiva, era lo mismo que hacía ella, confiar en el futuro, abrazar esos sentimientos especiales que tenía por Tal.

—A mí también. En cualquier caso, hoy he llamado a mis padres y nos han invitado a pasar el fin de semana con ellos. ¿Te veremos mañana en la exposición de arte de Jules Renault?

—Sí. Trabajo con otro operario. Nos han comentado que habría más de quinientas personas. ¿Lo crees?

—No, sospecho que es el número de invitaciones que han enviado y lo que espera el propietario de la galería. Pero te apuesto que sólo se presentará la mitad. Yuusuf y yo iremos temprano. Tengo otra fiesta a la que quiero llegar, así que es posible que nos vayamos también temprano.

—Oh, ¿te he contado que cenamos con champán, para celebrar algo que puede llegar a ser muy especial? —añadió, recordando cada palabra de Tal, cada gesto.

—Mañana me lo tendrás que contar todo. Llévalo a la exposición. Tengo ganas de conocerlo. Y que Yuusuf lo conozca. No puede hacer daño recibir la opinión de un hombre.

—Claro, como si pudiera perseguir mi maravilloso sueldo. Además, no puedo llevarlo cuando trabajo. Habrá otras ocasiones en que podamos reunirnos. ¿Estaréis fuera todo el fin de semana? —los padres de Laura vivían en Monterrey, a unas tres horas y media en coche de San Francisco.

—Volveremos el domingo por la noche. Te llamaré en cuanto lleguemos.

—Espero que todo vaya bien.

—Me preocupa un poco la reacción de mi padre, ya que aún me considera una niña.

Aunque quien me preocupa de verdad eres tú. Eres una niña perdida en el bosque en lo referente a los hombres. En mi ausencia, ve con cuidado —aconsejó Jenna.

Colgó, demasiado contenta y entusiasmada como para dejar que las palabras de su amiga le amargaran el estado de ánimo. Había tenido una velada fabulosa, había regresado a casa en una limusina y el sábado volvería a ver a Tal. ¿Qué más podía pedir?

Tal se reclinó en la limusina y observó las luces de la ciudad mientras el chófer regresaba al hotel. La velada había salido exactamente según lo planeado. Era agradable saber que podía predecir el futuro tan bien. Ella empezaba a quedar cautivada por su atención. Era una mujer inteligente, pero él disponía de la ventaja.

Laura desconocía que su meta era acabar con la trama de capturar a su primo. Qué infiel era. ¿O se trataba de un ardid para causar los celos de Yuusuf? Si Yuusuf se enteraba de la cena de esa noche y de que pasarían el sábado juntos, ¿se desilusionaría o racionalizaría la situación?

Al llegar al hotel, despidió al chófer hasta el sábado por la mañana. No iba a necesitar sus servicios el viernes. Así como tenía cosas que hacer, podía llevarlas a cabo sin la limusina. Ésta sólo era para impresionar a Laura.

El sábado, iba a tirar la casa por la ventana para impresionarla. La cuestión radicaba en cómo convencerla de que dejara a su primo sin realizar ningún compromiso o promesa a los que pudiera agarrarse para montar una escena.

Pero él nunca le hacía una promesa a una mujer. No desde que pidiera a Yasmine en matrimonio. Había respetado los votos, pero al final, eso casi lo había destruido. Le gustaba su vida tal como estaba.

Aunque esperaba con ganas la llegada del sábado. Jamás había montado en un globo aerostático. Sería una experiencia nueva para los dos. Y por la noche la llevaría a cenar y a bailar. El domingo navegarían por la bahía. ¿Qué más podía cautivarla?

¿Unos regalos lujosos en cada ocasión?

Joyas, desde luego. Ni hacía falta mencionarlo. Todas las mujeres apreciaban las joyas. Tendría que encargarse de que recibiera una o dos. Nada extravagante, pero lo suficiente como para que la mantuviera anhelando más.

Al entrar en la habitación se quitó a Laura de la cabeza. Era demasiado tarde para ponerse en contacto con su oficina en Tamarin, pero comprobaría los correos electrónicos y los informes que le había pedido a su secretario. Antes de acostarse, podría completar bastante trabajo.

El viernes por la noche, Laura se puso uno de sus vestidos

estándar de fiesta. Ése tenía una falda amplia con un bolsillo secreto para guardar cámaras o grabadoras miniatura, según lo requiriera el trabajo. Se veía feliz mientras se estudiaba ante el espejo. El brillo en sus ojos era de pensar todo el día en Tal. Y de saber que en unas horas volvería a verlo. ¡Estaba impaciente por que llegara el sábado!

No se esperaba ningún problema en la exposición, pero Jason y ella tendrían que estar preparados para cualquier cosa, lo que significaba que debía dejar de pensar en el nuevo hombre de su vida y concentrarse en el trabajo.

La velada resultó ser rutinaria. Charló con gente que reconoció y escuchó comentarios sobre la obra del artista.

—Ahí estás —dijo Jenna en un momento de la noche, acercándose para darle un abrazo.

Yuusuf se encontraba a su lado, sonriente. Le sonrió a su amiga.

—¿Acabáis de llegar? Creía que ibais a venir antes.

—Fuimos a cenar primero. Y no vamos a quedarnos mucho rato. Quiero ir a la fiesta de los Culbertson. El señor Fontenrose es un viejo amigo de mis padres —explicó, mencionando el nombre del dueño de la galería—. He venido aquí en su lugar. Quizá le eche un rápido vistazo a los cuadros, me asegure de que sepa que he venido y entonces podamos largarnos.

—Esperaré aquí con Laura —dijo

Yuusuf. Laura le sonrió a su amiga.

—Lo vigilaré por ti. Yuusuf rió.

—Ve, Jen, estaré aquí cuando quieras irte.

Jenna agitó la mano y comenzó el recorrido de la galería, deteniéndose delante de algunos de los cuadros para estudiarlos, así como ante otros pasaba con rapidez.

—Tengo entendido que vais a ir a ver a los padres de Jenna —comentó Laura.

—Es un honor que se me invite a conocerlos. Quizá deba organizar llevarla a conocer a los míos.

—¿Hablas en serio? —se quedó atónita.

—¿Sabes lo mucho que me importa Jenna?

—Podría resultar herida. A pesar de la fachada que presenta, es frágil por dentro.

—No es tan frágil como tú piensas, pero... —se inclinó como si

quisiera transmitirle un secreto—... si lo fuera, no tendría nada que temer de mí. Quiero casarme con ella.

Justo en ese momento, un fotógrafo de un periódico les sacó una foto. Había estado sacando fotos toda la noche y Laura apenas notó el destello del flash. Estaba demasiado sorprendida por la declaración de Yuusuf.

Él sonrió y el flash centelleó otra vez.

—Pero no se lo digas. Quiero pedírselo yo cuando considere que es el momento apropiado.

—Mis labios están sellados.

Se sintió feliz por su amiga. Jenna parecía muy enamorada de Yuusuf. Y Laura sabía lo que se sentía. Ella misma estaba enamorándose del hombre más excitante que jamás había conocido. Al mismo tiempo que la aterraba, le entusiasmaba que hubiera tantas cosas por conocer del otro. Y tanto que descubrir. Pero sabía que el amor era un regalo especial... merecedor de cualquier sacrificio.

Toda su vida había estado esperando a alguien como Tal. Y al fin había encontrado al único hombre en el mundo para ella. ¿Cómo se podía tener más suerte?

Capítulo 4

EL SÁBADO, Tal estrujó la primera edición del periódico y lo tiró al otro lado de la habitación. La limusina iba a recogerlo en diez minutos. Una vez más, Yuusuf y Laura aparecían en la primera página de la sección de Sociedad. Si su abuelo lo viera, cuestionaría la eficacia de su plan.

¿Qué le habría contado a su primo acerca de que iba a pasar todo el día fuera? Se preguntó si se frustrarían los planes para la cena de esa noche y salir a navegar al día siguiente.

¿Cómo asegurarse de que Laura lo eligiera a él y repudiara a Yuusuf? Miró el estuche sobre la mesa. Le había comprado un brazalete de oro con un pequeño colgante de un globo aerostático. Se lo iba a dar ese día. Añadiría un colgante cada día que hicieran algo juntos. De inmediato ella sabría reconocer los diamantes y zafiros del globo, la calidad del brazalete. Luego le insinuaría que habría unos pendientes a juego. Tal vez un collar. Sabía qué esperar. Yasmine se lo había enseñado bien. Se obligó a desterrar los recuerdos.

Era hora de marcharse. Guardó el brazalete en el bolsillo de la chaqueta. Tenía que hacer todo lo posible para cautivar a Laura ese fin de semana... y evitar que Yuusuf tuviera la posibilidad de recuperar sus favores.

Cuando la limusina se detuvo ante el edificio de Laura, ella salió del vestíbulo. Era evidente que había estado esperándolo. Tal sonrió mientras el chófer rodeaba el vehículo para abrirle la puerta de atrás. Bajó para recibirla. Se preguntó si estaría tan ansiosa por empezar el día o si tendría a alguien en su apartamento a quien no quería que viera. Un día de ésos sugeriría una cena en su casa para poder examinar el apartamento. Le brindaría más información sobre ella.

—Buenos días —saludó Laura con los ojos brillantes.

—Buenos días. Debes de haber descansado bien, porque estás preciosa —dijo adrede, sabiendo que debía de haberse quedado hasta tarde en la fiesta con Yuusuf.

—Apenas pude dormir esperando que llegara este momento. Tengo tantas ganas de subirme al globo aerostático... —comentó

con sonrisa feliz.

Cínicamente, Tal conocía la verdadera causa para esa falta de descanso. Sin embargo, no dijo nada y esperó que ella subiera a la limusina. Al momento, cruzaban las casi desiertas calles de San Francisco de camino al puente de la Bahía y a Napa.

—¿Café? —preguntó él, señalando el pequeño bar que había frente a ellos. Sobre su superficie había un termo con café caliente y dos tazas. La leche estaba en la nevera pequeña y el azúcar en el resplandeciente azucarero de plata.

—Estupendo. ¿Quieres uno? —preguntó ella.

—Sí.

Sirvió el café aromático en las tazas.

—¿Leche y azúcar?

—Lo prefiero solo.

—Yo también —convino ella, pasándole una de las tazas. Olió la suya y sonrió—. Siempre huele mejor de lo que sabe —bebió un sorbo y volvió a regalarle una sonrisa—.

Delicioso.

—Cuando lleguemos, disfrutaremos de un desayuno al aire libre —comentó, con ganas de preguntarle qué habían hecho la noche anterior su primo y ella. Pero sabía que debía ir con cuidado hasta que Laura rompiera irrevocablemente con Yuusuf.

No tardó en lograr que Laura le hablara de los lugares que le gustaría visitar si dispusiera de tiempo y dinero suficientes.

—París, supongo. ¿No quiere ir todo el mundo a París? Y me encantaría ver Nueva Zelanda. Las fotos que he visto de distintos sitios de aquel país son espectaculares. Y

Noruega. Los fiordos son de una belleza asombrosa.

—Ve a un país en cada una de tus vacaciones —sugirió él.

—Aún tengo mucho que explorar en mi propio país. Ojalá tuviera mucho, mucho dinero. Entonces no necesitaría trabajar y podría viajar todo el tiempo —comentó con melancolía.

—¿Te gustaría ver Londres? —le preguntó. Quizá un viaje rápido juntos, distanciaría a su primo. No representaría más problema que su viaje a San Francisco.

—¡Por supuesto! Se da por sentado.

—¿Y qué otros lugares? —instó, curioso de repente sobre los sitios del mundo que quería ver.

—España o Italia, tal vez, donde podría pasear por las playas del Mediterráneo.

—El norte de África tiene unas playas magníficas —comentó.

—Sería fantástico visitar Egipto, aunque sólo fuera por la historia que alberga.

Su país también tenía una buena dosis de historia, pero no iba a mencionárselo, ya que eso podía hacer sonar alarmas.

Antes de quedarse sin tema de conversación, llegaron al aparcamiento de los globos aerostáticos. Tal se sentía curiosamente relajado. Tuvo que recordarse cuál era su misión y que no debía caer ante los encantos de Laura. Comenzaba a entender por qué Yuusuf se sentía atraído por esa mujer. Irradiaba magnetismo e inocencia. Daba la impresión de que amaba la vida y que encontraba magia incluso en lo más mundano.

La actividad allí reinante contradecía lo temprano de la hora. El sol ya se había asomado por encima del horizonte y el aire comenzaba a templarse. El campo estaba cubierto de manchas grandes y coloridas de un material sedoso, en sus primeras fases de ser llenadas con el aire caliente que las elevaría por encima de la tierra.

El ruido de las boquillas del fuego era más alto de lo esperado. Tal bajó del coche y sostuvo la puerta para Laura. Ella observó la escena con asombro.

—Tiene que haber un par de docenas de globos —comentó. Dos se veían llenos a medias. Varios seguían deshinchados. Uno ya se hallaba erguido, pero sin tirar todavía de los anclajes. Los colores y el diseño eran un placer para la vista.

—Ven —la condujo a las mesas grandes que había a un lado. El desayuno, preparado en enormes fogones de leña instalados en el campo, ya se estaba sirviendo. El olor a beicon y a salchicha impregnaba el aire. Varias parejas estaban sentadas a las mesas disfrutándolo.

Las mesas sorprendieron a Laura, con sus manteles de tela y sus cubiertos de plata, vajilla de porcelana y teteras y cafeteras también de plata.

—Esto es sorprendente —comentó ella cuando Tal le dio su nombre a una camarera que con celeridad los instaló a una de las mesas.

Mientras comían, otra empleada se presentó para apuntar sus nombres.

—Irán en el globo rojo, blanco y azul que hay allí —señaló en la dirección de uno que ya estaba inflado y daba la impresión de encontrarse listo para partir—. No hay prisa. En cuanto terminen, comuníquenmelo y los llevaré —miró el portapapeles que sujetaba —.

También tienen programado el almuerzo en el habitáculo —fue hacia la siguiente pareja.

—¿Almuerzo en el aire? —preguntó Laura.

—Pensé que podría ser placentero. O podemos esperar hasta aterrizar.

—Creo que jamás he tenido una cita tan extravagante. ¡Es muy divertido!

Él asintió. No tenía sentido no divertirse mientras su plan se desarrollaba. Durante unos minutos, podía olvidar el objetivo mercenario de ella y disfrutar de la compañía que le proporcionaba. Carecía ciertamente del nivel de sofisticación que había tenido Yasmine, y disfrutaba de todo con ojos muy abiertos. Sin embargo, resultaba refrescante que alguien se mostrara tan entusiasta con una cita. Hacía siglos que no dedicaba tiempo a una actividad frívola.

Laura estaba disfrutando del mejor momento de su vida. Todo era perfecto... su acompañante, el desayuno al aire libre, la perspectiva de pasar unas horas flotando por encima de la tierra, solos Tal y ella. Y el conductor del globo. Tuvo ganas de pellizcarse para asegurarse de que no soñaba. Ni en sus fantasías más descabelladas habría soñado con una cita tan extravagante.

Tal la tomó de la mano cuando abandonaron la mesa para seguir a la azafata hasta el globo. Se sintió diminuta rodeada de esos globos enormes y coloridos, que en ese momento ya estaban inflados y tiraban de sus anclajes. Las góndolas, tal como se llamaban los habitáculos donde irían, eran oscuras y brillantes. Las explosiones de los quemadores de propano, que calentaban el aire en el interior del globo, sonaban como estática pesada.

—Este es Don, su piloto —dijo la azafata cuando llegaron al globo rojo, blanco y azul.

—Me alegro de tenerlos con nosotros —dijo Don, estrechando la mano de Tal—. En cuanto subamos a bordo, partiremos.

En sólo unos minutos, los cabos tensos se soltaron y el globo inició su lenta ascensión. Los quemadores emitieron unos chorros hasta que Don los cortó y reinó el silencio. Al rato comenzaron a flotar a la deriva hacia el sol naciente. Debajo de ellos, las personas que había en el campamento comenzaron a tornarse más pequeñas. En todas direcciones se extendían acres de viñedos como una alfombra uniforme. Las montañas que rodeaban Napa Valley parecían tenues perfiles de plata a la temprana luz de la mañana.

—Esto es fantástico —musitó Laura. Miró a Tal—. Gracias por traerme.

—El placer es mío —le tomó la mano y la acercó.

Juntos contemplaron la vista. Los lados de la góndola les llegaban al pecho. De vez en cuando, Don activaba los quemadores para mantener caliente el aire en el globo.

Cuando no ardían, reinaba la quietud mientras flotaban en el viento.

—Recordaré esto todos los días de mi vida —susurró ella.

La mañana era perfecta, tan especial como el hombre que tenía al lado. Él le apretó la mano y descubrió que empezaba a enamorarse. Apenas lo conocía, pero se sentía a salvo con él. Sentía una conexión que nunca antes había experimentado con otro hombre. Un entusiasmo que hacía que todo pareciera brillante y hermoso. Era como si viera el mundo de forma diferente. ¿Se atrevía a esperar que Tal sintiera lo mismo por ella?

¿Y si no era así? ¿Y si sólo se trataba de un interludio placentero mientras se hallaba de visita en San Francisco?

Durante un momento, sintió pánico. No quería que el tiempo que pasaba con él terminara jamás. Admitía que lo conocía desde hacía apenas unos días, pero ya era incapaz de imaginar no tenerlo en su vida. Sintió un escalofrío de aprensión. Lo controló. No iba a dejar que nada le estropeara el día.

El le soltó la mano y le pasó el brazo por los hombros, acercándola al tiempo que señalaba un hito en la distancia.

—¿Lo ves? —preguntó.

Ella asintió con el corazón desbocado. Quería girar levemente la cabeza, que los labios de él tocaran los suyos, robarle un beso y olvidarse de que el piloto compartía la góndola con ellos.

—Es tan hermoso —murmuró.

Él no respondió, hasta que Laura giró la cabeza y lo miró. Tenía la cara tan cerca que podía sentir su aliento en las mejillas. Sus ojos oscuros se clavaron en ella.

—Creo que tú eres hermosa —musitó y bajó la cabeza para besarla.

Era más de lo que Laura había soñado. Se olvidó del piloto. Sólo existían dos personas vivas, Tal y ella. Flotando muy por encima de la tierra. Sintió que podría permanecer flotando sin la ayuda del globo aerostático.

La hizo girar hasta que quedaron cara a cara, pecho contra torso, y la envolvió con un abrazo al tiempo que profundizaba el beso. El tiempo se detuvo mientras las sensaciones eróticas la recorrían como el aire caliente de los quemadores. Cada célula de su cuerpo estaba sintonizada con Tal, con la sensación de esos labios sobre los suyos, de ese cuerpo musculoso pegado al suyo. Las sensaciones le encendieron la pasión.

La detonación de los chorros de propano la devolvieron a la realidad. Apartándose un poco, lo miró a los ojos, sin aire.

—Jamás olvidaré este día —susurro.

—Ni yo —corroboró Tal, besándola con suavidad.

Cuando regresaron a tierra, Laura sospechaba que los sentimientos eran recíprocos.

Estaban enamorados y se preguntó adónde los llevaría ese estado maravilloso.

¿Podría, tal como le había dicho a Jenna, trasladarse a Londres e iniciar una vida nueva con ese hombre maravilloso?

Don sirvió el almuerzo en un lujoso estilo de excursión. Extendió un mantel blanco sobre una gruesa manta en el suelo. Una cesta llena con comida también contenía platos, copas, cubiertos y champán.

Laura rió al verlo.

—¿Champán? ¿A las once de la mañana?

—Un picnic de champán. Deja que te llene la copa, luego acompáñalo con un poco de paté. La comida parece un festín.

Se habría sentido satisfecha con poder darse un festín visual con Tal, pero aceptó la copa y la alzó cuando él terminó de llenar la suya.

—Por nosotros dijo, atrevida.

Él inclinó levemente la cabeza y tocó el borde de la copa de Laura con la suya.

Estaban solos en la manta. Don explicó que tenía que guardar el globo para ser transportado de vuelta al lugar de despegue. El equipo de tierra no tardaría en llegar para llevarlos de regreso a la zona de aparcamiento. Fue a iniciar la laboriosa tarea de plegar el globo, mientras Laura y Tal comían.

El paté estaba delicioso. Descubrió unas verduras con una salsa para mojarlas e incluso unas fresas cubiertas de chocolate negro. Sintió como si se hallara en una película. Nunca había disfrutado de un picnic tan elegante.

—Para no haber hecho demasiado esta mañana, aparte de mirar el paisaje, estoy hambrienta —comentó.

—Desayunaste poco —indicó él.

—Estaba demasiado animada.

Mientras comían, hablaron de la belleza del valle que habían visto.

—Tengo algo para ti —anunció Tal una vez que terminaron de comer. Sacó el estuche pequeño del bolsillo.

Laura dejó a un lado el plato y aceptó el estuche cuando se lo ofreció. Al ver el delicado brazalete de oro con el pequeño colgante en forma de globo aerostático, contuvo el aliento. Lo sacó con delicadeza del estuche; el corazón le latía con fuerza.

—Es hermoso —el globo era rojo y azul, casi como en el que habían volado durante la excursión.

—Un recordatorio de nuestro día juntos —comentó

—No deberías haber sido tan extravagante, pero me encanta. Pónmelo, por favor —le entregó la joya y alargó el brazo.

El se lo abrochó en torno a la muñeca, luego le tomó la mano y le dio un beso en la palma, cerrándole los dedos como si quisiera que capturara el beso.

—Tus deseos son órdenes para mí.

—Gracias —deseó que el día no se acabara nunca. No recordaba haber sido nunca tan feliz.

Como si él le leyera la mente, sonrió, le soltó la mano y la invitó a cenar.

—Sé que te lo digo con poca antelación. Quizá tengas otros planes —indicó.

—No los tengo, pero aunque así fuera, preferiría pasar la velada contigo —sabía que debería ser un poco más reservada con sus emociones, pero nunca antes había estado enamorada. Quería que supiera que le gustaba pasar tiempo con él. ¿Qué daño podía hacer?

—Perfecto —convino Tal con un brillo especial en los ojos.

La llevó a casa y prometió recogerla a las siete. Laura fue a darse una ducha rápida.

Al terminar, se tumbó a descansar un rato. El viernes había estado levantada hasta tarde por el trabajo y esa mañana se había levantado temprano. No quería quedarse dormida durante la cena por el agotamiento.

El reposo estuvo lleno de sueños románticos con Tal. Al despertar a las seis, se sentía renovada y anhelaba el momento de la cena con toda la expectación de una mujer por un hombre especial.

Se puso un vestido azul de seda y el brazalete de oro. Las piedras del globo centellearon a la luz. Se preguntó qué podía hacer para mostrarle que el día había tenido igual importancia para ella.

Justo antes de las siete, recogió un chal y el bolso pequeño de fiesta y guardó las llaves dentro. Estaba ante la puerta del vestíbulo de la planta baja cuando la limusina se detuvo delante de su casa.

Tal llegó hasta la puerta, pero antes de poder llamar al telefonillo, ella abrió y salió con calma a su encuentro.

Hasta ahí llegaba su paciencia.

—La puntualidad es una virtud que aprecio —comentó él con seriedad.

—Dijiste a las siete —comentó al subir a la limusina.

La llevó al Muelle Fisherman, a Buscallia's. Afamado por sus excelentes mariscos y pescados, por lo general tenía una lista de espera de semanas. Al entrar, Laura se preguntó cómo había logrado conseguir reserva para un sábado por la noche.

La pared más alejada era totalmente de cristal, con una vista espectacular del Golden Gate Bridge y la bruma que comenzaba a surgir impulsada por la brisa nocturna.

Aún había veleros en la bahía y también se podían ver los ferrys turísticos, cargados con pasajeros extasiados con el perfil de San Francisco.

—Por aquí, señor —indicó el maitre mientras los conducía a una mesa para dos situada justo al lado de los ventanales—. Creo que el

crepúsculo será espectacular —comentó al tiempo que les entregaba los menús—. La niebla no aparecerá por completo hasta después de anochecer. Que disfruten de la comida.

Laura contuvo una risita.

—Sonaba como si hubiera arreglado la puesta de sol en persona —comentó.

—Sería una atracción adicional —indicó Tal—. ¿Qué has hecho desde que te dejé?

—Dormitar. Me sentí totalmente decadente —sonrió. “¡La había echado de menos!” Primero el lujo del globo aerostático de esta mañana, luego una siesta y ahora una cena en un restaurante maravilloso. Una persona podría acostumbrarse a esta vida.

Él se encogió de hombros.

—Si se tiene el dinero suficiente.

—Ah, el gran obstáculo —estudió el menú y analizó sus elecciones. Le encantaba la langosta, plato que no tomaba a menudo. Si ese día trataba sobre los sueños hechos realidad, lo mejor sería ceñirse a eso—. Pediré langosta.

—Me uniré a ti —comentó, sin siquiera mirar el menú.

No le había quitado los ojos de encima desde que se habían sentado.

Alzó la muñeca y dejó que el brazalete colgara un momento.

—No sé si me lo quitaré alguna vez.

Él sacó otro estuche del bolsillo y lo deslizó por la mesa.

—Quiero llevarte a bailar después de la cena, así que compré éste al mismo tiempo que el colgante del globo.

Ella lo abrió y vio un delicado colgante de un par de zapatos de baile, los tacones formados por dos piedras resplandecientes.

—Tal, no deberías.

—Pensé que estableceríamos recuerdos juntos y que así tendrías algo tangible por lo que recordarme.

La sonrisa de ella titubeó.

—Preferiría tenerte a ti —musitó.

—Sigo aquí. Pensé que te gustarían los colgantes. —Me gustan. Pero suena como si fueras a marcharte y ya no volviera a verte. Odiaría eso.

Tuvo que reconocerle sus consumadas dotes de actriz. Se había equivocado; era buena. Durante un momento, casi pudo creer que

sentía las palabras que decía.

Como si alguien pudiera echar de menos a una persona a la que acabara de conocer.

Se preguntó cómo le explicaría su falta de disponibilidad a Yuusuf. ¿Durante cuánto tiempo podría jugar a estar con los dos?

Su primo podría creer cualquier cosa, pero Tal presionaría hasta que ella tuviera que elegir. Pero esa noche, bien podía disfrutar mientras seguía haciendo que Laura creyera que ella era el nuevo centro de su mundo.

Aunque tampoco tenía que esforzarse tanto, ya que la codicia la cegaba tanto, que vería cualquier cosa que quisiera. ¿No comprendía lo transparente que era?

Aceptando regalos, insinuando planes de viajes. ¿Esperaba que se la llevara a Londres para un fin de semana? ¿O de compras a París?

Durante un instante jugó con la idea. ¿Hasta dónde llegaría una mujer para atrapar a un marido rico? Creía que Laura esperaría hasta obtener un anillo antes de entregarse. Sería interesante averiguarlo.

Laura contempló los veleros que navegaban impulsados por el viento.

—He pensado que mañana podríamos salir a navegar —comentó Tal, notando su interés.

Ella lo miró.

—¿Por la bahía?

—O por el océano.

Laura frunció el ceño.

—¿Tienes un barco aquí?

—No, mi amigo Earl lo tiene. Ya le he preguntado si lo puedo usar. El clima estará perfecto. Ven conmigo.

Ella lo estudió unos momentos. Observándola, la tensión se elevó una fracción.

¿Había ido demasiado lejos, demasiado deprisa? ¿Habría quedado con Yuusuf? Pero antes de poder subir la apuesta, Laura sonrió.

—Gracias, me encantaría —repuso.

—Te recogeré a eso de las diez, entonces.

Ella asintió y bebió de su vaso de agua.

—Dime qué es lo que haces, Tal —pidió al dejar el vaso.

—Trabajo en una empresa naviera. Cruceros que recorren principalmente el Mediterráneo —dijo.

No sabía lo mucho que conocía sobre la familia de Yuusuf, pero esperaba que fuera lo bastante vago como para mantener a raya la especulación.

—No puedo imaginar qué haces aquí si trabajas para una empresa naviera en Inglaterra.

—Tenemos más de una oficina —indicó—. ¿Qué mejor sitio que los Estados Unidos para atraer clientes?

—¿Qué trabajo específico desempeñas?

—Dirijo la empresa —dijo, con un toque de orgullo.

Disfrutaba con su trabajo. Además, era un atajo para hacerle saber que tenía dinero para mantenerla en el estilo de vida al que aspiraba.

—Fantástico. Jamás he conocido a nadie que tuviera un velero, mucho menos una línea de cruceros. ¿Vas a quedarte mucho tiempo en este viaje?

—Estaré el tiempo que sea necesario.

Laura sonrió al oír las palabras.

—Me gustará poder verte más —dijo.

Supo que había despertado su interés, lanzado el cebo. Se preguntó si ya era hora de tirar del sedal.

Laura comió la langosta con sumo placer, a pesar del enorme babero que el camarero insistió en que se pusiera para protegerse la ropa. Ver a Tal de la misma guisa fue muy divertido.

Hablaron de San Francisco, que él había visitado sólo en dos ocasiones con anterioridad. Cuando habló de esquiar en Gstadd o de bucear en las Islas Vírgenes británicas, los ojos de ella brillaron entusiasmados. Le encantaría probar todo lo que él mencionaba.

—¿Dónde está tu lugar favorito? —quiso saber Laura.

El titubeó un momento, luego se encogió de hombros.

—En mi casa.

—El mío en el Lago Tahoe. Es especialmente hermoso a finales de la primavera, cuando la nieve aún relumbra en las cumbres montañosas, pero las laderas están llenas de flores silvestres y todo se ve verde.

—Deberíamos ir un fin de semana —tal vez sería suficiente

llevarla allí en vez de a Londres. Aunque lo más probable es que lo considerara como un simple aperitivo.

—Si no lo has visto, deberías. Es una joya situada en el centro de las Montañas de Sierra Nevada. Y si te interesa, hay un montón de casinos en el lado del lago que da sobre Nevada.

—No especialmente —prefería jugar con su talento en los negocios que perder el dinero en máquinas o juegos pensados para que siempre ganara la casa—. Háblame de tu trabajo —pidió.

Laura siempre se mantenía cautelosa en lo referente al trabajo. Y se mostraba un poco suspicaz cuando alguien nuevo en su vida preguntaba. Aunque sabía que no necesitaba preocuparse por Tal.

—Hago muchas comprobaciones de entornos —repuso vagamente—. ¿Has navegado antes por la bahía?

—Nunca. Será una experiencia nueva, como el paseo en globo. ¿Qué clase de comprobaciones de entornos?

—Cerciorarme de que la gente es quien dice ser. El paseo en globo será siempre uno de mis recuerdos favoritos —y los besos que habían compartido.

—¿Compruebas capacidades financieras y cosas por el estilo? —insistió.

Se preguntó si de esa forma habría elegido a Yuusuf.

—Entre otros aspectos de la vida de una persona. Creo que prescindiré del postre.

Estoy satisfecha —no quería hablar del trabajo, pero tampoco quería levantar una bandera roja.

Por suerte, el camarero había estado atento y se presentó para recoger su plato.

—¿Postre, café?

Tal la miró, pero Laura movió la cabeza.

Cuando el hombre se marchó, él le tomó la mano.

—Me han recomendado The Palm Room como un excelente sitio para ir a bailar. ¿Te apetece?

—Me encantaría —estar en sus brazos, moverse al ritmo de la música... qué noche romántica.

Y se hallaba en lo alto de uno de los hoteles más grandes de San Francisco. Sabía que habría una vista panorámica de la ciudad.

Laura jamás estuvo segura de las razones que hicieron que todo marchara tan perfectamente, pero así fue. La música era romántica

y pensada para juntar a los amantes. El club no estaba atestado, pero sí lo bastante lleno como para ofrecer anonimato. La ciudad parecía extenderse ante ellos, como si quisiera añadir un elemento más para convertir la noche en una experiencia memorable.

Pidieron unas copas cuando los colocaron a una mesa pequeña próxima a la pista de baile. En cuanto la música volvió a sonar, Tal se incorporó y le alargó la mano. Laura se sentía como Cenicienta. Moviéndose con facilidad en el abrazo de él, no tardó en dejarse llevar por la magia de la velada.

Tal era un bailarín excelente. La guió de un modo que hizo que pareciera que llevaban bailando toda la vida. Con la música en la cabeza y las manos de él sosteniéndola, supo que jamás había pasado un día mejor. No pudo imaginar que alguna vez pudiera llegar a cansarse de él. Era un hombre interesante, divertido y determinado a cerciorarse de que ella disfrutara de cada momento.

La velada continuó en un estado de ensueño. No necesitaron hablar mucho.

Al final, él le preguntó si estaba lista para marcharse. Era tarde. Había aceptado sólo porque sabía que volvería a verlo al día siguiente.

Al llegar al apartamento de Laura, Tal la acompañó hasta la puerta.

—Me ha encantado la velada —dijo él con voz ronca—. Te veré por la mañana, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. ¿A qué hora?

—Te recogeré a eso de las diez. He pensado que podíamos navegar por debajo del Golden Gate Bridge y recorrer la costa.

Jamás había ido más allá de la bahía. Le encantó la idea de hacer algo tan estimulante con Tal.

—Hasta las diez, entonces —dijo.

Él asintió, se inclinó y la besó.

Laura estuvo a punto de derretirse. Decididamente, las rodillas se le aflojaron. Al devolverle el beso, volvió a tener la sensación de que el tiempo se paralizaba. O que aún flotaba en el globo aerostático por encima de la tierra.

—Hasta entonces —dijo con mirada misteriosa y voz ronca.

El sueño llegó despacio. Tenía demasiados recuerdos maravillosos que revivir de esa velada y del día anterior.

Y también pasaría todo el domingo con Tal. Eso le provocó una sonrisa.

Capítulo 5

LA MAÑANA estaba cubierta con el manto de niebla que recorría la ciudad. Laura se abrigó, sabiendo que aún haría más fresco navegando. Aunque al mediodía el sol habría atravesado la bruma y sería un día hermoso.

Determinada a mostrar un poco de contención, decidió no bajar al vestíbulo con antelación, sino a esperar a que la llamara por el telefonillo. Se dijo que había una cosa llamada exceso de ansiedad. La verdad era que deseaba que se hubiera presentado antes... que hubieran desayunado juntos.

Se puso el brazalete con el colgante y vio cómo el diminuto globo centelleaba a la luz.

Tenía el colgante del zapato en el cajón de la cómoda. Debería hacer que lo añadieran al brazalete. Se repitió que no había conocido jamás a un hombre más romántico que Tal. Querer que se aferrara a los recuerdos de una manera tan tangible, cuando acababan de conocerse. Sintiéndose embriagada por el entusiasmo, se asomó por la ventana con la esperanza de ver la limusina. Miró el reloj una docena de veces.

Finalmente, la vigilia se vio recompensada y la limusina apareció por su calle. Se apartó de la ventana y se preguntó hasta cuándo su corazón se desbocaría sólo con la idea de ver a Tal. Quiso bajar a la carrera, para estar en la puerta antes de que pudiera llamar al telefonillo. Pero respiró hondo y aguardó la llamada que le anunciaría que estaba abajo.

La llamada a su puerta la sobresaltó. Fue a abrir y allí encontró a Tal.

—¿Cómo has entrado? —preguntó sorprendida.

—Una de las vecinas salía cuando llegué. Ayer vio mi coche y dio por hecho que era seguro dejarme pasar, al menos es lo que me dijo. ¿Estás lista? —miró más allá de ella al interior del pequeño apartamento.

—Lo estoy —recogió la chaqueta, pensando que se lo veía maravilloso vestido con ropa informal. Aunque sabía que no era objetiva, ya que lo consideraba maravilloso de todas las maneras.

Salió al pasillo y cerró a su espalda. Probó la cerradura y le

sonrió. Sin duda su satisfacción era evidente, pero no quería ningún juego. Ese hombre le gustaba y no le importaba que él lo supiera.

La limusina los llevó al puerto deportivo. Tal la condujo muelle abajo. Al llegar a la embarcación, cruzó la pasarela para subir a bordo con agilidad y alargó la mano hacia ella. Laura lo hizo con más cautela.

El velero no era tan grande como ella había anticipado. Pero era perfecto para los dos. Las velas estaban plegadas y la cubierta despejada. Tal abrió la puerta pequeña que llevaba al camarote y desapareció dentro.

—Sólo compruebo si ha llegado nuestro almuerzo dijo.

Laura respiró el aire salado. Las gaviotas gritaban en lo alto. Unas pocas flotaron sobre el agua. La niebla mantenía la temperatura fresca, pero sabía que aumentaría en poco tiempo.

—¿Has navegado antes? —quiso saber él.

—Sólo unas pocas veces. No soy una experta.

—Yo sí. Navego desde que era niño. Incluso he participado en algunas regatas.

Siéntate y relájate. Es un velero perfecto para nosotros. Pasaremos un día estupendo.

Laura se sentó donde él indicó, aunque no se relajó. Observó con vivo interés los preparativos para zarpar. No estaba segura de lo que había hecho para merecer una atención tan extravagante, pero disfrutaba de cada momento.

En cuanto salieron del puerto, Tal apagó el motor, izó las velas y se acomodó cerca de Laura, ocupándose del timón. Soplaba una brisa viva que hacía que surcaran las aguas con rapidez. Ella formuló una docena de preguntas a la vez que le señalaba hitos que reconocía. Parecía encantada de estar a bordo. Él la observaba fascinado con sus expresiones cambiantes. Por un momento, se preguntó si podría seducirla por sí mismo. Podía entrar en la relación plenamente consciente de que ella sólo estaba por el dinero. Resultaría una mujer entretenida. Los últimos dos días así lo habían demostrado.

Sabía que jamás podría funcionar entre ellos. No podía exponerla como una cazafortunas ante Yuusuf y luego iniciar una relación con ella. Su primo jamás lo perdonaría. La familia era más importante que una mujer bonita que despertaba su curiosidad.

Decidió hacer que el día fuera perfecto, acercarla más a finalizar su relación con Yuusuf. Eso le permitiría regresar a Tamarin, al trabajo y a la vida que le gustaban.

Enfiló la embarcación hacia el Golden Gate y el Pacífico. A la hora habían navegado por debajo del enorme puente y salido al suave oleaje del océano. Yendo hacia el norte, mantuvo la costa a la vista. Aunque era un excelente marinero, estaba en territorio nuevo y prefería mantenerse cerca de tierra. Había estudiado los mapas de Earl y tenía un destino claro en mente. El sol comenzó a abrirse paso entre la niebla.

—Esto es fabuloso —comentó Laura, acercándose.

—Me alegro de que te guste —le tomó la mano y apoyó los dedos entrelazados sobre su muslo, mientras con la otra mano seguía controlando el timón.

En los mapas había encontrado una cala tranquila, donde echaría el ancla para almorzar. Faltaba aproximadamente una hora para que llegaran hasta allí. Mientras tanto, tenía un papel que interpretar. Y un primo al que salvar.

La cala que había estado buscando estaba formada por una punta de tierra que se curvaba como un anzuelo. Por tres lados se hallaba rodeada de riscos casi verticales, con pinos y cedros creciendo en el linde de la tierra. No había playa, sólo el oleaje que rompía suavemente contra la base de los riscos. Los brazos de tierra que la rodeaban la protegían de las olas transpacíficas.

—Esto es precioso —dijo Laura mientras contemplaba el lugar. Con el velero anclado, realmente se sentía a solas en el mundo con Tal.

—¿Comemos? —preguntó él.

—Como tú hiciste todo el trabajo para traernos hasta aquí, yo prepararé el picnic —se ofreció, poniéndose de pie.

Fue a buscar la cesta abajo. Contenía copas de vino, vajilla de porcelana y utensilios de plata. Sacó un mantel de algodón, que extendió sobre la cubierta. Luego desplegó la comida. Paté con galletitas, una selección de carnes frías y quesos, pan crujiente, y fruta y una tarta para el postre. Y, desde luego, champán. Todo fantástico.

—Podría acostumbrarme a esta clase de vida —dijo una vez que se sentaron y comenzaron a comer.

—¿No te aburriría pasado un tiempo? —inquirió él.

—Lo dudo. Pero no es más que un sueño. Tengo que trabajar para vivir, como la mayoría de la gente. ¿No sería maravilloso ser fabulosamente rico, viajar por el mundo y hacer lo que te apeteciera?

—Hasta las personas fabulosamente ricas por lo general trabajan para mantener esa riqueza —comentó él.

—Quizá. Pero aun así, me gustaría tener el dinero suficiente para hacer lo que quisiera cuando quisiera.

—Te gusta viajar.

—No me importaría ver algunos lugares que no he visto antes. Como Inglaterra —dijo con atrevimiento. ¿La consideraría una insinuación para recibir una invitación? ¿Era ésa su intención?

—Quizá antes de que te des cuenta, estarás viajando a lugares que siempre has querido ver —comentó él. Dejó el plato sobre el mantel y metió la mano en el bolsillo—.

Tengo algo para ti —extrajo un estuche.

A Laura el corazón le dio un vuelco. ¿Es que iba a declararse?

Se lo entregó. Con el ceño fruncido, lo aceptó. Si era una declaración, podría ser más romántico. No quería abrir un estuche y ver un anillo. Quería palabras bonitas de amor y una promesa. Se mordió el labio, obligándose a frenar esos arrebatos. Alzó la tapa y vio un colgante en forma de velero. El detalle era asombroso en una pieza de menos de tres centímetros. Era exquisito.

—Otro recuerdo para tu brazalete —dijo él.

—Es precioso —la felicidad había vuelto a su corazón.

Tal y ella no se conocían lo suficiente como para tomar en consideración un paso tan serio como el matrimonio. Su mente lo sabía, pero costaba convencer a su corazón.

Por su parte, iba a amarlo toda la vida.

—No necesitaría un colgante para recordar este día —dijo. Se inclinó y le dio un beso—.

Pero atesoraré este recuerdo. Sin embargo, deja de comprarme cosas. Con lo que realmente disfruto es estando contigo.

—Bien dicho —repuso él.

La desconcertó el comentario. ¿Acaso quería dar a entender que pronunciaba las palabras, pero sin creer en ellas?

—Hablo en serio. No quiero regalos. Sólo tu tiempo, tanto como

puedas dedicarme mientras estés aquí.

—Sin duda tendrás otros compromisos, otras personas a las que ver dijo —Tal—. Si no, cuenta con todo el tiempo libre que tengas. Pásalo conmigo.

Con el corazón rebosante de felicidad, asintió.

—Y ahora guarda esto en el estuche para no perderlo. Cuando volvamos, podré incorporarlo al brazalete.

—No te preocupes. Mañana mandaré que te añadan los dos.

Terminado el almuerzo, se recostaron contra el casco del barco para disfrutar del suave movimiento del velero. El sol estaba alto, pero una suave brisa los mantenía confortables.

—Cuéntamelo todo de ti —pidió Laura en un momento.

Él rió y movió la cabeza.

—Eso te aburriría hasta la muerte. Ya conoces las cosas importantes. Me gusta navegar. Trabajo para una compañía naviera. Me gusta pasar tiempo contigo.

—Nunca he estado en un crucero —dijo ella—. He visto fotos de los barcos que atracan en San Francisco. Son preciosos.

—Un día te llevaré en un barco.

—¿Te gusta navegar porque trabajas para una naviera o primero te enamoraste de la navegación y decidiste buscar un trabajo en ese campo?

—Los cruceros no se parecen en nada a los veleros. Uno es un negocio, el otro puro placer. Navego desde que soy niño.

—¿Dónde vives en Inglaterra? —le preguntó—. ¿Tienes una casa o un apartamento?

¿También tienes una limusina allí o es sólo para nosotros?

Pareció titubear un momento, luego asintió.

—Tengo un piso en Knightsbridge. Es cómodo para todo. Casi todo el tiempo viajo en metro o en taxi para moverme por Londres. Tengo un coche para conducir cuando me apetece.

—¿Y es moderno, todo cristal y cromado, o más tradicional?

—¿Qué consideras tradicional? —quiso saber él.

—Ni cristal ni cromado y piel —repuso—. Mi casa está decorada con muebles de arce, de estilo americano antiguo, con tapicería de motivos florales. Tengo algunas cosas de mi abuela que la decoran. Me gusta.

—Dijiste que tu familia inmediata había muerto. ¿Tienes tíos?

¿Primos lejanos?

—No. De hecho, a nadie. Soy huérfana —repuso sin atisbo alguno de autocompasión.

Llevaba mucho tiempo acostumbrada a estar sola.

Hasta conocer a Tal, había pensado que estaría sola toda la vida. Ninguno de los hombres que había conocido la había impulsado a pensar en el matrimonio, en la familia y en envejecer juntos. Pero con Tal sí podía imaginar una vida en común.

—¿Te gustan los niños? —preguntó de repente.

El asintió.

—Tengo algunos sobrinos, hijos de mis hermanas. Cuando van a visitarme, disfruto estando con ellos. La visión que tienen del mundo es tan inocente.

—Supongo que lo perdemos a medida que crecemos. No es un mundo tan agradable como me gustaría —dijo Laura.

Los tiempos eran duros sin familia con la que poder contar. Tenía a Jenna. A pesar de sus diferencias en entornos y situaciones, eran las mejores amigas. Sin ella estaría perdida.

Tenía otros amigos, pero ninguno con la proximidad o historia que compartía con Jenna. Quería hablar de su amiga con Tal. Y al mismo tiempo quería mantenerla en secreto un poco más. De ese modo, hacía que la viera a ella más tiempo a solas.

Suponía que presentársela era algo similar a llevarlo a casa a conocer a su familia, si la tuviera. Se lo reservaría para ella sola un poco más.

Además, Jenna estaba tan absorta con Yuusuf, que ya no tenía el tiempo del que antes disponía para ella. Y Laura lo comprendía. Ella misma quería pasar todas sus horas con Tal. Temía ir a trabajar al día siguiente. ¿Cuándo volvería a verlo?

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte en San Francisco? —le preguntó.

—El que sea necesario.

—¿Necesario para qué? —se dijo que a veces podía ser muy críptico.

—El trabajo que me ocupa ahora —repuso, mirándola.

Laura contempló la costa durante un momento. Sabía que se marcharía pronto.

Quizá no sentía lo mismo que sentía ella. Tenía conocimiento de

que el amor a primera vista no era corriente. No obstante, lo sentía con tanta fuerza, que, ¿Tal no debería sentir lo mismo? No eran imaginaciones suyas la conexión que había entre ambos.

—Ven a cenar a mi casa una noche esta semana —dijo, ofreciendo una invitación que no había sabido que daría.

Era el momento de ver si esa relación sobreviviría a los aspectos mundanos de la vida. Una cosa era que la cortejaran con cosas muy extravagantes, pero la vida real tenía más que ver con lo cotidiano. Quizá estaba cautivada por el glamour del fin de semana, de las citas lujosas.

Pero, mirándolo, supo que no era el caso. No obstante, quería verlo en el entorno habitual de su vida. Ver si realmente era capaz de imaginarlos juntos. Esperaba que no fuera la aventura de unas vacaciones, sino un lazo vinculante capaz de sobrevivir a cualquier cosa.

—¿Cuándo?

—El miércoles. Las noches del jueves y del viernes tengo que trabajar. Así que ese día será el mejor.

—Me gustaría —comentó él.

Era última hora de la tarde cuando regresaron al apartamento de Laura. Lo invitó a subir y él dijo que sólo lo haría por el brazalete y los colgantes. Los aceptó cuando se los llevó hasta la puerta, le dio un beso suave y se despidió.

Una vez sola, Laura se apoyó en la puerta y se abrazó a la sensación de Tal. Estaba a punto de estallar de alegría... cruzó la habitación justo a tiempo de verlo subirse a la limusina. Observó hasta que el vehículo de lujo se perdió de vista.

Bailando alrededor del salón, se sintió más feliz de lo que nunca había estado.

De pronto se detuvo y miró alrededor. Tenía que limpiar bastante antes de poder mostrarle por primera vez su apartamento al hombre que amaba.

“Al hombre que amaba”. Estaba enamorada. Y tan feliz que casi le daba miedo.

¿Todas las mujeres enamoradas pasaban por eso? Queriendo estar con el hombre en cada segundo, temerosas de que tanta felicidad no durara. No queriendo poner en peligro nada que pudiera estropear la perfección de la relación. Necesitaba hablar

con Jenna.

La llamó, sabiendo que lo más probable era que aún no hubiera regresado del fin de semana en casa de sus padres. Le dejó un mensaje, impaciente por hablar con ella.

Eran casi las nueve cuando Jenna le devolvió la llamada.

—¿Cómo fue la visita a tu casa? —le preguntó.

—Fantástica. A mis padres les encantó Yuusuf. Mi padre pasó parte del sábado a solas con él, creo que interrogándolo con detalle, pero Yuusuf aguantó con estoicismo y durante la cena mi padre dio el visto bueno. ¿Y adivina qué? ¡Estoy prometida!

Después de que hablaran, Yuusuf le pidió a mi padre mi mano en matrimonio. ¿No es tan formal y anticuado? Pero tan romántico... en especial cuando mi padre dijo que sí.

—Jenna, eso es maravilloso. ¡Soy muy feliz por ti! ¿Cuándo os casaréis?

—Aún no hemos fijado la fecha. Dentro de una o dos semanas, iré a Tamarin a conocer a su madre y al resto de su familia. Estoy nerviosa. ¿Crees que les gustaré?

—¿Qué puede no gustarles de ti? Te adorarán. En especial porque harás feliz a Yuusuf.

Y yo me siento muy feliz por ti.

—Gracias. Iré a mostrarte el anillo. Mañana por la noche no trabajas, ¿verdad?

—Estaré en casa a las seis.

—Allí estaremos. Llevaremos comida china.

Sonrió al colgar. Era feliz y su amiga era feliz. ¿Qué podía haber mejor? Y al día siguiente le contaría todo sobre Tal.

A las seis en punto del día siguiente, sonó el timbre de su casa. Abrió y abrazó a su amiga, quien entró bailando y contenta en el salón.

—Hola —le dijo Laura a Yuusuf, de pie en el recibidor, con los brazos llenos de bolsas de un restaurante chino cercano—. Pasa. Felicidades a ambos.

Yuusuf le entregó las bolsas y Laura las llevó a la pequeña mesa de comedor que tenía en un rincón del apartamento.

—Deja que te ayude —Jenna fue a la mesa.

Movió la mano izquierda delante de la cara de su amiga.

—¡Vaya pedrusco! —exclamó Laura. Dejó las bolsas y tomó la

mano de su amiga, girando levemente el anillo a un lado y otro para que el diamante brillara a la luz.

Era un diamante de talla marquise, grande y hermoso. Y se veía precioso en el dedo de Jenna. Volvió a abrazarla—. Tendrás que contármelo todo —sintió un leve aguijonazo de envidia, pero lo desterró en el acto.

—Comamos. Me muero de hambre.

—Deja que traiga el té —dijo Laura, yendo a la cocina—. Creía que las personas enamoradas no tenían hambre —bromeó. El teléfono sonó justo cuando servía el agua caliente en el té—. ¿Podría contestar alguien? —pidió.

Lo hizo Yuusuf, aguardó un momento y luego colgó.

—No había nadie —indicó.

La mesa estaba puesta y la comida lista para ser servida. Laura apareció con la tetera humeante y la dejó en el centro.

—¿Sabes una cosa? —comentó Jenna una vez sentados, los ojos brillantes—. Vamos a celebrar una fiesta de compromiso en la casa de la madre de Yuusuf en Tamarin.

Tienes que venir. Yuusuf se ocupará de todo. Mis padres irán y también algunos de nuestros amigos. Pero como dama de honor, tú tienes que estar en cada fiesta. Creo que existe una regla para eso.

—Me encantará ir si consigo los días —dijo. Siempre le había gustado viajar. Desde luego, tenía que ser estimulante ir a Tamarin, un país árabe en el norte de África, justo al lado del Mar Mediterráneo—. ¿Cuándo?

—Dentro de una o dos semanas. Es importante que lleve a Jenna a conocer a mi madre. Temo que sea más difícil convencerla de nuestra felicidad de lo que fue hacerlo con los padres de Jenna. Pero en cuanto la conozca, ¿cómo podrá evitar quedar cautivada? —indicó Yuusuf.

Jenna enarcó las cejas con gesto divertido y le sonrió a Laura.

—Es que soy encantadora.

—No es eso —dijo él.

Ella se puso más seria.

—No, se debe a que no paras de enredarte con el tipo equivocado de mujer. Pero esos días se han acabado.

—¿Equivocado? —quiso saber Laura.

Yuusuf pareció avergonzado.

—Ha habido uno o dos, mmm, incidentes en mi pasado en los que no aparezco bajo la mejor luz.

—A punto ha estado de caer en las garras de cazafortunas. Es demasiado bueno. Creía que lo amaban. Ahora conoce la diferencia —expuso Jenna con firmeza.

Laura asintió, sin terminar de entenderlo.

—Imagínate que vuelas a Tamarin, que tomas el sol en sus playas, que nadas en las aguas cálidas del Mediterráneo —añadió Jenna.

—Y que conoces a mi madre y a mis abuelos. Por el lado de mi padre, hay más tías y tíos de los que puedas imaginarte. Cuento con que planifiquen cada momento que estemos allí. Sólo puedo tomarme unos días en el trabajo, así que nos iremos el viernes por la noche, dormiremos en el avión y llegaremos a Tamarin el sábado por la tarde —dijo Yuusuf.

La conversación no tardó en centrarse en la inminente boda.

Tal miraba por la ventana de la habitación de su hotel. La vista de Union Square y la actividad próxima no lo atraían. Los turistas atestaban las calles y le daban un aire festivo.

Pero su estado de ánimo no era festivo bajo ningún concepto. Yuusuf había respondido al teléfono cuando había llamado a Laura. Ésta seguía viéndolo. Había pensado que lo consideraría a él mejor partido, pero ella no había cambiado de lealtades.

Se preguntó qué más haría falta.

Como su primo le hubiera propuesto matrimonio, le retorcería el cuello. Después de que la última mujer hubiera tratado de sacarle un compromiso a Yuusuf, y Tal la hubiera comprado, su primo le había jurado que no se enamoraría de alguien no apropiado. Hasta que el amor por lo romántico le nublara el sentido común.

Estuvo tentado de ir al apartamento de Laura y enfrentarse a los dos. ¿Cómo lograba librarse de pasar el fin de semana con él y luego dar media vuelta para quedar con Yuusuf? ¿Qué excusa le había ofrecido para el fin de semana? No veía a su primo esperando con paciencia si supiera que Laura se veía con otro hombre. ¿Habría estado fuera en viaje de negocios?

Se volvió y regresó ante el ordenador portátil. Su secretario le había enviado informes que debería leer. Le desagradaba estar tan lejos de la oficina, pero ese asunto familiar era demasiado

importante para soslayarlo.

En especial cuando daba la impresión de que iba a resultar más complicado seducir a la experta Laura Toliver. Miró el brazalete. Había hecho que el joyero añadiera el nuevo colgante. El valor había aumentado de forma considerable con los colgantes de oro, diamantes y zafiros. Quizá hacía falta una joya más llamativa… un collar de diamantes o de rubíes.

No disponía de todo el tiempo del mundo. Quería regresar al trabajo. Los juegos de espera nunca le habían gustado. Y era imposible adivinar lo que pensaba una mujer.

Tenía que haber algo que pudiera hacer para acelerar las cosas.

Forzaría el tema la semana siguiente. No era factible que Yuusuf se marchara por negocios dos veces de la ciudad en el mismo mes. Si Laura pasaba el próximo fin de semana con él, su primo lo sabría. Él se encargaría de ello.

Un coqueto fin de semana para dos. Sonrió con gesto lúgubre. Sabía que una vez que el engaño quedara expuesto, causaría problemas en todos los frentes. Pero, por ese entonces, su primo estaría a salvo de otra mujer. Con el tiempo, tal como había ocurrido con los otros dos casos, terminaría por animarse. Y se habría librado de la experiencia que había vivido él en su matrimonio.

Con paciencia arduamente adquirida, se sentó a estudiar el trabajo que le habían enviado de la oficina. Le pediría a Laura que se fuera con él el siguiente fin de semana. Y la respuesta que le diera sellaría su destino.

Capítulo 6

EL MARTES por la mañana, justo cuando Laura acababa de llevar una taza de café a su mesa, sonó el teléfono. Era Tal. Miró alrededor, deseando tener un despacho privado. Aunque nadie parecía estar prestando atención.

—Hola. No esperaba que me llamaras hoy —dijo, contenta de que la hubiera llamado.

Hacía que la espera interminable hasta la cena del día siguiente pareciera llevadera.

—Sólo llamo para confirmar lo de mañana. ¿Qué puedo llevar? —preguntó Tal.

—Nada. Prepararé unos espaguetis y una ensalada. Espero que no te resulte una velada demasiado tranquila —experimentó algunas dudas. Quizá a Tal le gustaba el glamour de los clubes nocturnos y los restaurantes elegantes. ¿Se aburriría en su apartamento, con una cena sencilla y su única presencia?

—Tengo ganas de verte en tu casa. Nos abre un nuevo estrato para explorar —afirmó.

—¿Estrato?

—En nuestra relación. Siento algo especial por ti, Laura —dijo él.

Ella creyó que la sonrisa iba a partirle la cara en dos. Volvió a mirar alrededor. Era seguro hablar.

—Yo también siento algo especial por ti —repuso, deseando tener la suficiente seguridad en sí misma como para revelarle su amor. Que alguna vez la quisiera tanto como ella lo quería no importaba. Sus sentimientos no eran superficiales ni un capricho del momento. Era lo bastante mayor como para conocer la diferencia, aunque no tuviera la experiencia.

—Iba a esperar hasta mañana, pero te lo pediré ahora —dijo Tal.

Ella sintió que se quedaba sin aliento. ¿Iba a pedirle que se casara con él? ¡Seguro que no por teléfono!

—Tengo reservas para nosotros en el Lago Tahoe. ¿Querrías ir conmigo el próximo fin de semana?

—¿Ir el fin de semana? —repitió, sorprendida y entusiasmada.

Otra oportunidad para estar solos los dos.

—Tengo entradas para el teatro Romel el sábado por la noche.

Era un teatro muy famoso por celebrar acontecimientos espectaculares, desde números circenses de renombre mundial hasta obras de teatro con un reparto de Broadway.

—Me encantaría ir —aceptó, esperando que no le hubieran programado el fin de semana para trabajar.

Por lo que sabía, después de las noches del jueves y del viernes en el Museo De Young, tenía libre hasta el lunes.

—Podríamos salir el viernes por la noche y volver a casa el domingo —sugirió él.

—No puedo salir hasta el sábado.

—Ah. Bueno, entonces nos vamos el sábado a primera hora.

—Quizá me duerma en el coche —rió—. El viernes me toca trabajar hasta tarde.

—Puedes descansar la cabeza sobre mi hombro.

La recorrió un cosquilleo de emoción.

—Mañana durante la cena podemos concretar todos los detalles —comentó, complacida de tener ya planes futuros.

Eliminaba parte de la incertidumbre de poder despertar algún día sin tener más noticias de él.

—Hasta mañana —dijo Tal.

—Vaya —musitó al colgar y de inmediato marcó el número de Jenna para quedar con ella para almorzar y poder hablar libremente de lo que estaba viviendo.

El pequeño restaurante al que solían ir en Market estaba lleno cuando entró Laura.

Jenna había llegado antes y reservado una mesa en la parte de atrás.

—He pedido ensaladas de gambas. Este sitio es una locura —saludó Jenna.

—Gracias. Supongo que se juntan los turistas con la gente habitual de las oficinas

—ocupó su asiento.

—¿Así que Tal es el hombre del día? —inquirió su amiga.

—Quizá el hombre de mi vida. Estoy enamorada —respondió ella.

—¿De verdad? Tú nunca te enamoras. Te gustan los chicos y sales cuando a ti te va bien. Pero en todos los años desde que te

conozco, nunca has perdido la cabeza por nadie.

—Creía que iba a quedarme atrás en la carrera del amor. He venido para decirte que no es así.

Jenna la abrazó.

—Soy tan feliz por ti. ¿Cuándo lo voy a conocer? ¿Cómo es? ¡No puedo creer que te hayas enamorado de un chico que no conozco! Pero el momento es el ideal. Yo he encontrado a mi pareja perfecta y ahora tú. Hasta para eso coincidimos.

—Creo que él es mi Señor Perfecto. Es alto, moreno y atractivo. ¿Parece un tópico?

Pero es verdad. Es inglés, vive en Londres y trabaja para una línea de cruceros. Y es tan romántico. Nos conocimos en la gala de McNab. Luego averiguó dónde trabajaba y me mandó un ramo de rosas de tallo largo.

—Olvida las flores, salvo que recibe puntos por el gesto. ¿Cómo es? No sólo en el aspecto físico. Tiene que ser especial para haberte atraído de esa manera.

Laura reflexionó unos momentos, tratando de encontrar un modo de describir a Tal con unas pocas palabras.

—No es una pregunta con trampa, sólo dime qué te gusta de él —pidió Jenna con impaciencia.

La camarera se abrió paso entre la multitud y puso dos ensaladas de gambas delante de ellas.

—Enseguida vuelvo con las bebidas —dijo antes de marcharse.

—Es divertido. Una noche fuimos a cenar y a bailar. Imagina a un chico al que le encante bailar, y que encima lo haga de maravilla. Me sentí como Cenicienta. El sábado fuimos en globo aerostático. El domingo salimos a navegar y celebramos un picnic en una cala resguardada.

—Extravagante, ¿no?

—Sólo lo conozco desde hace poco —dijo Laura, probando la ensalada.

—¿Amor a primera vista?

—Sí.

—Laura, yo me he enamorado y desenamorado una docena de veces desde el instituto.

Cuando conocí a Yuusuf, descubrí la diferencia. Pero tú eres un cervatillo perdido en el bosque. Podría ser una pasión pasajera.

—Podría ser, pero no lo creo. No es perfecto —repuso despacio.

Le gustaban esos sentimientos. No quería que Jenna ensombreciera su felicidad.

—¿Y eso?

Laura pensó un momento.

—Es reticente. Tengo que sacarle la información. Y es más extravagante de lo que me gusta, siempre trayéndome regalos, hablando de su dinero, llevándome a lugares caros. Quizá intenta que me guste. Para lo que no tiene que regalarme cosas. Puedo verme casada, con muchos hijos, todos parecidos a él. Y luego envejeciendo y sintiendo todavía ese hormigueo que siento cada vez que lo miro.

—Cielos —Jenna se olvidó de la ensalada—. ¿Te ves envejeciendo por aquí?

—Él es de Inglaterra.

—Ya lo he oído. ¿Así que tendrías que trasladarte?

—Jamás ha insinuado que siente lo mismo por mí, no en palabras. Pero es tan atento, que espero que así sea. ¿Quién sabe qué nos depara el futuro? —sólo sabía lo que esperaba que le reservara.

—Al menos ahí se habla inglés. El idioma principal de Tamarin es el árabe. Espero que Yuusuf pueda seguir trabajando aquí. No me imagino viviendo en un país del que no sé hablar su idioma. Pero me cuesta imaginar a mi mejor amiga viviendo a nueve mil kilómetros de distancia.

Laura se encogió de hombros.

—Probablemente, no llegue a ningún puerto —durante un momento, la invadió una gran tristeza. ¿Se estaba preparando para una caída? Sintió como si un gran peso se hubiera asentado sobre sus hombros—. Nada indica que él sienta lo mismo por mí.

—¿Cómo no iba a ser así? No creo que el verdadero amor sea una calle de una sola dirección —expuso Jenna.

—Oh, vamos, el amor no correspondido es algo habitual.

—No, creo que eso es pasión o algo por el estilo. No amor verdadero. Bueno, ¿cuándo llegaré a conocer a ese hombre maravilloso?

—No lo sé. Vendrá a cenar a casa mañana, ¿quieres pasar? —preguntó Laura.

—No puedo, ya estoy comprometida para ir a otra parte. ¿Qué te parece durante la semana?

—Trabajo el jueves y el viernes y el fin de semana nos vamos al Lago Tahoe.

Regresaremos el domingo, aunque no sé a qué hora. Quizá podamos arreglar una cena para la semana próxima. Quiero que lo conozcas y que te caiga tan bien como a mí me gusta.

—Llámame el domingo por la noche para decirme si aún seguís siendo pareja

—bromeó—. Todavía no me has contado mucho sobre él.

Al tratar de explicárselo a Jenna, se dio cuenta de que no sabía tanto de Tal como había creído.

—Creo que fue al colegio en Londres. Aún no hemos intercambiado historias de infancia. En una ocasión mencionó Eton.

Cuanto más pensaba en ello, más se daba cuenta de lo reticente que había sido Tal.

¿Cómo podía enamorarse de un hombre al que apenas conocía?

El pensamiento la tuvo preocupada durante toda la tarde. Cuando volvieran a verse, se esforzaría en conocer más de él, lo que pensaba, su entorno, creencias y valores.

Quizá era hora de ser un poco más directa con él.

El miércoles salió antes del trabajo para ir a comprar todos los ingredientes para la cena. De postre, compró una tarta de mousse de chocolate de su confitería preferida.

Tal llegó a las siete en punto. Después de saludarla, le entregó un ramo grande de flores primaverales. Las tonalidades rosadas, azules y blancas conformaban una mezcla deliciosa que resaltaban en el reluciente jarrón de cristal.

—Gracias, son preciosas —alabó—. Pero no tienes que traerme algo cada vez que nos veamos —depositó las flores en la mesilla de centro después de olerlas una vez más.

Tal extrajo el brazalete del bolsillo y lo hizo oscilar del dedo índice.

—He hecho que el joyero añadiera los colgantes. Tenemos que ver si podemos encontrar uno que parezca el Lago Tahoe. Si no, puedo encargar que nos lo hagan.

Ella le quitó el brazalete y movió la cabeza.

—No necesito más colgantes. Éstos son especiales por nuestros

primeros días juntos
—alargó la muñeca—. ¿Puedes ponérmelo?

Lo hizo, besándosela cuando terminó, para acercarla a él y darle un beso en la boca.

—Te he echado de menos dijo él.

Sus ojos oscuros brillaban con emoción. Ella sonrió y adelantó la cara para darle otro beso.

—Yo también te he echado de menos —añadió Laura.

—¿Qué has estado haciendo desde la última vez que te vi? —preguntó, irguiéndose y quitándose la chaqueta del traje. La dejó en el respaldo del sofá y se subió las mangas de la camisa.

—Ven a la cocina a hacerme compañía. La cena está casi lista. Cenaremos junto a la ventana. Estos últimos días he estado haciendo comprobaciones rutinarias, como preparativos para una fiesta grande que va a celebrarse la semana próxima. Oh, tengo noticias. Mi mejor amiga se ha prometido este fin de semana. Me han invitado a la fiesta.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó él al entrar en la cocina.

—Si sacas el pan del horno, te lo agradecería. Está caliente —vertió los espaguetis escurridos en la fuente grande y los cubrió con salsa. Sacó la ensalada de la nevera y la llevó a la mesa. El vino ya estaba abierto y las copas frente a la punta de cada cuchillo.

La velada transcurrió demasiado deprisa.

Sentados en el sofá después del postre, Tal le tomó la mano y le acarició el dorso con el dedo pulgar.

—¿Trabajas mañana por la noche? —le preguntó él.

—Sí, en el De Young, en la nueva exposición egipcia. Y el viernes por la noche. Pero estaré preparada el sábado por la mañana para nuestro viaje al Lago Tahoe.

—Pasaré a recogerte a las nueve. Llegaremos alrededor del mediodía, exploraremos un poco antes de la cena. He pensado en una comida temprana antes de ir al teatro, y una vez que acabe el espectáculo ir a cenar.

—Suena maravilloso. El Lago Tahoe es tan cristalino. ¿Has estado allí antes?

—No, ésta será mi primera vez.

La besó al marcharse. Besos prolongados, lentos y maravillosos. Odió cerrar la puerta a su espalda. ¿Por qué no la había besado

antes? En más de una ocasión había sentido que mantenía a raya sus emociones. ¿Significaba eso que quería más, pero que se reservaba hasta que se conocieran mejor?

Llena de júbilo, se puso a recoger la mesa. Ya contaba los minutos para que llegara el sábado. Flotaba en una nube, soñaba con Tal incluso cuando estaba despierta.

El sábado amaneció brumoso y fresco. El clima fue cambiando de forma gradual a medida que dejaban la costa atrás y la limusina atravesaba el Valle de Sacramento en dirección a las montañas de Sierra Nevada, donde estaba el Lago Tahoe.

—Cuéntame cómo ha ido tu trabajo —pidió Tal.

—Me encanta que me encarguen acontecimientos en museos. Por lo general, la gente que asiste está fascinada por los elementos que se exponen. A pesar de que permanezco alerta, no suelo sentir la tensión de los eventos privados. Hay demasiada seguridad como para que a algún ladrón se le pase por la cabeza algo... al menos no con tanta gente alrededor.

—¿Es peligroso tu trabajo?

—No. Principalmente, vigilancia y comprobaciones.

—Ah.

Se le ocurrió que podía hacer una comprobación de Tal, averiguar más sobre él a través de los canales normales que empleaban para estudiar historiales de empleados para clientes o invitados de reputación dudosa. No es que fuera a hacerlo. La confianza era un aspecto importante de cualquier relación. No tenía ningún motivo para pensar que él planeara alguna estafa con ella. ¿Qué tenía de valor? Nunca le había hecho muchas preguntas sobre su trabajo ni sobre ningún cliente de la empresa.

—¿Alguna vez deseas ser una invitada en esas fiestas en vez de una operaria de seguridad?

Ella asintió con una sonrisa.

—Me encantaría llevar ropa de diseño, ser parte de los invitados, irme a Cancún a pasar unos días. ¿Quién no?

—La próxima vez que reciba una invitación, te llevaré conmigo. Te compraré el vestido que te apetezca —manifestó despacio.

Laura lo miró.

—No necesito que nadie me compre ropa. La que tengo es perfecta. Pero si quieres llevarme a alguna fiesta elegante, me

encantará ser tu pareja.

Aunque dudaba que tuviera algo diferente que decir más allá de lo que decía cuando trabajaba. Sus mundos estaban demasiado separados como para que encajara bien en él.

El cielo en la sierra estaba completamente despejado. La temperatura agradable, con una ligera brisa. The Peaks era un hotel exclusivo situado justo en la frontera entre California y Nevada. Su serena elegancia fue un placer inesperado para Laura cuando entraron en el vestíbulo. Sentía como si hubiera entrado en el País de las Maravillas, decorado con muebles de caoba, columnas doradas y frescos en el techo.

En menos de diez minutos se habían registrado y subían a la última planta en un ascensor grande y cubierto de espejos.

—Me tomé la libertad de reservar una suite, con habitaciones para cada uno de nosotros, conectadas por un salón —dijo Tal mientras seguían al botones por el pasillo.

La alfombra era tan mullida que Laura anheló quitarse los zapatos para dejar que sus pies se hundieran en ese lujo.

La suite daba al lago. Los ventanales altos y anchos enmarcaban la belleza de las aguas alpinas con pinos y abetos altos que llegaban hasta el borde mismo del agua.

—Precioso —musitó al acercarse a los cristales. Podía estar mirando ese paisaje durante horas.

—¿Por qué no te refrescas y salimos a almorzar antes de ir a dar un paseo? —sugirió él.

—Perfecto.

Fue profético de todo el fin de semana. El paseo los llevó por la bulliciosa calle principal, con hoteles y tiendas llenos de turistas. Al girar hacia el lago, no tardaron en llegar a la ribera arenosa, donde familias y parejas se relajaban al sol.

Más tarde, cuando se vestía para la cena, pensó brevemente en el ofrecimiento de Tal de comprarle un vestido de diseño. Esperó que el vestido negro de cóctel que había llevado fuera apropiado.

El musical en el teatro Romel fue fantástico. Al salir, Tal le había comprado un CD

con la banda sonora de la obra. Siempre que lo pusiera recordaría esa velada.

Aunque no necesitaba ningún estímulo externo para recordar

cada segundo pasado con él.

Cenaron y bailaron bajo las estrellas en el restaurante situado en la azotea de un hotel próximo.

El domingo por la mañana se despertaron tarde y luego disfrutaron de un delicioso bufé con champán que proporcionaba el hotel a sus huéspedes.

—Podría acostumbrarme a esto —murmuró mientras bebía champán a las once de la mañana. Se sentía mimada y consentida. No le extrañó que a los ricos les gustara serlo. Pero no era el dinero lo que hacía que el día fuera especial, sino cómo la hacía sentirse Tal.

—Es algo que podríamos compartir una y otra vez —dijo él, alzando la copa en su honor.

—Me encantaría —corroboró, aunque lo que de verdad le gustaría era compartir cualquier cosa con el hombre al que amaba. El lugar era irrelevante.

En el viaje de vuelta, Tal hizo que el chófer se detuviera en uno de los viñedos que había en Napa Valley. Realizaron un recorrido por el lugar y les explicaron los diferentes procesos para producir distintos vinos. Tal compró una botella de los dos que más le gustaron a ella durante las catas que les ofrecieron.

Llegaron al apartamento de ella pasadas las siete. Laura lo invitó a subir.

—Podemos pedir algo para cenar o puedo preparar una tortilla francesa. No es tan selecta como nuestra cena de ayer, pero sí lo mejor que puedo preparar con tan poca antelación.

—Estará deliciosa, no me cabe ninguna duda dijo.

Le dio el resto de la noche libre al chófer y entró con ella en el edificio.

Al abrir la puerta unos momentos más tarde, quedó sorprendida de ver a su amiga Jenna sentada en el sofá.

—No sabía que ibas a venir dijo Laura. Podría presentarle a Tal esa noche. Tal la siguió y se detuvo justo ante la puerta.

—Quería oír todo… —Jenna calló al ver a Tal—. Ohhh, parece que no ha sido tan buena idea.

—Es una gran idea. Tal, ésta es mi mejor amiga, Jenna Stanhope. Jenna, Tal.

Ella se puso de pie y alargó la mano. Justo en ese momento,

Yuusuf salió de la cocina con dos vasos con agua en la mano.

—¡Tal! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido.

Capítulo 7

DURANTE un momento, todos se quedaron quietos, con expresiones de perplejidad en tres de las caras de los allí presentes.

—¿Conoces a Tal? —preguntó Laura.

Jenna dejó caer la mano y miró de Yuusuf a Tal.

—Es mi primo. No sabía que estuvieras en los Estados Unidos. Lo último que supe...

—miró a Jenna y luego a Tal—. Has venido por mí, ¿verdad? Maldita sea, déjame en paz. Esta vez es diferente.

—Dijiste lo mismo en Los Ángeles —cortó Tal. Depositó las dos botellas de vino en la mesa que había cerca de la puerta—. Me ha enviado el abuelo.

—¿Qué es diferente? —inquirió Laura. Se volvió hacia Tal—. ¿Eres el primo de Yuusuf?

Creía que eras de Inglaterra.

—Oh, Dios —dijo Jenna. Se sentó en el sofá y miró a su amiga con preocupación.

—¿Con un nombre como Talique bin Azoz bin Al Rahman pensaste que era británico?

—quiso saber Yuusuf.

Laura sintió que el mundo se movía bajo sus pies. Miró a Tal.

—Dijiste que tu apellido era Smith. Pensé que Tal era un apodo.

Él miró a Yuusuf.

—El abuelo vio las fotos en el periódico que le envió alguien de la embajada en Los Ángeles. Volvió a enviarme para sacarte de problemas.

—No estoy en problemas. ¿Qué fotos? —quiso saber Yuusuf, acercándose al sofá. Le entregó a Jenna un vaso con agua, puso el suyo en la mesilla y miró a su primo con ojos centelleantes—. No necesito que nadie me rescate.

—Las fotos eran de ti y de Laura en alguna fiesta. No quería que se produjera una repetición de los incidentes anteriores —expuso Tal con serenidad.

—¿Qué incidentes? ¿Qué está pasando aquí? —exigió Laura. Tal parecía mantenerse apartado de los demás, remoto.

—Siéntate, cariño. No creo que esto vaya a ser agradable —dijo

Jenna, palmeando el sofá a su lado.

—Acabo de pasar el fin de semana en el Lago Tahoe con Laura. ¿Suena eso a que esté enamorada de ti? —le preguntó Tal a Yuusuf con voz áspera.

Laura se dejó caer junto a Jenna, con una lóbrega premonición creciendo en su interior. No era capaz de apartar los ojos de Tal.

—Espero que no lo esté, porque desde luego eso complicaría las cosas —contestó Yuusuf.

—¿Qué? —Tal pareció desconcertado un momento.

—Estoy prometido a Jenna. El próximo fin de semana iremos a casa para que mamá pueda conocerla, pero ya han hablado un par de veces por teléfono esta semana. No sé de qué fotos hablas, pero yo no salgo con Laura. Nunca hemos salido.

Tal miró a Jenna.

Ella asintió y alzó la mano izquierda.

—La foto a la que creo que te refieres fue sacada en una fiesta a la que asistimos todos... Laura por trabajo y Yuusuf y yo como invitados. Estaban charlando cuando el fotógrafo tomó la instantánea. Laura, ¿recuerdas que nos reímos cuando vimos las especulaciones que habían transcendido?

Laura asintió. En ese momento, no parecía divertido. Se sentía asqueada.

Tal miró el anillo de compromiso.

—¿Yuusuf está saliendo contigo? Había otra foto en el diario del sábado pasado que unía a Laura y a Yuusuf. ¿Cómo encajas tú en todo esto?

Laura oyó la incredulidad en su voz. Se encrespó para salir en defensa de su amiga.

—¿Yo no voy a recibir una explicación o sólo se trata de un interrogatorio unilateral?

—preguntó, mirando a los dos hombres.

Yuusuf se encogió de hombros.

—En el pasado, tuve la desgracia de verme enredado con un par de mujeres que únicamente buscaban mi dinero. Mi abuelo tiene un marcado sentido de responsabilidad familiar, en especial conmigo, ya que mi padre murió siendo yo muy joven. Envió a Tal al rescate, para cerciorarse de que no cayera en las garras de una cazafortunas, ¿no es así, Tal?

—Habría estado mejor que te dejara hacer el imbécil y, en el proceso, aprendieras una valiosa lección —indicó éste.

—Pero no lo hizo y tú tampoco. ¿Cuál era tu plan esta vez? Arrastrarme a casa. No, aguarda —Yuusuf miró a Laura, luego a su primo—. Intentas que Laura se enamore de ti y de tu fabulosa fortuna para demostrar que sólo quiere mi dinero. No es típico de ti, Tal. Deberías haber intentado comprarla como a las otras.

Laura sintió como si Yuusuf le acabara de dar una patada en el estómago. Miró a Tal, esperando que negara la acusación. Éste no dijo nada y miró a su primo con rostro absolutamente impasible.

—No —susurró. Jenna le tomó la mano y se la apretó—. ¿O sea que nuestra relación fue una farsa? —inquirió.

—¿Relación? —replicó Tal—. No creo que fuera eso. Yo te invité, tú viniste. Una o dos citas casuales no conforman una relación —pero al pronunciar las palabras, la culpabilidad lo azotó.

Laura quiso gritar. ¿Una o dos citas casuales? Había fijado sus sueños en un hombre que trataba de alejar a una cazafortunas de un primo. Sólo que había elegido a la mujer equivocada. Sintió un dolor profundo en el corazón. Luego comenzó a sentirse aletargada.

—¿Y los regalos? —¿es que no habían significado nada?

—A casi todas las mujeres les gustan las joyas.

—¿Éste es el hombre del que me hablaste, Jenna? —preguntó Yuusuf—. ¿El que Laura...?

—calló—. Tal, esta vez has ido demasiado lejos. Tanto el abuelo como tú podéis manteneros al margen de mi vida a partir de ahora. Creo que deberías marcharte.

Tal sentía que se encontraba en un mundo que se había vuelto loco. Al llegar, lo había sobresaltado encontrar a su primo en el apartamento de Laura. Al principio le había parecido la situación ideal para abrir los ojos de Yuusuf.

Pero el escenario no se había desarrollado como él había imaginado. Miró a la mujer levemente rellenita que había al lado de Laura. Tenía aproximadamente la edad de Yuusuf, bastante atractiva, pero en absoluto parecida a las bellezas con las que solía verse a su primo. ¡Y éste le había pedido que se casara con él!

—Sigue en pie la cuestión de que busque tu dinero —dijo Tal. Necesitaba llegar hasta su primo. Su abuelo contaba con que le impidiera cometer un error.

—La familia de Jenna tiene dinero desde los tiempos de la fiebre del oro en California.

Su padre es un ingeniero de software de los primeros tiempos del punto com. Lo más probable es que pudiera comprarme sin pestañear, Tal —explicó Yuusuf—. Soy yo quien debe temer que piensen que me caso con ella por su dinero, no al revés.

Aunque espero que después del tercer grado al que me sometió su padre el último fin de semana, sepa que amo a Jenna. Sólo la quiero a ella, nada material que pueda acompañarla.

Aturdido por la declaración de Yuusuf, volvió a mirar a la mujer. No perseguía el dinero de su primo. Ya habían hablado con la madre de Yuusuf y planeaban una visita. Y era evidente que él había conocido a los padres de ella.

Finalmente, miró a Laura. Tenía la vista clavada en la otra pared. La expresión de dolor en su cara le desgarró el corazón. No era la mujer que había esperado. El pensamiento desconcertante era que había comprometido de verdad sus sentimientos. Que realmente creía que él la quería.

—Laura.

—Por favor, vete —dijo con labios rígidos—. No creo que tengamos nada más que decirnos.

—Me gustaría explicarme.

—Creo que lo he entendido. ¡Vete!

Tal miró a los otros dos, que lo observaban con ojos centelleantes de furia. El silencio era ensordecedor. Con una breve inclinación de cabeza, dio media vuelta y abandonó el apartamento.

Llevaría el rostro de Laura en su mente durante mucho tiempo. No había sido su intención hacerle daño. Había disfrutado de la compañía de ella, aunque jamás se había permitido olvidar que iba tras el dinero de su primo. Pero al parecer se había equivocado de lleno.

Mientras esperaba el ascensor, consideró el hecho de que no estaba relacionada con Yuusuf. Estaba libre, y quizá habían iniciado algo que podían salvar.

Comenzó a darse la vuelta para ir a hablar con ella y ver adónde podían conducir las cosas sin secretos entre ambos. Titubeando, movió la cabeza. Esperaría hasta que se fueran Yuusuf y Jenna. Lo que tenía que decirle era privado y sólo para Laura.

En cuanto la puerta se cerró detrás de Tal, Laura se puso a llorar. Jenna la acercó contra su hombro.

—Lo siento tanto, cariño. No tenía ni idea de que él no lo supiera. Vinimos hoy para saber cómo había ido tu fin de semana. Lo siento.

—Nunca mencionaste su nombre, Jen. De lo contrario, habría adivinado quién era

—comentó Yuusuf—. Perdonad, voy a llamar a mi abuelo —fue al teléfono de Laura y comenzó a marcar los números.

Laura ni lo notó. La humillación y el dolor la marcaban a fuego. Sentía como si no pudiera respirar. El dolor en su pecho era tan agudo, que temía que le diera un ataque al corazón. Las lágrimas no ayudarían, pero lloró como no lo había hecho desde el fallecimiento de sus abuelos.

—Creía que era maravilloso y lo único que hacía era tenderme una trampa para alejarme de Yuusuf —sollozó, como si pronunciar las palabras fuera a ayudarla a entenderlas mejor—. Cada cosa que hizo estaba orquestada para hacer que me enamorara de él con el fin de poder marcharse.

—Ha sido cruel e imperdonable —manifestó Jenna.

Irguiéndose, alargó la mano.

—¡Quítamelo! —pidió, refiriéndose al brazalete y los colgantes.

Jenna abrió el broche y se lo pasó a Laura. Ésta lo tiró contra la pared más alejada.

—Recuerdos para rememorar nuestros momentos juntos. ¡Ja! —miró las flores.

—No. Es un jarrón Waterford, cuesta una pequeña fortuna. Aunque no lo quieras, no lo rompas —dijo Jenna.

—Ohhh —las lágrimas de Laura se secaron. La furia reemplazó el dolor—. Lo único que quería era alguien a quien amar. Alguien que me quisiera por quien era. Pensaba que era una cazafortunas. Ni siquiera llegó a darme una oportunidad. Lo odio —se puso de pie y fue hasta la ventana y regresó al sofá—. Ojalá pudiera vengarme. ¡Cómo se atrevió a pensar que buscaba el dinero de Yuusuf!

—No es tan inusual. Mira lo protector que mi padre ha sido conmigo —dijo Jenna.

—¿Te estás poniendo de su lado? —preguntó Laura, horrorizada.

—Claro que no. No siento nada agradable hacia él.

Yuusuf hablaba en una lengua que ni Jenna ni Laura entendían. El tono de su voz era claro... la furia recorría la conexión. Fuera lo que fuere lo que le dijera su abuelo, no surtió ningún efecto. Seguía furioso al colgar.

—Laura, en nombre de mi familia, te pido disculpas. Los actos de mi primo y de mi abuelo son inexcusables. Sólo espero que comprendas que yo no lo sabía, o lo habría detenido.

—Claro que sé que no tuviste nada que ver en esto. Eres demasiado agradable —como había considerado que era Tal. Las lágrimas volvieron a amenazarla.

—La lealtad y la preocupación, aunque equivocadas, fueron lo que impulsaron los actos tanto de mi abuelo como los de Tal. Este odia involucrarse en asuntos personales. Prefiere dirigir su negocio y evitar todo contacto social. Sí, los vínculos y las lealtades familiares son poderosos. Fue por mí —expuso Yuusuf.

—Debió de saber que ella estaba enamorándose de él. Mira todo lo que hizo... regalos, flores, cenas elegantes, citas detallistas y un fin de semana en Tahoe. A mí me parece un cortejo —dijo Jenna—. No me extraña que Laura pensara también lo mismo —Jenna se puso de pie—. ¿Quieres que nos quedemos?

Laura movió la cabeza.

—Gracias por estar aquí. No puedo creer que haya sido tan ingenua. Si no se le hubiera desenmascarado hoy, no sé durante cuánto tiempo habría podido continuar

—durante un segundo, pensó si habría podido proseguir así para siempre, pero de inmediato entró la realidad.

—¿Vas a estar bien?

Laura asintió.

Jenna la abrazó.

—Te llamaré luego.

Volvió a asentir, temerosa de confiar en su voz. La ira se desvanecía y el dolor de la traición de Tal ocupaba su sitio.

En cuanto se marcharon, fue al dormitorio y se tiró boca abajo sobre la cama, llorando por todo lo que había perdido. No sabía cómo debería haberlo sabido, pero, de algún modo, tendría que haber percibido la falta de verdad en Tal.

Eran las nueve pasadas cuando sonó el teléfono. Estaba tumbada en la cama, descalza, pero con la ropa con que se había tirado para

llorar. Pensó en no contestar, pero sabía que Jenna se preocuparía mucho si no lo hacía. Se levantó y fue al salón.

—Hola —dijo.

—Laura.

Reconoció la voz.

—No tengo nada que decirte —le dijo a Tal y colgó.

Furiosa, pensó cómo se atrevía a llamarla después de lo que había hecho. Fue a la cocina a prepararse una taza de té. Lo bebería y se prepararía para acostarse. A pesar del drama en su vida, al día siguiente tenía que ir a trabajar.

El teléfono volvió a sonar.

Decidió no contestar. En cuanto parara, llamaría a Jenna, pero no iba a correr el riesgo de oír otra vez la voz de Tal. Las lágrimas le llenaron los ojos. No podía creer que jamás volvería a escucharla.

Después de una docena de timbres, se quedó en silencio.

Alzó el auricular y llamó a su amiga.

—¿Me acabas de llamar?

—No. Yuusuf sigue aquí. Iba a llamarte más tarde.

—Me voy a ir a la cama.

—¿Estás bien?

—Lo estaré. Te llamaré en uno o dos días.

—Hazlo mañana —pidió Jenna.

Aceptó y luego colgó. Desconectó la clavija. No quería correr ningún riesgo de que volviera a molestarla esa noche.

Tal colgó frustrado. Era evidente que no le iba a contestar. Se reclinó en el sillón y clavó la vista en el cielo oscuro. Estaba confuso. Sabía que había algo entre ellos.

Pero, ¿una relación?

Si no buscaba el dinero de un hombre, era posible que ella lo viera de esa manera.

Necesitaba explicarle que no había sido su intención herirla, que sólo velaba por su familia.

Sonó el teléfono. Lo sorprendió que lo invadiera la esperanza. Quizá había cedido y lo llamaba para oír su versión.

—Tal, ¿qué has hecho? Yuusuf me llamó antes enfadado y despotricando de interferir en su vida y de herir a una joven que es amiga de su novia. ¿Por qué es la primera noticia que tengo de la existencia de una novia? ¿Qué ha pasado con tu espectacular plan

de salvar a tu primo del dolor y el escándalo?

Era su abuelo, y furioso.

—Resulta que Yuusuf ha encontrado a una mujer que creo que le va a la perfección. La va a llevar pronto a casa para presentársela a su madre —respondió. Lamentó no haber tenido más tiempo antes de conocer a Laura para averiguar la realidad de la situación.

—Eso me contó Yvette cuando hablé con ella esta mañana. Le gusta esa chica, pero cualquiera puede engañar a una persona por teléfono. Veremos cómo es cuando llegue.

—Te quedarás sorprendido.

—¿Y la otra persona?

—La persona que vimos en la foto no era la que estaba interesada en Yuusuf —"estaba interesada en mí". Consternado, se dio cuenta de lo fácil que era romper un corazón.

—¿Te gusta la mujer que ha elegido?

—Apenas la conozco. Pero creo que Yuusuf está absolutamente entregado a ella. No se parece a nadie con quien haya estado antes. Y su familia tiene dinero, así que destierra esa preocupación.

—Mmm. Me reservaré el juicio hasta que la conozca. De modo que tu tarea está acabada. ¿Te vas a ir primero a Bremerhaven o vendrás a casa antes?

—Me voy a quedar uno o dos días más —tomó la decisión en ese momento. Necesitaba volver a ver a Laura.

Tenía que conocer a Jenna Stanhope y averiguar todo lo que pudiera sobre Laura.

No durmió bien.

Se levantó temprano, y después de usar el gimnasio del hotel, se dio una ducha y pidió el desayuno. El montón de trabajo que aguardaba su atención no había disminuido durante el fin de semana.

Pensó que la llamada a la puerta de la habitación era el desayuno. Abrió y vio a un botones con una caja.

—Entrega para usted, señor —dijo.

La aceptó.

La puso en la mesa y la abrió. Dentro estaba el jarrón, las flores diseminadas por el interior de la caja y, en el centro, el brazalete con sus centelleantes colgantes y el CD.

Todo lo que le había comprado a Laura. También vio un sobre.

Lo abrió y de él cayeron varios billetes de veinte dólares. Incluso había calculado el coste de sus citas y le devolvía la mitad.

Sintió furia. ¡Cómo se atrevía a devolvérselo!

Pero, ¿qué podía esperar? Él le había mentido, la había acusado de buscar la fortuna de su primo. Era su modo de repudiar esa acusación. Necesitaba explicárselo.

Hacerle entender por qué se había comportado de esa manera.

Capítulo 8

EL VUELO de San Francisco a Londres y luego a Tamarin requirió más de dieciocho horas. A pesar del lujo de la primera clase, Laura se sentía extenuada cuando aterrizaron en el desértico país de Yuusuf. Esperaba que pudieran conocer con rapidez a la madre de éste y luego disculparse para ir a descansar.

En un principio no había querido viajar, pero Jenna se lo había impuesto como condición para que también ella fuera. Incluso le había prometido que Yuusuf se encargaría de que Tal no estuviera presente. Su deseo era que su amiga tuviera la mejor boda posible, y si lo garantizaba el hecho de que ella fuera a Tamarin, lo haría.

Y ahí estaba.

No cabía duda de que su fatiga se acentuaba porque llevaba más de una semana durmiendo mal. Rara vez lograba conciliar el sueño durante más de cinco horas, que a menudo se veían perturbadas por pesadillas. Por el día trabajaba con ahínco para mantener controlados los pensamientos rebeldes.

—Es precioso —comentó al salir del aeropuerto a la luz del sol.

La humedad y la temperatura eran más altas que en San Francisco, lo que hacía que el aire resultara más espeso.

La fragancia de las flores llenó sus sentidos. Sintió que su corazón se animaba un poco. Las palmeras y los lechos florales le daban al aeropuerto una sensación amigable ausente en la estructura de hormigón y cristal del aeropuerto de San Francisco. Quizá el viaje la ayudara a mitigar el dolor de los últimos días. Había cosas que ver, gente nueva que conocer, cosas que hacer. Con Tal ausente, se obligaría a disfrutar de cada experiencia nueva.

Una limusina blanca se detuvo ante ellos. El chófer rodeó el vehículo para abrirles la puerta y ocuparse del equipaje. Durante un momento, el corazón le dio un vuelco.

No era la misma de California. Respiró hondo y subió, sentándose frente a Yuusuf y a Jenna.

—Iremos a la villa de mi madre —expuso Yuusuf—. Es allí donde nos alojaremos. Sé que las dos estáis cansadas. Después de una siesta, conoceremos a la familia inmediata de mi madre en la cena.

—Que serán tu madre, tu tía Sophia y tus abuelos Camille y Anton, ¿verdad? Santo cielo, ¿seré capaz de no equivocarme? —preguntó Jenna.

—Lo harás bien. Mi madre es Yvette. Ya conoces el nombre de la tía Sophia. Su marido se llama Aziz bin Tammur. Es médico. Mis abuelos te adorarán. Anton y Camille.

Como ya te he dicho, son franceses. El padre de mi padre es el que envió a Tal a San Francisco. La abuela Abree y él vendrán mañana. Sigo enfadado por la situación. En especial por ti, Laura —afirmó.

—Estoy bien. Tengo ganas de conocer a tu madre. Y ver tu hogar aquí en Tamarin —se preguntó si Tal tendría una casa o un piso, si pasaría allí mucho tiempo o si estaría más en Londres. Pero no se atrevió a preguntarlo en voz alta.

El trayecto por la ciudad fue rápido.

Los parques y los bulevares anchos, alineados con flores, hacían que fuera una urbe realmente preciosa.

Le interesó ver a la gente ataviada al estilo occidental. Había esperado ver las túnicas largas y los velos por lo general asociados con los países árabes. De vez en cuando veía una pareja con atuendos más tradicionales, pero eran pocos y espaciados. Bien podría haber estado en París o en Roma.

La densidad del tráfico representaba un problema en todas partes.

No tardaron en llegar a una zona residencial con casas construidas en uno o dos acres de tierra, con jardines impecables y hermosos. De las casas que podía percibir desde el exterior, predominaba el blanco con tejados coloridos. Cuando la limusina entró en un sendero privado y largo, observó con interés el hogar en el que había crecido Yuusuf. Ésa sería la nueva familia de su amiga. Esperó que todos quisieran a Jenna.

Tenía sus dudas acerca del abuelo que había tratado de impedir que Yuusuf se involucrara plenamente. No estaba preparada para que ese hombre le cayera bien.

Yvette bin Horah fue una anfitriona exquisita. Abrazó a Jenna y a su hijo y le ofreció un recibimiento cálido a Laura. Tenía preparados té y unos sándwiches pequeños y los instó a refrescarse.

—Todos debéis estar cansados después de un viaje tan largo. No

me gusta ese modo de transporte. He organizado que la cena se sirva un poco tarde, a las ocho. En cuanto hayáis comido, os llevaré a vuestras habitaciones. Descansad.

La villa ocupaba una única planta, con pasillos que iban en direcciones diferentes.

Yvette los llevó hacia un ala que se alejaba del salón principal y abrió la primera puerta para Laura.

—Ésta es para ti, querida. Espero que estés a gusto. Da a los jardines.

—Es preciosa.

Nada más entrar quedó encantada. La habitación era muy luminosa. Era amarilla, desde la tonalidad clara de las paredes hasta el cobertor de la cama. Unas cortinas blancas se agitaban con la brisa que entraba por los ventanales abiertos que daban al jardín.

—Descansa. Te veremos en la cena —Yvette cerró la puerta con suavidad.

Su maleta estaba cerca del armario. La alzó y la encontró vacía. Alguien ya se la había deshecho. Abrió un cajón y encontró un camisón. Se lo puso y, agradecida, se metió entre las sábanas. Fue una sensación celestial. Lejos de San Francisco, de Tal y de la debacle del breve tiempo que habían estado juntos, sintió que se relajaba. No tardó en darle la bienvenido a un sueño reparador.

La trataron como a una invitada de honor. En la cena, conoció a la familia de la madre de Yuusuf: su hermana Sophia y sus padres Anton y Camille. La conversación fue vivaz y se centró en la inminente boda.

La incluyeron en todas las fases de los preparativos. Intentó disfrutar de la felicidad de su amiga. Pero durante la velada pensó que hasta hacía poco había esperado vivir un acontecimiento similar. Sin embargo, los cuentos de hadas no se hacían realidad.

Desterró a Tal de sus pensamientos y se centró en las sugerencias que siguió haciendo la tía Sophia.

Al día siguiente, Yuusuf se llevó a Jenna a dar un paseo en coche. Laura aprovechó la mañana libre para disfrutar de los jardines. Se encontró con Yvette a eso de las once y las dos permanecieron sentadas en una pérgola protegida del sol por un enrejado cubierto de hojas de parra que proporcionaban sombra. Una fuente centelleante borboteaba cerca.

—Soy feliz por mi hijo dijo Yvette—. La mujer que ha escogido esta vez es perfecta para él.

—Doy por sentado que hubo un par de ocasiones en que la mujer no fue tan perfecta

—comentó con tono neutral.

—Oh, la mujer de Boston fue la peor. Se habría casado con él y le habría hecho la vida un infierno. Su abuelo la compró. Nunca supe cuánto pagó, pero siempre he pensado que una pequeña fortuna. Tal se ocupó de eso por Salilk, desde luego. A Salilk le acababan de poner un bypass y no se sentía bien. Y en ese momento no estaba nada contento con Yuusuf.

—Parece que Yuusuf escapó por los pelos —la opinión que tenía del futuro marido de Jenna cambió ligeramente.

—Mi hijo era joven. Protegido. Quería ir a los Estados Unidos, donde no tenemos un amplio círculo de amigos, de modo que estuvo solo. Los halagos pueden marear la cabeza de un hombre joven, ¿no crees?

Pensó en sus propios sentimientos cuando Tal la había hecho sentir como si fuera la única mujer en el mundo. Desde luego, los halagos la habían mareado. Odiaba pensar la facilidad con que había caído en una trampa similar.

—Sí, tiene razón.

—Yuusuf pidió trabajar en la oficina de California que tiene la empresa naviera de la familia. Luego se enamoró de una aspirante a estrella de cine en Los Ángeles. Creo que esperaba que él comprara una productora y le ofreciera los papeles protagonistas. Aunque me parece que parte de la obstinación mostrada por él se debió al comportamiento autoritario de su abuelo en Boston.

Se echó para atrás y suspiró.

—Es tan agradable vivir aquí... No entiendo el amor que siente mi hijo por vivir en Estados Unidos. Tenemos todos los beneficios modernos de que disponen en tu país y más.

—Quizá es una manera de mantenerse alejado del control de su abuelo —repuso con tono seco.

—Oh, Salilk simplemente envía a Tal. Éste ama a su familia y haría lo que fuera por Yuusuf. Es su favorito, ¿sabes?

—No, no lo sabía —era evidente por la conversación que mantenían, que Yvette no tenía idea de lo que había pasado entre

Tal y ella. Y no iba a ser ella quien se lo contara.

—Cuéntame a qué te dedicas —pidió Yvette—. Las mujeres siempre trabajan en los Estados Unidos. Salvo Jenna. Aunque su dedicación como voluntaria en diferentes organizaciones se podría considerar como un trabajo.

—En una empresa de seguridad —respondió. Explicó sus cometidos y compartió numerosas anécdotas divertidas.

—Me habría encantado verlo —comentó Yvette, riendo con una de las historias—. Eso no habría pasado aquí.

—Pero usted no siempre ha vivido aquí —indicó Laura.

—Cierto. Mi padre pertenecía al cuerpo diplomático. Mi hermana Sophia y yo teníamos tutores en inglés, francés y alemán. Cuando a mi padre lo destinaron aquí, también estudié árabe. Desde luego, resultó lo más apropiado cuando conocí al padre de Yuusuf. Laban era un hombre maravilloso. Aún lo echo tremendamente de menos. Sólo estuvimos casados siete años. Y pronto quizá sea abuela. Cuando pienso en todo lo que se ha perdido, me siento muy triste.

—Lamento oír eso —dijo Laura.

—Mi madre dijo que encontraría a otra persona. Pero no ha sido así. A veces pienso que una mujer está destinada a un hombre especial.

Laura esperaba que se equivocara. No quería echar de menos a Tal el resto de su vida. Necesitaba concentrarse en lo traicionada que se sentía. En la traición y no en el romanticismo que él había establecido… y que tan falso había resultado.

—¿Nunca regresó a Francia? —le preguntó con suavidad.

—Oh, voy cada año durante unas semanas. Pero éste es el hogar que Laban hizo para mí. Aquí me siento próxima a él. Nunca me marcharé.

Laura se preguntó si debería mudarse de su apartamento. Tal únicamente había cenado una vez allí, pero daba la impresión de que donde mirara había algo que se lo recordaba.

—Sólo se requiere tiempo —murmuró.

—¿Para qué? —quiso saber Yvette.

—Para acostumbrarse a cosas nuevas.

Cuando llegó el jueves por la tarde, Laura era un manojo de nervios. Había disfrutado conociendo a los padres de Yvette, pero

temía conocer al abuelo de Yuusuf y de Tal.

En la casa reinaba la quietud. Salió a los jardines y paseó cerca de la fuente con el agua cristalina. Le encantaba el sonido y las flores brillantes que rodeaban su base. Se sentó en uno de los numerosos bancos diseminados por allí.

—Siempre he pensado que Yvette tiene los jardines más bonitos de la zona.

Una voz familiar quebró sus pensamientos.

Se levantó de golpe y se volvió. Tal se hallaba a menos de tres metros de ella.

—¿Qué haces aquí? —no pudo evitar sentir una oleada de excitación que controló en el acto. Parecía cansado, como si acabara de llegar y aún no se hubiera adaptado al cambio de horario.

—Mi abuelo me ha invitado a conocer a la novia de Yuusuf. Me sorprende encontrarte aquí —comentó él.

Giró con la intención de marcharse, pero él resultó más veloz y la aferró por el brazo antes de que hubiera dado tres pasos.

—Suéltame —luchó brevemente por liberarse.

Pero sus dedos eran firmes.

—Quiero explicarte.

—Sé todo lo que tengo que saber por Yuusuf. No tenemos nada más que discutir.

—Creo que sí.

Lo miró furiosa.

—Muy bien, di lo que tengas que decir para que no vuelva a verte jamás.

La miró con ironía.

—Parece que vas a escucharme con mente abierta.

Laura apartó la vista, deseando ser lo bastante fuerte como para alejarse y dejarlo allí.

Una parte de ella anhelaba que pronunciara unas palabras mágicas que desterraran los días de dolor y arreglaran todo. Pero no veía que eso pudiera ser posible.

Esperó.

Tal guardó silencio largo rato.

—Yuusuf es un hombre joven y rico, carente de sentido de supervivencia. Tampoco es especialmente sofisticado. Hace unos seis años vivió una situación en Boston…

—Conozco esa historia. Y también la aventura en Los Ángeles. Y cómo el grande, fuerte y sofisticado primo Tal fue al rescate. Nada de eso tiene algo que ver conmigo.

Tú me viste como una amenaza para Yuusuf y apareciste como el vengador enmascarado. Como mínimo, deberías haber investigado bien la situación.

—En absoluto enmascarado.

—¿Smith no es una forma de ocultación? ¿Por qué no decirme tu verdadero nombre?

Porque sabías que Yuusuf lo reconocería al instante en cuanto yo se lo mencionara a Jenna. Diablos, si me hubieras dicho tu nombre verdadero, lo primero que habría hecho yo habría sido preguntarte si lo conocías.

—El hecho es que nuestro abuelo no posee una salud robusta. Le preocupa Yuusuf.

Soy un nieto obediente. Seguí la tradición familiar al ir al colegio en Inglaterra. Me casé con la mujer que mis padres escogieron para mí.

Laura giró como un rayo y lo miró fijamente.

—¿Estás casado? —hacía que todo fuera más despreciable.

—Ya no. Murió. Lo que intento establecer es que al menos para mi abuelo, yo parezco más asentado, menos propenso a ser atrapado por una cazafortunas. Pero Yuusuf ya había estado a punto de caer en dos ocasiones. Intentábamos que fuera más cauto acerca de las mujeres que se le acercaran. No fue un buen plan y me disculpo por la parte que desempeñé en él. Nunca fue mi intención causarte daño.

—Sólo querías alejarme de la fortuna que creías que perseguía poniéndome una más grande delante de los ojos para después darme una patada.

—Te habría compensado. El acuerdo con las otras dos fue bastante exorbitante.

—¿Eso es? ¿Ésa es tu explicación? —no se sentía bajo ningún concepto aliviada.

El asintió.

—Tu plan original funcionó con las otras dos mujeres, ¿por qué no ceñirte a él? Una oferta de un cheque enorme, que yo te habría dicho dónde poder guardarte, y habrías sabido que no estaba

interesada en Yuusuf. Y podrías haberte evitado todo el trabajo desagradable de fingir estar interesado en alguien a quien evidentemente despreciabas. Y los costosos regalos con los que tan generosamente quisiste sobornarme.

—No te desprecio. No sentí eso ni siquiera cuando creía que ibas tras el dinero de Yuusuf. Desde el principio me has fascinado —su voz cambió, se tornó más amable—.

Me gusta el modo en que ves las cosas con tanto entusiasmo. Nuestro paseo en globo fue especial por el júbilo que mostraste. Eres de una lealtad incondicional con tu amiga. Y posees una integridad que muchas mujeres de tu edad no tienen. Eres muy diferente... bueno, de las mujeres que he conocido.

—Lo afín se atrae —sólo que en su caso no había sido así. Apartó la vista, espantada de descubrir que las lágrimas amenazaban con caer otra vez.

—Vamos, hagamos las paces. Así todo irá mucho mejor durante tu estancia aquí.

¿Quién sabe?, hasta podemos volver a ser amigos —expuso Tal.

Tuvo éxito en soltarse.

—No creo que nunca fuéramos amigos, Tal. Y no tengo intención de relacionarme contigo de ninguna manera. Mientras tú estés por aquí, permaneceré en mi habitación. Eso conseguirá que todo vaya lo mejor que puedas desear —giró y casi regresó a la carrera a su cuarto, cerrando con firmeza a su espalda.

Su primer impulso fue hacer las maletas y encontrar un modo de regresar a casa.

Pero eso sería imposible, por no decir grosero. No obstante, Jenna le había asegurado que Tal no iba a estar, y ahí estaba.

Cómo se atrevía a manipular la situación. No podía olvidar cómo se había comportado como si de verdad le gustara, fingiendo que le interesaba todo lo que decía. Todo falso. Las palabras edulcoradas no podían cambiar el pasado.

Esa noche adujo un dolor de cabeza y se quedó en su habitación durante la cena. Al día siguiente, el abuelo y el primo de Yuusuf se habrían ido y podría volver a salir.

Llamaron a la puerta. Como fuera él, iba a decirle sin tapujos todo lo que pensaba.

Abrió la puerta y quedó sorprendida de ver a Jenna. Su amiga

entró y cerró la puerta.

—Estoy tan enfadada que podría echar fuego por la boca —dijo. Miró a Laura—. Tal se encuentra aquí. Yuusuf me aseguró que no vendría, pero ha aparecido. Al parecer, lo invitó el abuelo. Cuando ésta ni siquiera es su casa. No sé siquiera si me apetece conocerlo. Cómo se atreven a tratar a Yuusuf como si fuera un niño.

—Por no mencionar el modo en que han tratado a tu mejor amiga —murmuró Laura.

—Eso no hace falta mencionarlo, porque ya lo hemos tratado. Creo que traeré una bandeja para cenar aquí contigo —fue a la cama y se sentó.

Laura sonrió.

—A mí me duele la cabeza. Iba a pedir que me excusaran de la cena.

—Quizá es contagioso —dijo Jenna, tumbándose—. No puedo creer cómo se están desarrollando las cosas. Deberíamos habernos quedado en San Francisco.

—¿Por qué? Creo que Yvette es encantadora. Será una suegra maravillosa. Y me gusta su lado de la familia de Yuusuf. ¿A ti no?

—Es dulce, y también me caen bien sus padres. Pero las maquinaciones del lado paterno de la familia de Yuusuf no son cosas a las que esté acostumbrada.

—Necesitas ir a la cena. Esta será tu familia el resto de tu vida. Debes empezar con buen pie —indicó con pragmatismo.

—No si tú no vienes.

—Esta vez, no.

—¿Así que dejas que gane Tal? —dijo Jenna.

—¿Ganar?

—Anímate, ponte tu mejor vestido, tu maquillaje más sexy y míralo durante la cena como si no hubiera pasado nada. De hecho, no le prestes atención. No le des la satisfacción de pensar que para ti significó más que lo que tú significaste para él —se incorporó con expresión entusiasmada—. Muéstrale de qué estás hecha.

—Tiene que saber lo que sentía —musitó Laura dubitativa.

—¿Alguna vez le dijiste algo específico… del estilo de te amo, Tal?

—No.

—Entonces, lo único que tiene son conjeturas. Los chicos son

bobos y probablemente no tenga ni idea. Te veía como a una bruja que perseguía a su pobre primo. Vamos, Laura, puedes hacerlo. Unámonos contra los varones de esta familia... excepto Yuusuf, claro.

—Claro.

Lo pensó. ¿Podría hacerlo? Si él no había adivinado lo que sentía, no había motivo para darle la información en ese momento.

Se debía a sí misma mostrarle al mundo que los actos de ese hombre no habían tenido efectos duraderos. Sonreiría, sería amable con los otros miembros de la familia y haría caso omiso de Tal y del abuelo.

—De acuerdo. Tengo el vestido perfecto, si no lo consideras excesivo. Lo compré para la fiesta de compromiso, pero puede que también me lo ponga esta noche —era uno de sus favoritos, de un azul intenso, que le ceñía la figura y lograba efectos maravillosos con su piel. Por no mencionar su autoestima.

A pesar de los ánimos que se había dado, sintió los nervios a flor de piel al bajar aquella noche. Sabía que se veía bien, lo cual era de ayuda. Pero tenía las emociones demasiado descarnadas como para sentirse contenta con la charada que iba a intentar. Tenía que saludar a Tal y a su abuelo como si fueran dos desconocidos de paso.

Con la cabeza erguida, entró en el salón. Durante un instante, sintió que la gente ya reunida allí era más de lo que podía controlar. Luego vio a Jenna a un lado, que charlaba amistosamente con una mujer pequeña.

Yendo directamente hacia ella como un misil teledirigido, soslayó a todos los demás.

—Laura, ven a conocer a *madame* bin Horah. Es la otra abuela de Yuusuf y una dama encantadora —presentó Jenna.

—¿Cómo está? —saludó. Ya había conocido a los padres de Yvette, de modo que ésa era la otra abuela de Tal. Casada con el jeque que tanto se afanaba en proteger a su nieto menor, sin importar el coste.

—Es un placer conocerte —dijo *madame* bin Horah, extendiendo la mano.

Las joyas en sus dedos refulgieron a la luz.

—Laura es mi mejor amiga desde que éramos pequeñas —dijo

Jenna—. Conoció a Tal en San Francisco. Él creyó que era yo. O, más bien, que estaba interesada en Yuusuf.

—Así que eras el señuelo mientras Yuusuf y Jenna tenían tiempo de averiguar si realmente eran el uno para el otro sin la estúpida interferencia de los hombres de mi familia — *madame* sonrió—. Un trabajo bien hecho.

Laura sonrió con cortesía. Había pasado a ser un señuelo. Al menos le daba un rango superior al de ingenua y crédula.

Tal la había visto entrar hacía unos momentos y unirse a Jenna y a su abuela.

Parecían llevarse bien. La admiró por aparecer. Después de huir de él en el jardín, no le habría sorprendido que justificara no bajar con un dolor de cabeza o algo por el estilo.

Fue hacia allí y llegó justo cuando su abuela la alababa por un trabajo bien hecho. Se preguntó qué podría ser.

—Buenas noches —saludó.

Jenna lo miró con expresión de desprecio. Laura se volvió, sonrió con educación y dio la impresión de mirar por encima de su hombro izquierdo.

—Oh, ¿nos excusa, *madame*? —dijo Jenna—. Laura, la tía Sophia acaba de llegar y ya sabes lo mucho que deseabas verla. Me cercioraré de que tengamos tiempo de charlar después de la cena, *madame* —pasó junto a Tal sin decir una palabra.

Laura la siguió con presteza.

—Huye de mí —murmuró él, sin dejar de mirarla.

—Quizá a la joven no le apetecía que le dieran un papel que no era de su elección

—comentó su abuela.

Tal la miró.

—¿Te lo han contado?

—Tu abuelo me habló de tu plan para hacer que una mujer dejara a Yuusuf y se fuera contigo. ¿Cómo esperabas conseguir algo así sin una implicación emocional? Los dos deberíais haber confiado en Yuusuf. Se ha mostrado muy circunspecto desde el incidente de Los Ángeles. ¿Por qué no le diste el beneficio de la duda?

—El abuelo estaba preocupado. Lo hice por él —explicó, sintiéndose como un niño al que su abuela regañaba.

—Ya he tenido unas palabras con tu abuelo. Dime, ¿qué piensas

de la amiga de Jenna?

La miró en el otro extremo de la sala, donde reía con algo que decía la tía Sophia. Se la veía arrebatadoramente hermosa.

—Me equivoqué con ella —repuso despacio.

Su abuela lo observaba con curiosidad.

—Creo que la has herido mucho —comentó lentamente en su lengua nativa.

—No era mi intención.

—No importa. ¿Cuáles son tus planes ahora?

Le sonrió a la mujer mayor.

—Eso no está abierto a discusión.

Ella asintió con sonrisa dulce.

—Tu abuelo a veces es estrecho de mente en la visión que tiene del mundo. No te vuelvas como él.

—No lo haré.

—Yasmine lleva muerta cuatro años.

—Lo sé.

—Es hora de que vuelvas a pensar en el matrimonio, Tal. No todas las mujeres son tan egoístas y codiciosas como ella. Quizá no son sólo los hombres de esta familia los que intentan interferir —dijo su abuela.

Esperaba poder evitar que el pasado influyera en la decisión que había alcanzado en los últimos días. Quería a Laura. No se había dado cuenta de hasta dónde hasta que vio el dolor en sus ojos la noche en que Yuusuf reveló el parentesco que los unía.

Había cometido un error colosal, que no estaba seguro de poder llegar a rectificar.

—Vaya, muchacho, has llegado sano y salvo a casa —dijo Salilk, uniéndose a su esposa y a su nieto mayor.

—Como bien puedes ver. Llegué anoche. ¿Estás seguro de que ha sido inteligente incluirme en esta reunión? Yuusuf está enfadado, la actitud de su prometida linda con la grosería y la mujer que por error pensé que buscaba el dinero de Yuusuf, ni siquiera quiere mirarme. No es una reunión familiar armoniosa —ironizó.

—Ya he hablado con el consulado en Los Ángeles, mencionándoles el error y sugiriéndoles que investigaran las afirmaciones con más rigor antes de trasladárnoslas a nosotros. Sin embargo, todo el mundo parece cordial y es un primer paso. Jenna

no es lo que esperaba.

—Es adorable —comentó su esposa.

Salilk la miró y frunció el ceño.

—¿Te lo parece?

—Por dentro, donde más cuenta. Concédele méritos a Yuusuf por elegir a una mujer con carácter y fuerza con la que casarse. Predigo que será una vida feliz para los dos.

—Entonces, será mejor que trate de establecer las paces con mi futura prima política

—comentó Tal.

Sabía que el tiempo terminaría por sanar las heridas, pero no disponía de mucho si quería recuperar el favor de Laura antes de que regresara a los Estados Unidos.

Cruzó la estancia hacia donde se encontraban Jenna y Laura. No había mejor momento que el presente para empezar.

Como si percibiera su acercamiento, Laura le dijo algo a Jenna y Sophia y ella se alejaron. Jenna miró a Tal.

—Me he disculpado —comentó él al acercarse.

—Eso no lo hace mejor —respondió ella.

Yuusuf se reunió con ellos de inmediato, como si quisiera defender a su futura esposa de Tal.

—Le pedí a mi madre que te excluyera de la lista de invitados esta noche —dijo, mirándolo con expresión furiosa.

—Lo sé. Impongo mi presencia por órdenes del abuelo.

Yuusuf respiró hondo.

—Si pudiera, también lo habría excluido a él.

—Al menos concédenos el crédito de tener los motivos correctos, aunque la ejecución fuera torpe —indicó. No podía culpar a su primo por la reacción mostrada. Empezaba a comprender lo profundamente que había ofendido a Laura—. Lamento lo sucedido

—dijo, buscando a Laura con la vista. No la vio junto a Sophia por ninguna parte.

Quizá habían salido a los jardines antes de cenar.

—Por favor, concédeme la cortesía de marcharte inmediatamente después de cenar, y no vuelvas a molestar a las invitadas de mi madre mientras estén aquí —manifestó Yuusuf con rigidez.

Tal lo miró. Su primo menor había crecido. Sus ojos se hallaban

a la misma altura y la voz era firme y sincera.

—Como desees. Incluso antes, ya que no soy bienvenido. Extiendo mi más sincera felicitación por vuestro compromiso. Tu futura esposa es perfecta —los saludó con una leve inclinación de cabeza y se dio la vuelta para irse.

Encontró a Yvette y se excusó.

No cabía duda de que Yuusuf y Jenna eran felices. Pero, ¿Laura? Había visto la tristeza que anidaba en sus ojos. Y se había sentido miserable al saber que él había sido el causante.

La había insultado. Herido.

Pensó en el tiempo que pasaron juntos. Ella había sido feliz, de eso no le cabía duda.

Quizá no sólo había herido su orgullo

¿Le había hecho daño por un afecto creciente? ¿O más?

Capítulo 9

HABÍA logrado sobrellevar la cena y se retiró temprano, en cuanto pudo hacerlo sin provocar ningún comentario. Tal se había marchado antes de que sirvieran los platos.

Se sentía victoriosa de que su presencia al parecer lo hubiera impulsado a irse. Pero también experimentaba la tristeza de que ya no fuera bienvenido en el hogar de su familia. En el cuadro global de las cosas, ella se iría en unos días, pero Tal trataría con la familia de Yuusuf el resto de su vida.

Igual que ella, cuando Jenna y Yuusuf estuvieran en los Estados Unidos.

Había que alcanzar un compromiso. Aunque no sabía cómo.

Intentaba ser valiente, pero tenía el corazón roto. Había sido tan feliz pensando que Tal la había amado. Pero en todo momento lo único que había hecho había sido engañarse. La realidad era más dolorosa de lo que podía soportar.

Al meterse en la cama un rato más tarde, pensó que le gustaría ir por la vida sin volver a oír jamás el nombre Tal.

Pero lo único que podía hacer era ir de día en día.

A la tarde siguiente, Yuusuf se las llevó a Jenna y a ella a la playa. Como era miércoles, había poca gente.

Unos parasoles coloridos alineaban el borde del agua y a su lado había tumbonas ordenadas como un ejército.

—Es precioso —comentó Jenna—. ¡Y el agua está templada!

—No como en San Francisco, desde luego —convino Laura.

Fueron a nadar, luego se echó en una de las tumbonas bajo un parasol cerca del borde del agua mientras Yuusuf y Jenna iban a dar un paseo siguiendo la línea de la playa. Se sintió somnolienta. Se dijo que una siesta no le sentaría mal.

—¿Disfrutando de la tarde?

Gimió y rezó para haber imaginado esa voz. Abrió un ojo y no tardó en volver a cerrarlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Tal.

Oyó el crujido de la tumbona de al lado. Llevaba puestos unos pantalones cortos y un polo. Tenía los brazos musculosos y bronceados.

—Por lo general, los miércoles son los días que me tomo libres. No puedo trabajar todo el tiempo —se reclinó y clavó la vista en el agua.

Laura se incorporó y miró a derecha e izquierda.

—Hay unas doscientas tumbonas vacías en esta playa —señaló. Él asintió, mirándola—.

¿Por qué has ocupado ésa?

—Es conveniente.

—¿Y eso?

—Está junto a la tuya.

—Entonces, te la dejaré y buscaré otra.

—Te seguiré.

Lo miró fijamente, suspiró, volvió a recostarse y cerró los ojos. Sin embargo, no fue capaz de desterrar un hormigueo interior. Sentía su presencia como si la hubiera tocado.

—¿Has visto mucho de Tamarin? —preguntó él con cortesía.

—No mucho. Y lo que he visto, es bonito.

Durante un momento, reinó el silencio.

—Podría ser tu guía —ofreció Tal.

—No lo creo.

—¿Por qué no? Yuusuf está ocupado con Jenna. Sé por lo que dijo anoche Yvette, que mañana planea llevarla a visitar a algunos de sus amigos. Por supuesto, estoy seguro de que te incluirán.

—Estupendo, seré una pieza de repuesto.

—Exacto. Tú no tienes nada planeado. Deja que te muestre la ciudad.

—¿Qué es esto, una especie de ofrecimiento de paz?

—¿Y si así fuera?

Laura lo pensó. No pudo evitar sentirse más viva. ¿Qué peligro podía haber en que fuera su guía? Pasaría unas horas en su compañía. ¡Qué patética era! La había estado engañando en todo momento, y lo único que quería era la compañía de ese hombre.

Necesitaba mantener las distancias.

—Vamos, Laura. Vernos en San Francisco no tuvo a Yuusuf como única excusa.

Disfrutábamos estando juntos. Reconócelo.

Giró la cabeza a la izquierda y lo miró.

—Me divertí. Pensaba que era algo real.

—El disfrute fue real. Fue la motivación que había detrás de las invitaciones lo único que no lo fue. Yo también disfruté de los momentos que pasamos juntos.

Anhelaba creerlo. Aferrarse a la esperanza de que todo lo que él había dicho no había sido calculado y falso. Sin embargo, ¿cómo volver a creer alguna vez en él?

—Uno de nuestros cruceros va a atracar mañana. Si te apetece, puedo llevarte a bordo y mostrártelo. Recordó que ya se lo había ofrecido en San Francisco.

Sabía que jamás había esperado tener que cumplir con dicha oferta. Le encantaría ver un barco. Nunca más tendría la oportunidad para ello. Decidió correr el riesgo.

—Muy bien, acepto. Pero sólo ver el crucero —nada más aceptar, sintió dudas. Aún se sentía insegura, abochornada de haberse enamorado tan rápidamente de un hombre que la había manipulado.

—Tengo una vista maravillosa del mar desde mi casa —indicó Tal.

—Mmm —despierta su curiosidad, deseó que se la describiera. Pero no iba a mostrar interés ni iba a caer en la tentación de creer que en la invitación había algo más que el deseo de mantener la armonía familiar.

—Sin embargo, mis jardines no son tan hermosos como los de Yvette. Yasmine era la jardinera, no yo. Tengo un equipo de profesionales que viene una vez a la semana.

—¿Yasmine era tu esposa?

—Sí —repuso con tono seco.

Le habría gustado saber más. ¿Había sido hermosa, competente? ¿Cómo había muerto? ¿Qué echaba de menos de ella? ¿Su corazón había quedado enterrado con Yasmine? Pero antes se arrancaría la lengua que ceder a la curiosidad.

Cuando el silencio se extendió varios momentos, Tal habló:

—Yasmine murió de un aneurisma. Un minuto reía por algo, y al siguiente gritaba de dolor y moría.

—Qué terrible. Lo siento mucho. ¿Hace cuánto de ello?

—Cuatro años. Habíamos estado casados siete.

Una vez más, su voz sonó peculiar.

—Todavía debes echarla de menos.

—En absoluto —repuso con frialdad.

Ella lo miró sorprendida.

Él enarcó una ceja ante su reacción.

—¿Pensabas que todo el mundo es tan feliz como Yuusuf y Jenna?

—Supongo que sí.

—Eres ingenua. Fue un matrimonio pactado que jamás tendría que haberse producido.

—Jamás he conocido a alguien tan fuerte como tú. No te imagino cumpliendo dócilmente con las órdenes de alguien... y menos en algo tan importante y duradero como un matrimonio —expuso Laura.

—Es algo común en nuestro país. En apariencia, Yasmine y yo éramos perfectos. Pero la realidad resultó ser diferente.

Laura pensó que sonaba espantoso.

Sin saber muy bien qué decir, miró más allá de él y vio que Yuusuf y Jenna regresaban. Reían, felices, disfrutando de la compañía del otro. ¿Cómo había podido aceptar Tal un matrimonio con una mujer para la que no estaba hecho? Durante un momento, casi sintió pena por él.

En cuanto Yuusuf se dio cuenta de quién era la persona que tenía a su lado, incrementó el paso.

—Al rescate —murmuró.

Miró en la dirección que seguía ella.

—Maldición. Creo que nuestro rato idílico se ha acabado.

—¿Idílico?

—No te has marchado ni me has abofeteado. Hemos conversado durante más de diez minutos. Parecía prometedor. Te recogeré mañana a las diez.

—¿Te vas? —le preguntó.

—No de buena gana, pero sospecho que Yuusuf tendrá que decir algo sobre mi presencia —se incorporó.

—Tal, no esperábamos verte aquí —comentó Yuusuf al llegar a las tumbonas.

—Tu madre me dijo dónde encontraros. Le he hecho compañía a Laura hasta que llegarais.

—Estoy seguro de que ella lo aprecia —repuso con sarcasmo.

—De hecho, hemos terminado arreglando una cita —expuso Tal

—. Uno de los cruceros atracará mañana en el puerto y voy a mostrárselo a Laura. ¿Jenna y tú queréis acompañarnos?

—Tenemos planes para mañana —repuso Yuusuf—. Como quizá ya sepas si has hablado con mi madre.

—Mostrarle algunas vistas del país a una invitada no es un delito —dijo Tal.

Se quitó el polo y los pantalones cortos. El escueto bañador ceñía cada contorno que cubría de su cuerpo. Laura agradeció haberse puesto las gafas de sol para que nadie viera que lo devoraba con la vista. Era magnífico. Musculoso en las zonas que mejor resaltaban en los hombres. Ni un gramo de grasa en parte alguna.

—Ven a nadar conmigo —le dijo a Laura.

—Ya he nadado —quizá se arriesgara a verlo al día siguiente, después de que hubiera dispuesto de tiempo para preparar sus defensas, pero no estaba segura de meterse en el agua con él en ese instante. ¿Y si la besaba, si la pegaba a ese cuerpo dorado?

Contuvo el aliento y sintió que el corazón se le desbocaba. ¿Es que no había aprendido la lección?

—Quizá en otra ocasión —él se metió en el agua varios metros antes de sumergirse.

—¿Estás bien? —preguntó Jenna.

—De hecho, sí lo estoy. Quizá mis sentimientos no estaban tan comprometidos como pensé —le mintió. No quería que Jenna se preocupara por ella. No tenía intención de enamorarse todavía más de un hombre que había llegado a creer eso de ella. Pero unas horas más en su compañía... ¿cómo resistirse?

Se marcharon antes de que Tal saliera del agua. Había deseado demorarse, pero no se atrevía a confesárselo a sus amigos. El dolor aún podía derrumbarla. Pero también estaban la curiosidad, el anhelo que no le permitía desterrarlo, a pesar de que pudiera pensar que era lo mejor. Lo que había averiguado ese día le brindaba un mejor conocimiento del hombre.

Quería que supiera más allá de cualquier atisbo de duda, que ella no era la clase de mujer que seduciría a un hombre por un beneficio económico. Que si entregaba su corazón, era por amor.

A la mañana siguiente, despertó con una sensación de expectación ante la perspectiva de volver a ver a Tal. Su salida se parecía más a una tregua armada que a una cita. Pero no le

importaba. No iba a confundir el motivo para la invitación. Se mostraba cortésmente atento con alguien a quien había agraviado. ¿Como castigo, tal vez? La idea no le gustó nada. Quería que reconociera que se había equivocado mucho con ella.

Ése era el objetivo que tenía, y trabajaría para que se tragara sus palabras. Luego se marcharía alegremente, reparado el honor.

Bajó temprano a desayunar y sólo estaba presente su anfitriona. Cuando terminaron, pasearon un rato por los jardines. Le contó a Yvette la visita que iba a realizar al barco.

—Desearás navegar en uno. Yo he ido varias veces. Siempre es una manera tan agradable de viajar. No como el avión, que siempre deja confuso el cuerpo acerca de la hora. Sin embargo, creía que Tal y tú estabais enfrentados.

—Me parece que hemos establecido una tregua. Por el bien de Yuusuf y de Jenna.

—Qué civilizados —comentó Yvette con ojos brillantes; le sonrió —. Tengo ganas de ver hasta dónde llega esa tregua. Mi sobrino es un hombre impaciente.

—No he visto rastro de eso —repuso Laura. Más bien lo consideraba paciente, un hombre que daba pasos meditados y cuidados.

—El tiempo lo dirá. Ve a prepararte. Le diré a una doncella que vaya a buscarte cuando llegue.

La joven doncella que fue a buscarla un rato más tarde no hablaba inglés, pero Laura la había estado esperando y la siguió por el pasillo hasta el recibidor principal. Tal se hallaba cerca de la puerta, hablando con Yvette. Alzó la vista cuando ella entró. No sonreía. Ese día, casi se lo veía ceñudo. Laura miró a Yvette. ¿Le habría dicho algo para enfadarlo?

—¿Lista? —preguntó.

Parecía formidable.

—Sí —a punto estuvo de cambiar de idea. Pero no quiso dejar pasar la que quizá sería la única oportunidad que se le presentaría de ver un crucero de lujo.

El coche deportivo esperaba delante de la casa. Negro y aerodinámico, parecía veloz incluso aparcado. Le abrió la puerta y ella ocupó un asiento de piel marrón tostado.

Tal no tardó en salir a la calle principal que conducía al corazón

de la capital. El tráfico era denso. El perfil de la ciudad centelleaba al sol. Los sonidos, las vistas y los olores remolineaban en torno a ellos con las ventanillas bajadas y ningún techo encima de sus cabezas. Laura se puso las gafas oscuras y disfrutó de la sensación del viento en el cabello y Tal al lado.

Durante un instante pudo imaginar… Cortó de raíz esos pensamientos.

Al acercarse a los muelles, comenzó a oler el salitre y el diesel en la atmósfera. El tráfico pasó a estar compuesto en su mayor parte de autobuses, camiones y vehículos de carga.

—Tenemos una gran industria naviera —explicó Tal—. El muelle de los cruceros se encuentra en un extremo. El resto es para barcos de carga y petroleros.

El reluciente barco blanco atracado en el último muelle se elevaba varios pisos por encima del nivel del suelo. Tal aparcó en una plaza reservada y la escoltó hasta las anchas puertas abiertas en el costado del barco.

—¿No hay pasarela? —murmuró ella, un poco desilusionada. Había esperado subir por una rampa empinada hasta la cubierta principal.

—No en la actualidad. Las puertas se abren en el nivel de los muelles. Hay ascensores nada más entrar que nos llevan hasta donde deseamos. Velamos por la comodidad y la conveniencia de nuestros huéspedes —explicó él.

Entraron en un ascensor a su izquierda y no tardaron en llegar al puente.

—Empezaremos el recorrido por aquí —dijo Tal.

Laura asintió, mirando alrededor con interés. No le había dicho una palabra más allá de lo necesario. El trayecto en coche había transcurrido casi en silencio. Un oficial joven y uniformado en el puente estudiaba los mapas. Alzó la vista, como si quisiera recordarles que la presencia en el puente estaba prohibida. Reconoció a Tal y casi se puso en posición de firme. Hablaron unas palabras en árabe y luego le hizo un gesto cortés con la cabeza a Laura.

Tal volvió a hablar en inglés.

—Éste es el primer oficial del barco. Puede hablarte sobre el puente y las responsabilidades que tiene.

El hombre joven comenzó a explicarle en inglés las diversas obligaciones de los oficiales del puente que controlaban el barco cuando se hallaban en alta mar.

El recorrido continuó de esa manera, con Tal encontrando a alguien en cada punto que le ofreciera a Laura una breve explicación de los deberes de cada puesto.

Mientras él permanecía cerca, sin decir una palabra.

La comida se celebró en el comedor principal y pareció interminable porque era demasiado consciente del hombre que tenía frente a ella. En ningún momento apareció la relajada camaradería que habían compartido en San Francisco. Se sintió incómoda y fuera de lugar. Él parecía a un millón de kilómetros de distancia. Laura deseó no haber ido.

En cuanto terminaron, declinó tomar el postre con la esperanza de que se marcharan de inmediato.

—¿Te apetece ver el resto del barco? —le preguntó.

—He visto más de lo que alguna vez hubiera esperado. Preferiría regresar a la villa.

—Como desees.

El viaje de vuelta fue en silencio. Laura fue incapaz de encontrar algo que decir que mitigara la tensión. Cuando se detuvo ante la casa de Yvette, no esperó que él bajara para ir a abrirle la puerta.

—Gracias por el recorrido —dijo, dispuesta a entrar en la casa.

—Aguarda, Laura —bajó del coche, se apoyó en la puerta y la miró—. Quiero pedirte un favor.

Ella parpadeó. ¿Quería pedirle un favor? ¿Había sido ésa la razón de que le mostrara el barco?

—¿Y cuál es? —preguntó con cautela.

Rodeó el coche sin dejar de mirarla a los ojos. Al quedar a medio metro, se detuvo.

—Mi primo y su prometida van a ser los invitados de honor de una fiesta que dará su tía Sarah el viernes.

Ella asintió. Ya lo sabía.

—Yvette sugirió que era mejor que no asistiera. Laura lo miró con cautela. Durante un momento, respiró aliviada. No tendría que mantener su fachada de felicidad.

—Yuusuf es mi primo. Solíamos estar unidos. Él me importa mucho. Temo que mi ausencia dé pie a rumores que hagan daño a

la familia.

—¿Les has dicho eso? —le preguntó.

—Se lo dije a Yvette. Repuso que Jenna velaba por su amiga... tú. Sé que no tengo derecho a pedirlo, pero si me concedes este favor, te lo agradecería.

—¿Qué favor?

—Decirle a Jenna que no te molestaría que asistiera a la fiesta.

Lo miró fijamente.

—¿Por qué iba a hacer algo así? Me molesta. No me importa si no vuelvo a verte jamás.

—¿Después de hoy? Creí que habías disfrutado en el barco.

—¿A eso se debió la invitación? ¿No a cumplir una obligación de un momento anterior, sino a aplacarme y adularme para que aceptara decirle a Jenna que te invitara? No funcionará. Me siento humillada de que me hayas usado. Creía que eras maravilloso. Tan atractivo y atento. Fue glorioso. Y tan falso como un billete de tres dólares. ¿Sabes lo humillante que es que alguien te considere de forma tan terrible y te trate con tanto desdén? Yo jamás trataría a nadie como tú me trataste a mí. Jenna lo sabe. No puedo decirle, bueno, no tiene tanta importancia. Jamás me creería.

Dio media vuelta, fue a la puerta de entrada, la abrió y entró.

Cerró con lentitud y se dirigió a su habitación. Agradeció no encontrar a nadie en el pasillo. Casi temblaba por la emoción. Odiaba la posición en que la había colocado Tal. Odiaba que jamás hubiera ido en serio cuando ella había pensado que había conocido al hombre que podría amar toda la vida.

Odiaba el hecho de haberse enamorado de él. Haber llegado a confiar en él cuando todas las pruebas apuntaban a lo contrario.

Se quitó los zapatos y se tiró sobre la cama. Sabía que no le había sido fácil pedirle el favor. Era un hombre orgulloso y debió resultarle duro pedirle que le concediera clemencia.

—Se lo tiene merecido —musitó. Esperó que lamentara cada momento que le había mentido. Que fuera un proscrito para su familia el resto de su vida.

Se dio la vuelta.

No, no le deseaba eso. Sabía lo importante que era la familia para él.

¿Acaso Tal y el abuelo eran tan diferentes como habría sido su

propia familia? ¿Su abuelo no habría hecho lo que considerara necesario para mantener a su nieta feliz y segura, sin importar el coste sobre el desconocido?

Tal había obrado por el bien de su familia. Era una desgracia que ella hubiera sido el daño colateral. No la había conocido, sólo había temido que Yuusuf repitiera un error que evidentemente había cometido más de una vez. Había actuado a petición de su abuelo.

Si su propio abuelo le hubiera pedido que hiciera algo, gustosa habría obedecido.

Porque lo había querido.

Las lágrimas cayeron de sus ojos. Ése era el punto crucial de la cuestión. Tal quería a Yuusuf y el abuelo los quería a los dos. Yuusuf quería a Jenna. La única que quedaba al descubierto, herida y sola, era ella.

Pero mantener a Tal alejado de su familia estaba mal, sin importar la satisfacción que pudiera obtener de ello.

Dedicó una hora a debatir el tema consigo misma, pero al final prevaleció la decencia humana. Se lavó la cara y se cepilló el pelo. Se puso los zapatos y fue en busca de Jenna.

Capítulo 10

AQUELLA tarde Tal trabajaba cuando Yuusuf lo llamó por teléfono.

—Es evidente que tu plan ha funcionado —le dijo.

—¿Qué plan?

—Conseguir que Laura cambie de parecer sobre ti. ¿Se enamoró del barco o le prometiste algo a cambio de que le dijera a Jenna que ya no estaba furiosa contigo?

Durante un momento, se sintió confuso. ¿Laura había hecho eso, después de su respuesta despectiva ante la casa de Yvette? ¿Qué habría cambiado en esas tres horas?

—Sea como fuere, la familia se va a reunir en la casa de Sophia para celebrar una cena ligera antes de la fiesta de compromiso. Nos gustaría que asistieras a las seis, si quieres venir.

Tal había oído invitaciones más amables en su vida. Pero no puso objeción. Su curiosidad iba en aumento. ¿Qué le había dicho Laura a Jenna, y por qué?

—Estaré encantado de asistir.

—Simplemente, mantente alejado de Laura.

—¿Es una condición que ha puesto?

—No, es una que estipulo yo. Si consigo salir de esta visita con Jenna feliz, me daré por satisfecho. No quiero que juegues con su amiga y la vuelvas a perturbar. Están más unidas que hermanas.

—No pretendo perturbarla.

Yuusuf respiró hondo.

—Espero que los dos podáis mantener una tregua. Quería que fueras mi padrino. Nos vamos a casar en San Francisco y, por supuesto, la dama de honor de Jenna será Laura.

—Toma la decisión que consideres oportuna, Yuusuf. Hice lo que consideré necesario.

Si no puedes aceptar eso, ni mis disculpas, entonces dilo. Lo hecho, hecho está.

Espero que algún día Laura perdone el engaño.

—No estoy seguro de que llegue a hacerlo, ni Jenna. Estaba enamorándose de ti, Tal.

¿No puedes entenderlo?

—¿De mí o del dinero que yo representaba? —no pudo evitar preguntar.

—No es Yasmine. Sabía más de lo que sospechabas del matrimonio infernal que tuviste. Pero Laura no se parece en nada a eso.

—Hasta un punto u otro, todas las mujeres son así.

—Laura, no. Al menos no según Jenna. Ya sabes el dinero que tienen los padres de ésta. Laura y Jenna son tan amigas, que nadie pensaría nada de que aceptara regalos de su mejor amiga. Fue una discusión que mantuvieron siendo adolescentes, y desde entonces se ha respetado. Laura es su amiga, pero se niega a aceptar nada de Jenna que sea material. Hasta los regalos de cumpleaños y de Navidad tienen un límite de veinte dólares. No creo que Laura persiguiera tu dinero más que Jenna fuera detrás del mío.

—Háblame de ella —dijo, dejando la pluma y reclinándose en el sillón.

—Tú saliste con ella durante dos semanas, ¿qué puedo contarte? Yo mismo no la conozco tan bien. Me enamoré de Jenna, no de Laura. La veíamos de vez en cuando, desde luego, y Jenna habla de ella como si fuera una hermana. Estaba muy contenta de que hubiera encontrado a alguien especial. Al parecer, nunca antes se había enamorado. Nunca había encontrado al hombre apropiado. Supongo que tampoco en esta ocasión.

Tal hizo una mueca. Yuusuf tenía razón. No había sido el hombre apropiado para ella.

—Sea como fuere, lo que le dijeras hoy, ha funcionado. Ha convencido a Jenna de que estaría bien contigo en todas las reuniones familiares. Regresa a su casa el sábado.

Laura se despidió temprano de su anfitriona. Se hallaba cansada y quería dormir bien. Había sido un día agitado. Con los preparativos de la fiesta, se ofreció a ayudar en lo que pudiera. Pero no había mucho que hacer, salvo para Jenna y Laura ir a comprar unos vestidos. Y pedir hora en la peluquería para el viernes por la tarde.

Intentó mostrarse entusiasta. Trataba de parecer despreocupada y feliz por su amiga.

Pero a medida que pasaban las horas, sólo podía pensar en que pronto subiría a un avión para regresar a casa y todo ese glamour se

acabaría.

Tendida en la cama una hora más tarde, no podía dormir. Finalmente, dejó de dar vueltas, se levantó y se puso la bata ligera que le cubrió el camisón de verano. Un paseo por el jardín sería perfecto. Disfrutaría de la quietud y recibiría un aire fresco que quizá la ayudara a conciliar el sueño.

Justo cuando estaba a punto de salir, vio una sombra. Un segundo más tarde, se produjo un ligero golpecito en la ventana.

—Laura.

—¿Tal? —salió al patio.

Él se acercó.

—¿Estabas despierta?

—Salía a dar un paseo. ¿Qué haces aquí?

La conversación se mantenía en voz baja.

—Vine a hablar contigo. Al llegar, Yvette me dijo que ya te habías ido a acostar. Luego dedicó unos momentos a contarme todo lo que Yuusuf y Jenna habían hecho desde que llegaron.

—Supongo que está contenta de que su hijo haya encontrado a su alma gemela.

—¿Alma gemela, tú crees? —preguntó con voz queda—. Ven, pasea conmigo. La luna está preciosa.

—Pensaba dar un paseo, aunque no voy vestida para que alguien me vea. Creí que estaría sola.

—Está oscuro, nadie nos verá.

—Me refería a ti —gruñó, pero salió de las sombras de la casa para seguir el sendero que conducía hasta la fuente—. ¿Qué haces aquí, Tal? —preguntó, sentándose en un banco aún templado por el sol. Él se sentó a su lado, lo bastante cerca como para sentir el calor del muslo. Tragó saliva y experimentó el cosquilleo que le producía cada vez que se acercaba.

—Vine para darte las gracias por hacer que Jenna cambiara de parecer acerca de mi asistencia a la fiesta —le tomó la mano—. Es algo que aprecio. La familia es importante para mí.

Laura se quedó quieta. Apenas podía respirar. Liberando la mano, cruzó los brazos y eliminó la tentación del camino de Tal.

—La familia es importante para todos, o debería serlo.

Tal quería tomarla en brazos, prometerle que nunca más volvería a estar sola. Que siempre habría familia suficiente para

ella. La emoción inesperada lo sorprendió. Era una mujer, no una niña desvalida. No lo necesitaba ni a él ni a su familia.

Y esa verdad dolió.

—¿Hay alguna manera de volver a empezar? —preguntó con suavidad. Se había equivocado. Odiaba eso. Pero, lo que era más importante, sabía que había destruido algo inapreciable. Algo frágil y en absoluto fácil de reemplazar.

Ella movió la cabeza.

—No veo ninguna. Me marcho el sábado. Podemos mantenernos apartados el uno del otro hasta entonces.

La mano de él le apartó el pelo de la mejilla que la brisa mecía contra su piel. Deseó poder verla mejor. La luna proporcionaba suficiente luz para recorrer el sendero, pero no penetraba debajo del enrejado con las hojas de parra en el que se encontraban.

Se había equivocado completamente con ella. Quería dar marcha atrás, restablecer la confianza entre ellos, pero no sabía cómo. Laura tampoco ayudaba. ¿Había más en su relación que lo que había sospechado? Yuusuf había mencionado amor. ¿Era posible?

Sólo había un modo de averiguarlo.

La tomó en brazos. Durante un momento, ella se resistió, luego pareció fundirse en el abrazo. Eso era lo que había estado echando de menos desde la noche que pasaron en el Lago Tahoe. Era femenina y dulce. Sin embargo, despertaba un apetito en él que nunca antes había conocido. Cada momento con ella era especial, y él, como un necio, lo había tirado por la borda.

O tal vez no. Laura le devolvió el beso como si lo sintiera.

Luego lo apartó.

—Esto no soluciona nada —dijo, poniéndose de pie y corriendo sendero abajo.

Tal lo sabía, pero le proporcionaba un aspecto completamente novedoso que considerar.

Se incorporó.

Laura llegó a la habitación sin aliento. ¡Cómo podía ser tan idiota de besarlo! Santo cielo, ¿es que no había aprendido nada? Tenía el corazón desbocado. Aún sentía la boca cálida. Se humedeció los labios y todavía pudo probar el beso.

—Laura —Tal entró en la habitación desde el jardín.

—No puedes entrar aquí —se volvió para mirarlo—. ¿Y si Yvette o alguien te oye?

—No me voy a quedar, aunque no me importaría. Quiero unos términos nuevos.

—¿Términos... para qué?

—Para lo que hay entre nosotros. ¿Una tregua, tal vez?

—No hay nada entre nosotros, tú te encargaste de eso.

—Es lo que quiero cambiar.

—¿De qué estás hablando?

—De llegar a conocernos... a las personas reales que somos, no una noción preconcebida de quién es el otro.

—Yo no tenía ninguna idea preconcebida. Pensé que eras de Inglaterra, un hombre normal que estaba interesado en mí.

—Lo estoy.

—No.

La aferró por los hombros.

—Me he disculpado de todas las maneras. He terminado. Lamento el modo en que te traté, pero no que nos hayamos conocido. Te deseo, Laura, de cualquier modo que pueda tenerte.

—¿Estás loco?

El beso le paralizó la mente. Le pegó el cuerpo al suyo y la abrazó como si le importara. Lo profundizó y la elevó a alturas que Laura nunca antes había alcanzado.

Lo último que pensó antes de entregarse al abrazo, fue que más tarde se odiaría.

Amaba a ese hombre. Quizá fuera la última vez que estuvieran a solas. ¿Por qué no aprovechar lo que con tanta generosidad él le ofrecía?

El tiempo perdió sentido. No supo si seguía en Tamarin o si flotaba en el cielo nocturno. Tal le llenó los sentidos, provocándole sensaciones exquisitas que nunca antes había soñado.

Un sonido en el pasillo los separó. Durante un momento, los dos parecieron contener el aliento.

—He de irme —le dijo, besándola con delicadeza—. No quiero hacerlo.

—Pero debes marcharte —se separó.

—Lo sé —otro beso—. ¿Pensarás en lo que he dicho?

—Tal vez —¿cómo iba a poder pensar en otra cosa?

—Ven a cenar conmigo mañana.

Se sintió tentada.

—No lo sé.

—Te llamaré por la mañana —otro beso y se fue.

Tardó mucho en dormirse. Pero no pensaba salir a dar otro paseo al jardín.

Se preguntó qué era lo que realmente quería Tal de ella.

—Estás loca de remate, ¿lo sabías? —le dijo Jenna la noche siguiente, tumbada en la cama de su amiga mientras la veía vestirse.

—Es probable. Pensé que te alegraría comprobar que no guardo ningún rencor.

—Te estás arriesgando a salir herida.

—Lo dudo.

—La seguridad de tu corazón, entonces.

Se volvió para mirar a su amiga.

—Jenna, no es más que una cena. Quiero que sepas que Tal y yo podemos mostrarnos cordiales. Tu boda es importante para mí. No quiero que corra peligro alguno.

Además, me apetece ver algo más de Tamarin.

—Entonces, Yuusuf y yo te lo mostraremos.

—No, éste es un momento especial para vosotros dos. Pasadlo juntos.

Jenna no cuestionó eso, pero por el ceño en su cara, seguía sin estar contenta con la idea de Laura.

—Si no te trata bien, lo sabré.

Laura rió. Esperaba que Tal fuera encantador. Sin embargo, en esa ocasión, iba a la cita con los ojos bien abiertos y sin expectativas. Esperaba disfrutar de la velada. Pero no albergaba ninguna fantasía de eternidad.

—¿Te gusta el vestido? —preguntó, con la esperanza de cambiar de tema. Jenna, Yvette y ella habían ido de compras antes. Tenía que admirar el gusto que tenía la mujer francesa. El vestido la hacía parecer exótica y sofisticada. Era dorado, con un corte al sesgo que resaltaba toda su figura.

—En ti queda maravilloso. Hace que tus ojos parezcan más brillantes y que tu piel reluzca. Espero que Tal se enamore de ti para que tú puedas dejarlo plantado e irte victoriosa.

Laura rió.

—Jenna, esto no es la guerra.

—¿No? Entonces, ¿por qué tanta munición?

—Bueno, quizá sólo una pequeña escaramuza. Me gustaría que lamentara que no nos convirtiéramos en pareja —reconoció con sinceridad.

—Sigues sintiendo algo por él —anunció Jenna triunfal.

—Sea así o no, esos sentimientos me los reservo para mí —se miró por última vez y se preparó para marcharse. Tal llegaría pronto para recogerla.

Yvette, Jenna y ella se hallaban en el salón principal cuando llegó. Entró para saludarlas.

—¿Lista? —le preguntó a Laura, recorriéndola con la vista.

—No trasnochéis mucho —advirtió Yvette, sin dejar de mirar a Tal—. Mañana es la fiesta de compromiso y Laura necesitará dormir mucho si quiere quedarse despierta hasta tarde.

Esa noche, Tal había quitado la capota del deportivo. La ayudó a sentarse y se pusieron en marcha de inmediato.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Ya lo verás —fue todo lo que dijo él.

Una vez más el trayecto fue en silencio. No pudo evitar compararlo con el viaje al Lago Tahoe, cuando no habían dejado de hablar.

Aún había luz y Laura podía ver sin obstáculo alguno hasta el Mar Mediterráneo.

Cerca del horizonte navegaban barcos grandes.

El paisaje urbano dio paso a uno residencial que no tardó en dar la impresión de que se fundía con la campiña.

—¿Adónde vamos? —repitió.

—Aquí —entró en un largo sendero flanqueado por adelfas en flor.

Fueron hasta una casa sumida en la oscuridad, la atmósfera llena del olor a mar. Se detuvo a un lado de la villa y apagó el motor. Reinaba el silencio, roto sólo por los grillos. Y el suave murmullo del mar.

—¿Y dónde es aquí? —miró alrededor. Los jardines eran más formales que los de Yvette. La casa era de color terracota, con toques de verde oliva.

—Es mi hogar. He hecho que la cocinera nos prepare la cena para tomarla en el patio detrás de la casa.

La ayudó a bajar del coche, pero cuando fue a tomarle la mano, ella la apartó.

Rodearon la casa y Laura se detuvo al ver la hermosa estructura del patio.

Las velas de los candiles iluminaban el amplio espacio. Apenas se notaban todavía, pero luego, cuando cayera la noche, aportarían una sensación mágica al ambiente.

Cerca del borde más próximo al mar se había puesto una mesa pequeña, sobre la que también ardían unas velas. Se acercó, disfrutando de la brisa que acariciaba su piel.

—Es encantador.

—Ven, en cuanto nos hayamos sentado, los criados comenzarán a servir la cena.

Como si miraran desde una ventana, en cuanto se sentaron a la mesa, un hombre con una chaqueta blanca les llevó bebidas y una bandeja con aperitivos.

—He pedido un típico plato nacional. Es una especie de estofado, sabroso y delicioso, creo que te gustará.

Podía ver que Laura seguía mostrándose cautelosa. No quería eso. Su esperanza era aplacarla con platos exquisitos, mostrarle su casa y recuperar la amistad que habían compartido en California. Reconocía que iba a ser complicado. Pero no imposible.

—¿Es la casa que compartiste con tu esposa? —le preguntó.

—Sí. Traje a Yasmine aquí después de casarnos. Heredé esta propiedad de la madre de mi padre. Era el nieto mayor de la familia. Mi abuela murió antes que él, de modo que él me la legó a mí.

—Has sido afortunado.

La luz del día comenzaba a decrecer. La luna ya casi estaba llena y se veía baja en el horizonte. No tardaría en bañarlo todo con su luz efímera.

Después de la cena, la llevaría a dar un paseo por su playa privada. Si quisieran, podrían bailar al borde del agua.

Cuando sirvieron el plato principal, la luz natural se había desvanecido. Las velas iluminaban el patio. Tal la estudiaba mientras comía, y apartaba la vista cada vez que ella lo miraba.

Nunca había visto a una mujer más adorable.

—No comes —indicó ella.

—Esperaba que se enfriara —se llevó un bocado a los labios—. Cuéntame todo sobre Laura Toliver.

—Ya has oído mi historia —repuso.

—No he oído a qué clase de escuela fuiste ni qué tipo de niña fuiste. Ni cuáles son tus sueños y esperanzas para el futuro.

Ella guardó silencio un momento y Tal sospechó lo que estaba pensando... que en el pasado, podría haber tenido eso y más.

—Fui una niña buena, querida por mis padres hasta que murieron y luego por mis abuelos. Tengo algunos amigos, como Jenna, a los que conozco de toda la vida. Otros más recientes, que he conocido en la universidad y en el trabajo. Mis esperanzas son llegar a ser feliz en el futuro.

—¿No eres feliz ahora?

Ella titubeó.

—Esta noche, en este instante, estoy... satisfecha.

Él esperaba más.

Laura le sonrió con tristeza.

—Estuve a punto de hacer una comprobación sobre ti. Llamé a tu amigo Earl, pero se había marchado a Japón. A propósito, deberías decirle que no anuncie sus ausencias en el contestador automático.

—Tomaré nota. ¿Por qué querías investigarme? ¿Te parezco un malhechor?

—No, pero no revelarnos tu apellido fue una bandera roja, o algo muy romántico. Yo elegí verlo de una manera. Jason de la otra.

—Smith es difícil de rastrear.

—Sabía que ése no era tu apellido. Querías que supiéramos que no ibas a dar esa información. Sin embargo, yo decidí que sería una absoluta falta de confianza hacer algo así —añadió.

Eso le dolió. Ella había confiado en él. Y la había decepcionado.

—Puedes confiar en mí, Laura —afirmó—. No tenemos más secretos.

—No hace falta. No significamos nada el uno para el otro. Tenías razón, esto es delicioso.

Lo irritaba el modo en que insistía en alejarse de la posibilidad

de verse.

—Me alegro de que te guste. ¿Quieres que te hable de mi niñez?

—Si deseas contármelo.

Su indiferencia era frustrante.

—Fui al colegio aquí hasta los doce años, luego a un internado en Inglaterra.

—El motivo para tu encantador acento.

—Al menos encuentras algo encantador en mí —soltó.

Respiró hondo y comenzó una larga historia acerca de sus estudios universitarios y de sus primeras incursiones en el mundo de los negocios.

Le pareció que escuchaba con atención, pero no podía estar seguro.

Una vez que recogieron los platos, Tal le dijo a su criado que no sirviera el postre, que primero irían a dar un paseo por la playa. El hombre inclinó la cabeza y siguió recogiendo la mesa.

—He pensado que podíamos caminar por la playa —le dijo a Laura en inglés.

Ella dejó la servilleta sobre la mesa y se incorporó.

—Si no te importa, preferiría volver a casa. Quiero decir, a la de Yvette. Ella tiene razón, la de mañana será una noche larga.

—¿Huyendo? —esperó provocarla.

—Retirada estratégica —replicó.

—Por emplear unos términos de esgrima, a mí me parece estocada y retirada.

—¿Qué es lo que quieres, Tal?

—Ya te lo he dicho, a ti.

—¿Por cuánto tiempo?

La miró fijamente. No tenía una fecha. El tiempo que disfrutaran de la compañía del otro, suponía.

—Olvídalo dijo ella antes de que pudiera contestar—. No importa. Siempre te preguntarías si iba detrás de tu dinero y yo me preguntaría siempre si pensabas que así era.

—No.

—Por favor, llévame de vuelta.

Pudo sentir la furia que emanaba de Tal. No le importaba. Estaba cansada, un poco deprimida y ansiosa porque terminara el día siguiente y regresar a casa.

Capítulo 11

EN EL SALÓN de belleza al que iba Yvette, le habían pintado las uñas de los pies a juego con el vestido rojo que iba a ponerse esa noche. El día pasado en la playa le había dado a su piel un tono saludable.

Los padres de Jenna habían llegado la noche anterior y se alojaban en un hotel de una zona lujosa de la ciudad. Yvette los había invitado a hospedarse con ella, pero prefirieron el hotel. Esa noche, en la cena en la casa de la tía Sophia, iba a ser la primera vez que conocieran a la familia de Yuusuf.

La casa de la tía Sophia tenía dos plantas y se hallaba situada en otra parte de la ciudad donde los hogares parecían de estilo más occidental. Había aparcacoches para ocuparse de los vehículos a medida que llegaran los invitados.

Sophia recibió a Laura casi con tanto cariño como saludó a Jenna. Guió a todo el mundo a un pequeño comedor donde se había preparado una cena bufé. Sintió mariposas en el estómago al ver a Tal. Él inclinó la cabeza desde el otro extremo de la habitación, pero no hizo esfuerzo alguno por hablar con ella.

Durante la cena, se sentó junto a la madre de Jenna en un lado y Nura, otra prima de Yuusuf en el otro. El dominio que ésta tenía del inglés no era tan fluido como el de los primos varones. No obstante, descubrió que tenían aficiones en común cuando hablaban del amor que ambas profesaban por la pintura.

Demasiado pronto, llegó el momento de saludar a los invitados que empezaron a llegar.

Laura entró en la gran sala de baile donde se reunían amigos y parientes.

Lentamente, comenzó a llenarse con hombres y mujeres vestidos de etiqueta.

Aturdida por la facilidad con que todo el mundo parecía capaz de comunicarse, deseó dominar un segundo idioma. Se sentía muy aislada por el desconocimiento del árabe. Muchas de las personas presentes daban la impresión de hablar algo de inglés.

En una o dos ocasiones, vislumbró a Tal. Siempre estaba rodeado de varias personas y parecía bastante popular con unas

cuantas mujeres.

Miró alrededor, sintiéndose aislada. Observar a otras personas era parte de su trabajo, pero en esa fiesta era una invitada. Sin embargo, su mundo estaba demasiado distanciado como para encajar.

En cuanto llegó el último invitado, la orquesta comenzó a tocar y Jenna y Yuusuf salieron a la pista para abrir el baile.

Después de dar unos pasos, otras parejas se unieron a ellos.

—¿Me permites este baile? —preguntó Tal, alargando la mano.

Sin pensarlo, apoyó la suya en la palma de la de él. Se movieron al ritmo de la música, ella con los ojos cerrados, disfrutando de cada momento agridulce.

—¿Disfrutas de la fiesta? —le preguntó él suavemente al oído.

—Sí —y se dio cuenta de que en ese momento lo hacía.

—¿Has conocido a todo el mundo?

Laura rió.

—¿Bromeas? Hay más de cien personas aquí. Durante la cena, me senté al lado de Nura. Fue encantadora. Y conozco a parte de la familia de Yuusuf. Vi a tus abuelos, los padres de Yvette. Nadie quiere conocerme. Yo no soy la invitada de honor.

—Te subestimas. Hay bastantes personas que desean conocerte.

Como si hubiera estado esperando eso, un hombre le tocó el hombro.

—¿Me permites? —preguntó.

Tal frunció el ceño, pero entregó a Laura.

—Buenas noches —dijo el hombre, comenzando a bailar con ella —. Me llamo Mohammed, soy el hermano de Nura. Me dijo que le encantó hablar de arte durante la cena.

—Nos encantó a las dos. Es un placer conocerte —le dedicó una sonrisa y se preparó para disfrutar de la velada.

A eso de las once y media, estaba lista para regresar a la casa de Yvette e irse a la cama. Le dolían los pies. También las mejillas de tanto sonreír y empezaba a sentirse confundida con todos los nombres de las personas que había conocido.

El anuncio formal del compromiso se iba a realizar a medianoche. La fiesta era todo lo que Jenna habría podido esperar. Pero aún faltaba para la medianoche y ella se hallaba cansada.

Fue en busca de su amiga.

—¿Crees que puedo pedirle a Yvette que alguien me lleve a casa en cuanto se haga el anuncio?

—Oh, no te vayas. No puedes irte.

—Ésta es tu noche. Es tarde y me duelen los pies. Yuusuf y tú disfrutad de cada minuto. Pero yo quiero volver nada más oír el anuncio.

Jenna se mordió el labio.

—Aguarda un momento. Ya sé, ve a la biblioteca. Puedes sentarte allí un rato, pero asegúrate de volver justo antes de que den las doce.

Al entrar en la biblioteca, suspiró aliviada por el silencio. Se sentaría unos minutos, volvería al salón para ser testigo del anuncio del compromiso y luego se marcharía.

La habitación sólo tenía una lámpara encendida cerca de un sillón junto a la ventana.

Entró y la sobresaltó ver que Tal se ponía de pie.

—¿Tal? —miró alrededor. Se encontraba solo—. ¿Qué haces aquí?

—Vine para escapar.

—Yo también —fue hasta el sillón a juego y se sentó. Se descalzó y movió los dedos de los pies al tiempo que echaba la cabeza hacia atrás—. Estoy cansada.

—Es tarde. ¿Puedo llevarte a casa?

Ella lo miró.

—Estoy segura de que podré conseguir que alguien me lleve una vez que se realice el anuncio. Quiero quedarme para oírlo. No te he visto durante gran parte de la velada

—cerró los ojos.

—Tenía que ocuparme de algunas cosas.

—¿Trabajo? ¿La noche de la fiesta de compromiso de Yuusuf?

—Algunas cosas no pueden esperar —del bolsillo sacó el brazalete de oro. Los colgantes oscilaron en los eslabones y las joyas centellearon a la luz de la lámpara—. Quiero que tengas esto, Laura. Para recordar los tiempos felices que compartimos. No puedes negar que los hubo. Tal vez no te lo pongas pronto, pero quizá sí algún día.

Lo miró con añoranza. Había disfrutado de cada momento con él… hasta averiguar la verdad. En el futuro, sería lo único tangible

que tuviera de Tal.

Despacio, alargó el brazo. Él se lo puso alrededor de la muñeca, luego le besó la mano.

Notó un cuarto colgante... del Lago Tahoe.

—Gracias.

—El placer ha sido mío. A riesgo de volver a enfadarte, he de admitir otro engaño. Le pedí a Jenna que te indujera a venir aquí.

—¿Porqué?

—Quería pedirte que te quedaras.

—¿Más tiempo?

—Sí.

Se irguió y buscó los zapatos.

—No puedo hacer eso.

—Quiero que te cases conmigo, Laura —dijo en voz baja.

Aturdida, lo miró.

—No.

—¿No?

—No puedo casarme contigo.

—Yuusuf estaba equivocado, entonces.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Sugirió que podrías estar enamorada de mí.

—Está loco —se puso de pie.

Él la imitó.

—Hoy he tenido una conversación interesante con el padre de Jenna. Y me hizo una sugerencia que consideré adecuada.

—¿Qué? —preguntó. Extrajo un sobre del bolsillo y se lo entregó —. ¿Qué es esto?

—Son varios cientos de acciones de mi empresa naviera.

—¿Qué? No puedo aceptarlo —empujó el sobre otra vez hacia él, pero Tal retrocedió con las manos a la espalda.

—Según el padre de Jenna, no te gusta que la gente piense que la utilizas. Al parecer, es una idea que te inculcaron tus abuelos... No aceptes nunca nada de nadie. Ni siquiera de alguien que te quiere, como Jenna. El orgullo es maravilloso, a menos que se vuelva demasiado inflexible.

—No voy a aceptar esto de ti —tiró el sobre en el sillón que acababa de dejar.

—Paso mucho tiempo ocupándome de transacciones. Las

acciones son tuyas, sin importar que te marches con ellas en la mano o no.

—¿Por qué? —no entendía nada. Le había dicho que no buscaba nada. No había hecho nada para que creyera que pretendía su dinero.

—Quiero que seas rica.

—¿Qué?

—Para que cuando te pida que te cases conmigo, jamás creas que es porque sospecho que vas tras mi dinero.

Lo miró fijamente. Se preguntó si había oído bien.

—No.

—Las acciones son tuyas sin importar la respuesta que me des. Había esperado que fuera un sí.

Fue hacia la puerta.

—No puedo creerte. Toma las acciones o las romperé.

—Seguirán registradas a tu nombre. Te emitirán unas copias.

—Invierte el registro.

—No puedo hacerlo.

—¿Puedo yo? —él negó con la cabeza—. Apuesto que sí.

—Te emitiré más.

Una vez más se quedó atónita por ese absurdo, que al mismo tiempo la entristecía.

Lo que quería era lo que él no le daba.

—No, Tal —abrió la puerta.

—Te amo, Laura.

Se detuvo. ¿Lo había oído bien o había imaginado las palabras? Cerró la puerta, se apoyó contra ella y lo miró.

—¿Qué?

Se acercó.

—Te amo. Quiero que te cases conmigo, que te quedes en Tamarin, que viajes conmigo, que tengas hijos conmigo, que envejezcas conmigo.

—¿Y tus padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—No me eligieron.

—No, esta vez he elegido yo. Por una vez, tomo lecciones de mi primo menor... para encontrar a la mujer que amo.

—¿De verdad me amas? ¿Cómo confiar en ti? ¿Cómo puedes

estar seguro de que no quiero tu dinero? —no podía creer lo que oía. ¿Dónde estaba la trampa?

Él rió y la tomó en brazos.

—No después de esto. Jamás he visto a alguien tan renuente a aceptar acciones de un negocio rentable.

—No las quiero, sólo te quiero a ti —dijo antes de que la besara.

El beso lo interrumpió una llamada a la puerta. Jenna asomó la cabeza. Al verlos, sonrió y entró.

—¡Sí! —exclamó, con Yuusuf a su lado. Abrazó a Laura y miró a Tal. Más vale que esto signifique lo que creo que significa.

Él frunció el ceño.

—Llegas demasiado pronto. Aún no le he dado el anillo.

—No he dicho que sí —intervino Laura.

—Marchaos, iremos en un minuto —dijo Tal. Jenna rió y se fue como si bailara.

Tal sacó un estuche y lo abrió, mostrándoselo a Laura. El anillo era precioso, en absoluto ostentoso, pero perfecto en todos los sentidos.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Te casarás conmigo? —le tomó la mano y se la besó.

—Si de verdad me amas y sabes y crees y afirmas que yo te amo sólo a ti y no a tu dinero, tu naviera, los regalos que me haces...

Apoyó un dedo sobre sus labios.

—Lo sé.

Le puso el anillo en el dedo y volvió a besarla. Regresaron al salón tomados de la mano. Yuusuf, Jenna, los padres de ésta y Salilk bin Horah se hallaban cerca del estrado sobre el que tocaba la orquesta. Tal condujo a Laura hasta allí. Su abuelo enarcó una ceja y él alzó las manos entrelazadas, donde refulgía el anillo.

Tomando el micrófono, Salilk carraspeó. Todo el mundo en el salón dejó de hablar.

—En honor de nuestros invitados, realizaré este anuncio primero en inglés. Lo repetiré en árabe para nuestros amigos que no hablan dicha lengua —lo repitió en árabe—. Soy un anciano. He llevado una buena vida y espero continuar llevándola. Esta noche mi corazón está feliz porque tengo el placer de ver el comienzo de una nueva generación para mi familia. Esta noche anuncio el compromiso de mis dos nietos, Yuusuf bin Mohammed bin Horah

con la señorita Jenna Stanhope, de los Estados Unidos; y el de Talique bin Azoz bin Al—Rahman con la señorita Laura Toliver, de los Estados Unidos. Le deseo a las dos parejas largas vidas, felicidad y la esperanza de que me brinden muchos bisnietos.

Repitió las palabras en árabe y los presentes los vitorearon.

Jenna le sonrió a su amiga.

—Pensábamos que Tal nunca te lo pediría —susurró por encima de la algarabía—.

¿Mejores amigas para siempre?

—Para siempre.

Justo después de Yuusuf y de Tal. Asintió y se volvió para besar a su futuro marido entre las felicitaciones y los buenos deseos de la familia que iba a ser suya. Sabía que siempre sería su mejor amigo, su amante y su marido.

Fin

<